LUCÍA RIVERA

NADA ES LO QUE PARECE

ESPASA

Índice

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
PRÓLOGO
1. EL PRIMER RESPIRO
2. LA RARA DEL COLEGIO
3. FAMILIA
4. EL VILLANO
5. ASTURIAS
6. A OSCURAS
7. LA PEOR PARTE DE MÍ
8. ALGO DE LUZ
9. ENDOCRINO
10. HOLA, LONDRES
11. MADRID
12. TROFEOS Y JUGUETES
13. MUDANZA
14. MIRADAS Y JUICIOS
15. ESPERA ANSIOSA
16. «KINKI»
17. VOLANDO EN EL TIEMPO
18. BRAZOS COMO ALFILERES
19. CUANDO TE CONOCÍ
20. ¿ME PERDONAS?
21. «ME ENCANTAN LAS NIÑAS QUE SE DROGAN»
22. EL PORTAZO
23. CÓMPLICES
24. LA BRUJA
25. DE GOLPE
26. ¿QUIÉN SOY?
27. BIENVENIDA
28. SALIENDO DEL HOYO
29. DECONSTRUCCIÓN
30. A SALVO

CRÉDITOS

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

SINOPSIS

Lucía Rivera es una de nuestras modelos nacionales e internacionales más reconocidas. Desde pequeña ha sido testigo del interés mediático hacia su familia y ha estado rodeada por la fama. Sin embargo, no todo ha sido fácil en su vida. Y eso es lo que cuenta en este libro: un nacimiento con dificultades, una vida escolar complicada, su entrada en el mundo de la moda —en el que nada es lo que parece— y muchas cosas más. Un testimonio sincero que servirá de inspiración a muchos jóvenes de nuestros días.

LUCÍA RIVERA

NADA ES LO QUE PARECE

Para mí y para todos los que han creído en mí.
Para todos los que alzan la voz.
Y para todas las mujeres de mi vida.

PRÓLOGO

Nada es lo que parece, supe en el mismo momento en el que me crucé con aquellos intensos ojos negros y esa belleza pura que parecía sacada de una película italiana. Las películas italianas son un retrato de lo sentido, de las pasiones, del estilo, de los miedos y, sobre todo, del amor a la vida. Y todo aquello se agazapaba en la mirada transparente de Lucía.

El día que nos conocimos supe al instante que no solo su belleza era de otro planeta, sino también su corazón y especialmente sus vivencias. Me buscó en una fiesta y me pidió que la salvara de aquel lugar. A pesar de lo que todos pudieran pensar, aquel lugar lleno de gente y de focos no era su sitio.

Lucía ha crecido esclava del juicio ajeno, ante las miradas de todos aquellos que creían conocerla solo por saber su nombre. Pero la rebeldía que siempre la ha caracterizado le hizo salirse del camino marcado para buscar su propio sitio y escribir su propia historia. Aunque lejos de lo que muchos creen, ha tenido que esforzarse el doble para demostrar su valía y para dejar claro que, detrás de la herencia de un rostro bonito, hay una mujer dispuesta a trabajar por conseguir sus sueños y aspiraciones.

Han sido demasiadas charlas de madrugada, demasiadas copas de vino y demasiadas horas de teléfono las que nos han hecho llegar hasta aquí. Sin soltarnos la mano. Siempre supe que era especial, aunque nunca se nos pasó por la cabeza que fuera capaz de plasmar con tanta verdad sus vivencias. La primera vez que me dio a leer uno de los capítulos consiguió removerme tantas cosas por dentro que supe que escribir sería su pequeña salvación. Y también la nuestra. Porque, en este libro, Lucía no solo te transporta a

cada etapa de su vida actuando tú como un mero espectador. En este libro, Lucía es capaz de hacerte revivir tus propias experiencias y hacerte reflexionar acerca de todo lo que has vivido. Porque ella fue empujada a madurar antes de tiempo, pero su mente incansable la llevó a querer conocerse. La llevó a desear apartar ese miedo que nos envuelve cuando queremos mirar lo que hay dentro de nosotros.

Este libro es el resultado de abrirse en canal y mirar sin miedo al vacío. Este libro es su pequeño acto de valentía. Porque Lucía ha vivido tan deprisa que enfrentarse a estas páginas ha sido el único detonante que le ha hecho pararse en seco por primera vez y volcar en estos capítulos todo lo que le ha ido enseñando la vida con cada una de las cosas que ha experimentado en su escasa veintena.

En estas páginas no solo la conocerás a ella, sino que podrás conocerte a ti mismo. Porque Lucía tiene la capacidad de hacerte replantearte tus propios ideales de vida. Y este libro te enseñará que no es oro todo lo que reluce y que nunca es tarde para parar y construirte tu propio destino. Como ella hizo, a pesar de todo. A pesar de todos.

ESTEFANÍA RUIZ
Escritora

Déjame contarte algo.

La vida está repleta de idas y vueltas. De círculos viciosos. Bucles en los que no verás salida. Escapatorias rápidas.

Será un constante empezar de cero. A veces querrás evadirte, otras te enfrentarás, y no te quedará otra opción que llevarte grandes lecciones.

La vida puede ser una batalla o una aventura.

La vida va de días. Te hará sentir un esclavo y otras veces serás tú el que te esclavices con tus propias decisiones.

Errarás millones de veces y eso te llevará a hacerte más sabio o mucho más ignorante.

Te apretará hasta que sientas que puede asfixiarte, y te sorprenderá con bocanadas de aire fresco.

La vida no es más que un juego en el que muchas veces sentirás que vas perdiendo, pero solo hay una manera de ganar: vivir.

1

El primer respiro

Nadie sabe por qué, pero todo empezó siendo un desastre. Más adelante veréis que a día de hoy continúo siéndolo, aunque… ¡benditos desastres! ¿Qué sería de mí sin ellos?

11 de diciembre de 1998. Gijón (Asturias). Cada persona que fue testigo de aquel momento me dice que fue a una hora diferente —nadie tuvo tiempo de mirar el reloj—, así que no puedo ser lo concreta que me gustaría. Aun así, se cree que nací alrededor de las seis de la tarde.

Lo cierto es que nuestro cerebro no nos permite recordar cómo llegamos a este mundo, y somos muchos los que nos complicamos y a veces lo hacemos de pie, incluso cuando tenemos la opción de nacer de cabeza y nos pasamos así gran parte de nuestra vida. Pero ahí contamos con la gran suerte de ser inofensivos y que nos lleven todo el día en brazos. En mi caso, conociéndome como me conozco, imagino que llegaba dispuesta a luchar, porque no nos queda otra. Lista y dispuesta a todo.

Resulta frustrante que tu familia recuerde tu nacimiento como un suceso traumático, nada que ver con lo que me cuentan las madres de mis amigas mientras me enseñan con orgullo esos álbumes de fotos llenos de bebés sonrosados y preciosos. Todos coinciden en que, cuando nací, me parecía a Mafalda. Tenía melena, como si acabara de salir de la peluquería. Era un bebé grande: cuatro kilos entre pecho y espalda.

Y aquí llega la trama…

Nací en el Hospital Begoña, un centro privado situado en la Avenida de Pablo Iglesias, en el centro de Gijón. Supongo que el ginecólogo que quería darme la bienvenida se la había dado a muchos bebés aquella tarde, pero nadie

imaginaba que la mía sería tan malvada.

Los que estéis familiarizados con los partos —como es mi caso a día de hoy—, sabréis que, cuando un bebé decide llegar de pie, lo mejor es recurrir a la cesárea para evitar roturas de huesos, sobre todo de clavículas. Sin embargo, el ginecólogo se complicó demasiado la vida y terminó rompiéndome los dos fémures.

Se me ponen los pelos de punta cuando mi madre cuenta que, mientras me estiraban para limpiarme, medirme y pesarme, me escuchaba dar alaridos de dolor. Ella misma fue la que avisó al equipo médico de que algo andaba mal:

—A mi hija le pasa algo…

Los médicos, muy poco acertados, dijeron que todo era normal.

Qué frustrante nacer gritando y que nadie sepa si se trata del llanto esperado de un recién nacido —una buena noticia— o si es producto del dolor. Cuando llegaron los resultados, que decían que estaba rota por dentro, me llevaron al Hospital de Cabueñes. Allí me salvaron la vida.

El enorme vínculo que tengo con mi abuela empezó en la ambulancia que me trasladó al hospital. Ella siempre cuenta que, antes de mi llegada, tenía un sueño recurrente y que, asustada, despertaba a mi abuelo diciéndole que le «faltaba» una niña. Imagino que mi abuelo pensaría: «¿Acaso le parecen poco tres?». El caso es que, cuando nací, la pesadilla desapareció: la niña que le faltaba era yo y, al parecer, logré que la depresión y la claustrofobia que padecía también dejaran de atormentarla, y llegué a distraerla.

En la clínica privada no quedaban incubadoras disponibles, así que, para el traslado, me metieron en una cesta de mimbre llena de bolsas de agua caliente que mi abuela sujetaba mientras, para ayudarme a respirar, una enfermera me colocaba en la nariz una de esas peritas que se usan para sacar los mocos a los bebés. La rotura de los dos fémures había provocado una hemorragia interna y llegué a Cabueñes con una parada cardíaca.

Mientras tanto, en el otro escenario, a mi madre, que tenía veintidós años, la despertaban después de haberla sedado. Le habían dicho que, al parecer, su hija tenía «los huesos de cristal». Otro grandísimo desastre. Asustada y con el abdomen recién cosido, pidió el alta voluntaria para ir directamente al hospital. Cuando llegó, se encontró con que me estaban reanimando. Tal y como lo cuenta ella, yo decidí aferrarme a la vida. La pequeña Mafalda no estaba dispuesta a rendirse y se pasó un mes en una incubadora diminuta que, al parecer, llegó a provocarme claustrofobia debido a mi tamaño. Como a los bebés no se les puede escayolar, me colgaron las dos piernas hacia arriba y las sujetaron con dos botellines pequeños de agua llenos de arena haciendo de contrapeso.

Pero, como suele ocurrir, las malas noticias siempre vienen juntas. Mientras mi madre me observaba en aquella diminuta incubadora, sonó el teléfono. Lo cogió mi abuela. Llamaban del hospital de Oviedo para que me llevaran allí inmediatamente porque en la clínica privada habían cometido otro error, se les había «olvidado» hacerme la prueba del talón. Supongo que algún médico debió de verme en aquella incubadora con la lengua fuera y, lógicamente, pensó que, por mucho que me pareciera a Mafalda, no se trataba de ninguna mueca… Al final, los dos hospitales se pusieron en contacto y me hicieron la prueba del talón en Cabueñes. El médico no se confundía: hipotiroidismo congénito. Si me lo hubieran detectado solo nueve días después, todo habría sido muy diferente y no sé si estaría escribiendo este libro.

Lógicamente, me pusieron en tratamiento. La melena con la que llegué al mundo fue dejando de existir a medida que me pinchaban en la cabeza —a los bebés no se les puede inyectar nada en el cuerpo—. Un mes después me dieron el alta y pudieron llevarme a casa. Había perdido mucho peso y la famosa melena de Mafalda había desaparecido casi por completo.

Aquel salvaje ginecólogo había partido en dos uno de mis fémures y mi cuerpo estaba descompensado. Subir

escaleras era un verdadero suplicio y, aunque la cosa fue mejorando con el paso del tiempo, ser modelo y andar con tacones siempre supuso un reto gigantesco para mí. Lo cierto es que resulta bastante cómico que las mismas piernas que tantos problemas me crearon de pequeña sean las que ahora me mantengan y me den de comer.

Sé que muchos piensan que nací entre algodones. Es verdad que habría sido maravilloso, pero ni mucho menos fue así. Cuando miro con perspectiva las hostias que me ha dado la vida, no puedo evitar pensar que una de las más grandes me la llevé en el momento de nacer. Y entonces me digo: «Estoy aquí de milagro, porque tenía que estar, y esto solo es un reto más del que aprender. Si salí de aquella, saldré de la que venga». Quizás por eso soy tan jodidamente exigente, inconformista y cabezona. Crecí pensando que estaba aquí para cumplir una misión, aunque aún estoy en la tarea de descubrir cuál es.

2
LA RARA DEL COLEGIO

Entre mi nacimiento y mi primer día de colegio hay una brecha gigantesca que no soy capaz de llenar. Es triste que olvidemos tantos recuerdos y emociones que estoy segura de que nos ayudarían a saber de dónde venimos y por qué sentimos lo que sentimos cuando nos convertimos en adultos. Muchas veces el camino nos hace olvidar… Sé que esas cosas se acumulan en la «mochila», que no desaparecen, pero al no recordarlas no podemos contar con ellas para explicar un montón de situaciones que llegan después. Con el tiempo desarrollé la creencia de que el yo más sincero es el yo de cuando somos niños. El paso del tiempo nos va desgastando y poco a poco nos volvemos más herméticos, más egoístas, y aunque la vida es un grandísimo y maravilloso reto y siempre nos sorprende, vamos perdiendo esencia.

Del colegio nunca me gustó la manera tan brusca que tenían de hacernos callar sin siquiera saber lo que decíamos. Escuchar es aprender, y aprender es crecer. En mi opinión, los niños tienen muchísimo que enseñarnos. Es como aprender de nuestra evolución. Hace tiempo fui a ver la exposición de una fotógrafa en la que había cientos de fotos de niños de diferentes ciudades de Estados Unidos. No solo se podían apreciar las diferencias culturales del país en sus rostros, sino que salí pensando en lo mucho que refleja la mirada de un niño. Decidí que, desde ese momento, cuando viajara los observaría mucho más. También me di cuenta de que es un grave error dar por hecho que lo que expresan no tiene sentido. Cuando eres niño, eres más honesto y libre —la «mochila» apenas pesa— y es más fácil decir lo que piensas porque no tienes miedo a ser juzgado.

Cuanto más creces, más te dañan y con más miedo te expresas. La sabiduría y el paso del tiempo nos vuelven más desconfiados.

Diría que, a medida que he ido creciendo, más incomprendida me he ido sintiendo.

Pero volvamos a mi etapa en el colegio. En realidad, mis once colegios, porque sí, fueron once. Solo en Asturias pasé por siete. Nunca he sido una niña normal: mi vida me ha llevado por sitios muy diferentes, sobre todo en mi infancia. De hecho, cuando en alguna fiesta alguien me reconoce y me dice «tú fuiste a mi cole», yo siempre respondo: «¿A cuál de ellos?». En mi cabeza aparece la duda inocente al pensar: «O mi cara no ha cambiado nada, o me han estado siguiendo». Las dos opciones son raras para mí.

Ahora os pido que os detengáis un momento e intentéis recordar la noche anterior a vuestro primer día de clase. ¿Qué sentíais? Yo sobre todo me acuerdo de la ansiedad, e incluso ahora me pone los pelos de punta recordar aquella etapa.

Mi primer colegio fue el Valmayor (del Opus Dei), en Gijón. Yo tendría unos cuatro años y recuerdo que allí conocí a mi primera gran amiga, una niña que tenía unos ojos azules enormes que le llenaban la cara. Nos volvimos inseparables y, aunque hace tiempo que no sé nada de ella, fuimos amigas durante años. Lo compartíamos todo, hasta el «novio». ¿Os imagináis ahora? Me maravilla la inocencia de la infancia, ese amor tan poco contaminado… Hasta aquí, todo bien. Sin embargo, las imágenes se vuelven borrosas cuando intento acordarme de mi segundo colegio, como si mi cuerpo no agradeciese tanto traerlo a mi memoria. Es asombroso todo lo que puede transmitirnos el cuerpo solo con el acto de recordar.

También era un centro religioso, y del Opus, pero había una diferencia fundamental: no estaba en Asturias, sino en Madrid —lejos de mi abuela—, y tampoco estaba mi amiga la de los ojos azules. Mis padres acababan de casarse y decidieron vivir allí. Creo que solo hice un curso en aquel colegio, pero me parecieron veinte. Casi todos los niños

llegaban con su chófer e iban acompañados por sus niñeras. Y las madres, perfectamente maquilladas, como si después de dejar a sus hijos en el colegio se fueran directas a una alfombra roja. Recuerdo a una en especial que siempre llevaba el pelo liso como una tabla.

Yo iba en el autobús del colegio. A día de hoy, siempre que paso por aquellas calles me acuerdo de mi nariz pegada a la ventanilla y de las ganas que tenía de llegar a casa para poder hablar conmigo misma y dejarme llevar por mis fantasías y mis canciones. Las mejores mañanas eran cuando mi madre me llevaba en metro al colegio. Durante el trayecto, nos poníamos a cantar, sobre todo flamenco y casi siempre la misma canción: *Gitano,* de Abigail.

La verdad es que me gusta recordar y refugiarme en la Lucía de entonces. Me encanta «visitarla». Pienso que estaría orgullosa de conocer a la persona en la que me he convertido y del camino que he recorrido.

De lo que no había ninguna duda era de que ni mi madre ni yo encajábamos en aquel centro un tanto elitista: ella llevaba el pelo rapado y de leopardo, y yo un *mullet* al estilo Bebe, con una rasta naranja y otra blanca, lo que causaba extrañeza entre mis compañeros de clase y las profesoras. Incluso una de ellas me animó a quitarme las rastas. Fue después cuando María Angélica, mi madrina, cepillándome el pelo, me la arrancó sin querer y me dejó una calva. Recuerdo que el berrinche me duró horas.

A diferencia de la mayoría de los niños, que esperaban ansiosos el momento de salir al patio, durante los recreos yo prefería quedarme hablando con el conserje del colegio, que se convirtió en mi mejor y único amigo. Le intentaba describir la cárcel que Madrid suponía para mí. Hablábamos a través de la valla que separaba los dos patios —el de mayores y el de pequeños—, por lo que la sensación de estar en una prisión se volvía aún más fuerte. Mis compañeros de clase me parecían extraterrestres y yo prefería recrearme en mi propio mundo, fantaseando y soñando despierta.

Cuando el curso acabó, llegó el verano y, después, en

septiembre, el tercer colegio, de nuevo en Asturias. Mi abuela me esperaba con los brazos abiertos. Mis padres se habían divorciado y decidieron que lo mejor era que yo regresara a Gijón. Mis ganas de empezar el curso siempre fueron nulas, pero al menos descubrí algo esencial para mí: mi pasión por la escritura.

Yo tenía siete años y era una niña muy sensible y callada. Me enfada reconocer que, pese a haber pasado por tantos colegios, apenas tuve una o dos profesoras que supieron enseñarme a gestionar mis sentimientos, como si solo les importara que aprendiera a hacer sumas, divisiones y raíces cuadradas, que, por cierto, se me daban fatal. Recuerdo a una profesora en concreto que en más de una ocasión me dijo:

—Lucía, ¿eres tonta?

La frase todavía me retumba en la cabeza. Y no fue la única que me trató con frialdad. Incluso varias profesoras —de distintos centros y en distintas épocas— criticaban a mi familia porque, según decían, nos gustaba la «polémica». A alguna le escuché decir que acabaría de cajera en un supermercado.

Muchos dicen que los niños son muy crueles, y tampoco lo quiero poner en duda, pero os aseguro —todos lo sabemos— que muchos profesores no se quedan atrás.

Aun así, no todo fue malo en aquel colegio, en el que estuve hasta los nueve años. Como digo, me resultaba muy difícil, incluso imposible, adaptarme, porque yo estaba otro momento, había aprendido otras cosas y desde muy pequeñita me decanté por escribir. Especialmente donde más tiempo pasa una niña, que es en el colegio, yo sentía que a base de escribir aprendía. Fue eso lo que me hizo crecer.

Recuerdo a mi profesora de Lengua de segundo de primaria, Consuelo, que además era mi tutora. En una ocasión nos pidió que redactáramos microcuentos, y yo, siempre tan callada y tímida, escribí tres. Cuando al día siguiente llegué a clase con mis relatos, Consuelo llamó a mi abuela:

—¿Le ha hecho usted los deberes?

—¡No! —exclamó mi abuela—. ¿Por qué me pregunta eso?

—Me asombra la forma de escribir de Lucía. Ha escrito tres microcuentos que parecen escritos por un adulto.

Cuando llegué a casa y mi abuela, sorprendida, me lo contó, escuché mi propia voz diciendo: «Bien, Lucía, por fin destacas en algo».

Lo cierto es que nadie me enseñó a escribir. Juraría que aprendí escuchando las canciones de Rocío Dúrcal y de otras «copleteras» que me ponía a todas horas en el *walkman* de mi abuela. Mi madre, además, cantaba en un grupo y se hacía llamar «La Perra». Nunca le he preguntado por qué eligió ese nombre tan polémico para los medios del corazón. Qué absurdo… El caso es que a mi madre le encantaban las letras que yo componía y las metía en las suyas. Mi madre siempre creyó en mi faceta de escritora; de hecho, a menudo me recuerda que desde pequeña le decía que yo me iría a Jamaica a escribir libros.

Algunos años después, en sexto de primaria —en otro colegio, también privado—, recuerdo a una profesora de inglés que se enfadaba muchísimo conmigo porque me pasaba las clases escribiendo cartas. Una vez me pilló desprevenida y no la vi llegar… Me quitó la carta, mi carta, y amenazó con leerla en alto. Para mí aquello suponía un verdadero sacrilegio. Que todo el mundo se enterase de mis sentimientos me parecía aberrante. Mis emociones eran lo que yo más valoraba y las guardaba como un tesoro. Eran todo lo que tenía dentro de mí.

Por aquel entonces yo vivía con mi madre y recuerdo que la profesora la llamó para decirle que su hija no era una niña «normal», que cantaba, escribía, reía y lloraba… ¡en medio de sus clases! También le contó que me había quitado la carta. Más que miedo a que mi madre me regañara, lo que me preocupaba era haberla decepcionado porque no estaba estudiando en ese caro colegio, como los demás niños. Sin embargo, me llevé una enorme sorpresa cuando escuché cómo mi madre le soltó a la profesora que

nunca más volviera a quitarle una carta a su hija. Siempre la admiraré por ello. Seguramente la otra se escandalizó y no entendió la reacción de mi madre… Siguió quitándome mis cartas, aunque a partir de ese día me las devolvía al final de la clase.

Seguro que ya os habéis dado cuenta de que nunca he sido una buena estudiante. Tan solo quiero contaros una anécdota más relacionada con mi etapa de colegiala, en concreto con el internado en el que estudié de los once a los trece años. Para los de mi generación —todos hemos visto la serie *El internado*— se trata de un lugar lleno de misterios y de pasadizos secretos, y apuesto a que más de uno ha soñado con ir a un internado de verdad. Pero no, no hay ni pasadizos ni misterios, aunque sí alguna que otra cosita turbia.

Por aquel entonces mi madre vivía en Italia. Yo había estado con ella unos seis meses, en la isla de Elba, pero decidió que lo mejor era que regresara a Asturias porque en el colegio no aprendía nada. Me quedaba dormida en clase porque no controlaba el idioma y me empollaba las lecciones de memoria, sin entender nada. Mis compañeros, que eran encantadores, intentaban ayudarme y, de hecho, aprendí a hablar bastante bien italiano. Sin embargo, el colegio se me daba fatal.

Durante la etapa del internado yo estaba obsesionada con ser una niña «normal». Lo primero destacable es que, como casi todos los alumnos eran mayores que yo, la mujer que se encargaba de cuidar a las chicas decidió que mi compañera de habitación fuera la única niña que había de mi edad. Se llamaba Katia y al principio las cosas con ella fueron tranquilas. Sin embargo, cuando llegó la noche y la cuidadora apagó la luz de nuestro cuarto, oí cómo Katia suspiraba y decía:

—Hogar, dulce hogar…

No entendí por qué a una niña de doce años le parecía «dulce hogar» un internado, así que le pregunté. Me contó que había nacido en Rusia y que era adoptada, que era el segundo internado por el que pasaba, pero que este era

«mucho mejor que el otro». A los pocos días me di cuenta de que la mayoría de los niños se reían de ella. No tenía las «facilidades sociales» del resto y era evidente que Katia tampoco era una niña «normal». De hecho, apenas recibía visitas y casi todos los fines de semana se quedaba en el internado. Estaba necesitada de cariño y era obvio que sentía un gran enfado hacia sus padres adoptivos.

A día de hoy, ser adoptado sigue siendo un grandísimo tabú e incluso motivo de *bullying* en el colegio. Quizás no sea este el momento de hablar de esto y buscar respuestas, pero sí me gustaría hacer un inciso. Para los demás niños —no para mí— era muy raro que mi padre me hubiera adoptado. Continuamente se reían de mí y, en tono de burla, me repetían que yo no sabía quién era mi padre. También me hicieron alguna que otra broma de muy mal gusto por este motivo.

Pero, volviendo a Katia y al internado, lo más grave fue que nunca nadie nos enseñó a tratar con ella. Estaba claro que tenía problemas, pero ningún profesor nos explicó a los demás cómo podíamos ayudarla.

Ahora soy consciente del poco tiempo que los profesores dedican a algo tan importante como las emociones, que nos acompañan durante toda la vida. Tal vez por eso un día nuestro cerebro se cansa y llegan los trastornos, la depresión y la ansiedad. Nos dan un miedo atroz porque ignoramos —nadie nos lo ha enseñado— en qué consisten y cómo debemos tratarlas o tratar con el de al lado. Para mí, la empatía es otra asignatura pendiente en el colegio.

Yo siempre quería estar con los mayores, me sentía arropada por ellos, que jugaban conmigo y me trataban como su juguete, como su hermana pequeña. Me cortaban el flequillo y me hicieron algún que otro pendiente.

Me llama la atención lo gigante que lo vemos todo cuando somos niños, y lo mucho que deseamos llegar a esas alturas, imagino que para ver más cosas… No sé vosotros, pero yo pienso que sería increíble volver a ver las cosas con esas gafas. Todo era el doble de emocionante.

En cada habitación había cuatro camas muy pequeñas y

no demasiado cómodas, antiguas y de muelles, cubiertas con unas colchas moradas reversibles de Ikea. Había un armario para cada niño. El lunes empezaba siendo un armario, pero el viernes terminaba convertido en una jungla. Nos despertaban a las siete de la mañana con Cadena 100 y el programa de Javi Nieves. Después llegaba el momento de las duchas —comunitarias, claro—, y había que ser muy rápida. Si te quedabas rezagada, lo más seguro es que te tocara ducharte con agua fría.

Después de las clases, llegaba la hora del estudio, a las seis de la tarde. Tenías dos horas y media para hacer los deberes. Si te distraías, como me ocurría a mí con frecuencia con mis canciones y mis movidas, te obligaban a hacerlos después de cenar.

Recuerdo que una de mis tutoras se dio cuenta de que las ecuaciones no eran lo mío. Tampoco la Historia de España… Así que un día me propuso participar en su taller de teatro y se empeñó en que también lo hiciera en la obra del curso siguiente al mío. Se esforzó para que diera lo mejor de mí. En especial, me animó a cantar y, aún con mucha vergüenza, a subirme al escenario del colegio en todas las obras de fin de curso. Entre otras, recuerdo que canté *Color esperanza*. Se me cortaba la voz y sentía que todo mi cuerpo temblaba, pero era un subidón de adrenalina y durante una semana entera me sentía más aceptada en el colegio. Aquella profesora fue una de las pocas que confió en mi valía cuando yo sentía que no valía para nada.

La educación nos frustra desde pequeños, sobre todo si no eres como los demás. Y estaba claro que yo no lo era. Nos dicen que si no estudias una carrera no llegarás a nada, pero al salir de ahí te das cuenta de que todo era un engaño. Después viene el máster, el inglés que no pudiste aprender bien porque tenías que trabajar para sacarte la carrera e ibas hasta el cuello. A no ser que seas uno de esos suertudos para los que su familia guarda la empresa o algún que otro puesto importante en el que tendrás que dar la talla, con la presión que eso supone. Las expectativas son

muy altas y en ese momento todo está en tus manos.

He llegado a la conclusión de que habría sido bueno que en el colegio enseñaran cosas prácticas, como en qué consiste ser autónomo o cómo se hace la declaración de la renta. Cuando estás estudiando, todos tenemos nuestras propias metas y creemos saber qué queremos ser de mayores. Lo que no sabes es que la vida te llevará por caminos que ni siquiera imaginas que existen. Cuando te independizas, te das cuenta de que no tienes ni puta idea de qué es un contrato de arrendamiento y lo que implica, o de cuántas horas de trabajo te hacen falta para llegar a fin de mes y mantener tu vida social.

Cuando los problemas *reales* llegan, lo más seguro es que ninguna ecuación matemática te ayude a solucionarlo. Y raramente habrá un psicólogo que no te cueste la mitad de tu sueldo para ayudarte a gestionar todas esas cosas que no te han enseñado en el colegio.

Es entonces cuando empieza la vida.

* * *

MÍRATE

Desde pequeña sufrí un complejo horrible por mi cuerpo. En especial tenía una lucha con mis piernas y me ponía doble leotardo cuando tenía que llevar uniforme. Las chicas nos subíamos la falda hasta el ras del culo para notar la mirada cobarde de los chicos al pasar. También me ponía un pantalón encima de otro para «engañar» y fingir más culo. Me obligaba a comer para engordar un poco, tener curvas y sentirme sexy como las demás niñas, porque mi delgadez era objeto de burla, sobre todo en la pubertad, que es cuando más observas tu cuerpo y te comparas con los cambios ajenos. Me usaban como ejemplo de «plana» o de «mal cuerpo». Constantemente me recordaban que era como un «espagueti» o una tabla de planchar.

Jamás olvidare las palabras de Miguel, el graciosillo de la clase que tenía cara de tucán. Fue en uno de los muchos colegios por los que pasé, que había sido un convento y donde vivían algunas monjas a las que hicimos alguna que

otra trastada. Ocurrió después del timbre y del último aviso de megafonía para volver a clase después del recreo. Miguel subía junto a la barandilla negra que cerraba las escaleras de caracol, y yo subía, justo a su lado, con una bolsa de plástico llena a rebosar de comida basura —para engordar cuanto antes—. Él no solía ser déspota conmigo y a menudo coincidíamos en el mismo grupillo y nos reíamos de cualquier cosa. Sin embargo, esta vez me miró con su risa malvada y dijo:

—Te voy a ser sincero. Todos estábamos emocionados con tu llegada al cole. Una chica modelo… Pensábamos que estarías superbuena, pero mírate… —acechó mis piernas mientras subían por la escalera—. No vales la pena, tienes que engordar…

Me bloqueé tanto que no pude contestarle. Solo tartamudeé y miré hacia abajo para observar mis piernas —y odiarlas—. Y eso que por esa época ya me estaba rebelando y comenzaba a sentirme «popular», incluso macarra. Seguí subiendo las escaleras con la mente en blanco. Crucé el pasillo y me senté en la última fila para soportar otra clase más durmiendo con la cabeza encima del pupitre verde, lleno de notas y olor a restos de goma MILAN.

3
FAMILIA

Os voy a ser terriblemente sincera. Este capítulo lo he dejado para el final porque es complicado hablar de personas tan peculiares como las que forman mi familia. Según he ido creciendo, mi perspectiva sobre todas ellas ha ido cambiando, y ahora, con veinticuatro años, creo que puedo hablar con más conocimiento. Ahora que ya soy adulta me interesan sus vidas más que nunca; sus carencias, sus opiniones, sus gustos, sus discusiones, sus relaciones interpersonales… Tenía ya casi terminado el capítulo y a punto de entregarlo a la editorial cuando me di cuenta de que, quizás, había pasado demasiado de puntillas. Quiero ser honesta con el lector y con mi familia. No solo llevo sus genes, mi familia ha sido la causa y el detonante de muchas de mis vivencias y conforma una gran parte de esta historia.

Lo único que sabéis es que soy «hija de», y muchas, por no decir casi todas, de las personas que me estáis leyendo ahora mismo lo hacéis a causa de esto y no por mi trabajo o por mi escritura. Es algo que me frustra y, si no lo dijera, os estaría mintiendo u ocultando la verdad. Creo que todos los «hijos de» sufrimos con la batalla de no ser lo suficientemente válidos ante los ojos de los demás.

Ser «hija de» puede ser una suerte y una carga al mismo tiempo, sobre todo si sigues los pasos de uno de tus progenitores y eres reconocida. No solo parece que eres un enchufado, sino que además debes demostrar que eres capaz de hacerlo todo perfecto. He dejado de hacer muchas cosas porque, ante el alto porcentaje que existe de que algo salga mal, temo el juicio y el disgusto de quienes me observan y esperan el momento de despellejarme. Y si, para el colmo, eres mujer, los medios se vuelven aún más

voraces, siempre al acecho de la oportunidad perfecta para casarte con alguien muy exitoso. Me recuerda a lo que sucedía en la Edad Media, cuando a las mujeres de «alta cuna» las casaban con pretendientes de buenas familias. Da igual lo que hagas, siempre te lo van a recordar.

En mi caso, he intentado sacarme yo solita las castañas del fuego. Todos nos peleamos con las expectativas de las personas del entorno más cercano e incluso con las propias. Pero ¿cómo atender —y enfrentarte— a las expectativas de personas que no conoces?

Resumiendo, ser «hija de» puede implicar un beneficio económico e incluso social, pero indiscutiblemente nos encasilla. En este país, si eres «hijo o hija de» muy pocas veces se reconocerán tus logros, porque socialmente no los considerarán tuyos. Te perseguirán las ideologías de tus padres, sus carreras y las expectativas de quienes observan cada uno de tus movimientos, olvidando que eres un ser humano como los demás y que, por tanto, tienes derecho a fallar una y mil veces. Por supuesto, cada cual con sus propios defectos y sus virtudes, pero con demasiada frecuencia se olvida que los «hijos de» también tenemos nuestras vidas y nuestros problemas.

Os sorprendería saber cómo cambia le opinión de cualquier persona antes y después de enterarse de que perteneces a determinada familia, y más si el resto la considera una familia ¿polémica? Así que sí, lo siento, mamá, papá… Habéis tenido más oficios de los que pensáis. Habéis sido pescaderos, fruteros, y sí, otras veces me habéis sacado de más de un lío sin saberlo. Y a pesar de ello, me gustaría hablar con total sinceridad de lo que realmente ha sido la familia para mí.

De vez en cuando, mi madre suele cambiar de versión cuando trata de contar cómo me concibió —cómo se quedó embarazada—; a veces me dice que fue en París, en un edificio enfrente de la Ópera; otras que fue en un descampado en Asturias… Yo distingo esas versiones entre la romántica y la más salvaje, aunque seguro que esta última también fue romántica.

Mi padre biológico —«el misterioso», como lo llaman algunos, o «el desconocido»— también era modelo. A los dos les iba bastante bien y se conocieron haciendo un catálogo de ropa interior. Él me contó que ella estaba muy nerviosa. Ella lo niega, como siempre ante cualquier situación que la deja en un lugar vulnerable. Ambos eran unos niños y, según ellos, me buscaron. Pero prefiero desarrollar este asunto más adelante…

Como visteis en el primer capítulo, mi nacimiento «tuvo mala pata» —con los pies por delante— y estuve entre la vida y la muerte hasta que cumplí un año. Creo que fue en ese momento cuando dije: «¡Oye, que me quedo!».

Lo mejor que hicieron fue separarse, y no lo digo irónicamente. Al poco llegó C., de quien creí que llevaba sus genes hasta que tuve siete años. Mi madre y C. se enamoraron, se casaron por todo lo alto y, cuando yo tenía dos años, él decidió adoptarme. Creo que en mi familia aquello no gustó demasiado, supongo que porque temían que pudiera llevarme con él si las cosas no salían bien. Pero así fue, me adoptó y se convirtió en mi referencia paternal. Una especie de admiración hace que busque continuamente sus valores en otros hombres.

Frivolizando un poco, me molesta que mis «dos padres» tengan los ojos claros y que yo no haya nacido con esa gracia.

Mis abuelos maternos han sido como mis padres y me han cuidado durante gran parte de mi vida. Han tenido tres hijos, aunque cada uno parezca de una familia completamente distinta, y no por su físico, que es lo poco que les une ahora, sino por sus formas de ver la vida, para «desgracia» de mi abuela. Una mujer bastante convencional, que tuvo a Tania, pintora, con solo diecisiete años.

Se casaron solo a los seis meses de conocerse. Ellos siempre cuentan que cuando él la vio, «mi abuela era una preciosa morena con cintura de avispa», y se dice por el pueblo que mi abuela tenía una larga fila de pretendientes, pero fue el andaluz Romerito de Cortegana quien vino a arrebatársela a todos. Me imagino perfectamente que,

cuando la conoció, en un tono chulesco le dijo a su amigo:

—Con esa mujer me caso yo.

Mi abuela siempre me recuerda que a los veintidós años ya tenía tres hijos. Es algo que me provoca cierto pavor, pero a ella, un ama de casa que ha entregado la vida por su familia, le hace sentir muy orgullosa. Y me lo dice cuando ve a nuestra generación, como si se tratara de una especie de recordatorio de que los jóvenes de hoy en día vamos un poquito lentos. Cuando le insisto en que todavía estoy en la veintena, me repite que ya soy toda una mujer.

Mis abuelos tuvieron dos hijas artistas y un hijo, el pequeño, constructor, que fue el oficio que su padre le enseñó. He de decir que, desde pequeña, he tenido la suerte de vivir siempre en casas diseñadas y construidas con su gusto exquisito.

Escribo estas páginas desde una de las muchas casas en las que me he criado, muy parecida a mi casa «del monte», y me he encontrado con sentimientos olvidados hacia ellos tras ver álbumes repletos de fotos suyas encima de sus regazos.

Analizándolo ahora, que soy un poco más mayor, creo que tanto mi tía Tania como mi madre se casaron y tuvieron hijos demasiado pronto para seguir los pasos de mi abuela… Aunque, para su disgusto, sus dos hijas son liberales y artistas. Y mucho me temo que yo también lo soy. Poco a poco, mi abuela va actualizándose, pero la sombra de su época permanece y a veces la vislumbro en sus consejos.

Con el paso de los años mi abuela y yo hemos desarrollado una enorme conexión emocional, lo que me ha llevado a buscar siempre su aprobación en cada cosa que hago, porque cuando no lo he hecho me recuerdan que la he cagado de lo lindo, aunque ahora he podido entender que de eso va la vida.

Puede que esto que digo desate algún cabreo —creo que ya he desatado más de uno sin quererlo—, pero me vais a perdonar si os digo que he crecido sintiéndome el nexo de la extraña relación que hay entre mi madre y mi abuela. He

crecido queriendo estar con las dos, pero mi madre no soporta las «órdenes» de nadie ni que le digan qué es lo que debe hacer.

Y a mi abuela le vino grande tanto «liberalismo». Ahora se llevan mucho mejor, pero me acuerdo de su llanto desconsolado cuando mi madre me llevaba con ella a Madrid y nos separaba. Aunque yo era muy pequeña, las discusiones entre las dos me hacían sentir muy culpable e infeliz. En el fondo, sabía que tenía el deber de cuidar de mi madre… Sí, habéis leído bien, yo también quería cuidar de ella, lo que, con el paso de los años, nos ha permitido construir un vínculo distinto al habitual entre madre e hija. La nuestra es como una relación de hermanas o amigas. La vida de «artista» nos lleva por caminos diferentes de los habituales y creo que, por lo general, las familias que se dedican a ciertas profesiones son un tanto desestructuradas —aunque tampoco sé muy bien lo que significa esto— y van un poco en dirección contraria a las «normales».

Yo crecí al lado de Álvaro, el hijo de mi tía Tania, uno de los seres más especiales que hay en este planeta y una de las personas que más me ha animado a escribir este libro. Y, lo siento, familia, pero creo que la nueva generación ha venido a mejorar la «raza», porque Álvaro es tan bello que duele. Y eso que no es consciente ni de la tercera parte del talento que tiene. Deberíais habernos recordado más veces que tenemos talento. Juntos hemos llegado a la conclusión de que nos ha hecho mucha falta.

Mi hermano Martín nació cuando yo tenía catorce años, y su peculiaridad es que provoca el mismo efecto que un tornado. Deja a todos sin energía, pero a la vez nos la regala. Y ver su inocencia cuando se disfraza de adulto es uno de los motivos que me hacen seguir creyendo en la humanidad.

Dicen que el divorcio de mis padres me hizo sufrir mucho. Sin embargo, yo no lo recuerdo. Dicen que cuando veía las maletas de mi padre en la puerta las metía corriendo de nuevo en casa. Se divorciaron al poco de casarse, así que yo no tendría más de seis años. Quizás mi

mente ha decidido borrarlo o, sencillamente, era demasiado pequeña para asimilar todo aquello.

Sé que, al principio y a su manera, mi padre luchó por mí. Y, como era de esperar, rehízo su vida con una mujer, quien, al principio, para mi disgusto, solo disimuló su desagrado hacia mí. Supe que se casaban por la cotilla de mi profesora particular de matemáticas, que un día me paró por la calle y me preguntó qué pensaba ponerme para la boda.

—¿Qué boda?

Decidí echarme novio y fumar maría antes que leer las revistas de cotilleos. Creo que en su mente se produjo un cortocircuito cuando la cosa se empezó a complicar más de lo previsto y me estaba convirtiendo en una adolescente rebelde. Dejé de ser la niña angelical y callada que había sido hasta que mis hormonas empezaron a rebelarse.

Con el tiempo, tras nuestra ansiada reconciliación, intenté lograr por todos los medios su aprobación, por ejemplo, con una caja de regalos que compré en un bazar cuando fui a conocer a mi nuevo hermano, recién nacido. No era un gran regalo porque no tenía un duro, pero lo importante es el detalle.

Nada de esto se lo he dicho a ellos. Podéis llamarme cobarde, pero con el tiempo me he convertido en una persona huidiza de las conversaciones incómodas, y siempre las he solucionado escribiendo. He decidido que ellos también descubran cosas que jamás hubieran esperado leer —tampoco yo misma— en un libro.

Y aunque he crecido encerrada en el qué dirán, he comprendido que todos, hasta la ya exmujer de mi padre, de la que incomprensiblemente me habría gustado recibir alguna migaja de cariño, lo han hecho lo mejor que han podido. Me han regalado vida, he aprendido de cada uno de ellos. Son personas extraordinarias con sus habilidades y sus torpezas. Son seres únicos e insustituibles.

4
EL VILLANO

Tendría unos nueve años y mi madre y yo vivíamos en Madrid. Ella rodaba la serie *Física y química* y yo me pasaba los días enteros con la interna o en el *set* de rodaje, detrás de los focos, jugando a que me maquillaran, con los *walkie-talkies*, durmiendo en el camerino, en el vestuario, jugando a ser estilista o aprendiéndome los guiones de todos los capítulos de la serie.

Ya era de noche, mi madre estaba con su portátil blanco en el salón. Solo había una luz encendida, muy baja, en la terraza. Lo que más la alumbraba eran los restos de luz del pasillo que le llegaban a su cara, junto a la luz fría y fuerte del ordenador, que creaban un gran reflejo en sus ojos negros y hacían que le destellaran. Yo jugaba a desfilar como una modelo por el largo pasillo de la casa. Cuando llegué al salón para enseñarle el nuevo modelito me miró con una cara extraña y volvió rápidamente al ordenador.

—¿Te gusta, mami?

—Sí, Luci, sí… —dijo ella.

—Vale, pues voy a por otro…

No me hizo demasiado caso y siguió mirando el ordenador con un gesto de preocupación que se me contagió. Volví a mi habitación y escogí un peto con cuadros escoceses que me había comprado en Zara. Me pinté los labios de negro con su lápiz de ojos y volví a desfilar por el pasillo. Mis pasos chirriaban en el suelo de madera antigua. El pasillo cruzaba toda la casa: en un extremo había un baño y, en el otro, el salón.

—Mami, ¿y esto? ¿Te gusta? —le pregunté.

Giró la cara hacia mí y me vio con los labios pintados de negro. Soltó una enorme carcajada, pero percibí cierta

mentira en su forma de reír. Cuando tu madre es actriz y la ves haciendo de diferentes personajes, es fácil desarrollar la intuición y saber cuándo te está mintiendo piadosamente o, mejor dicho, ocultando la verdad.

—Venga, sí, anda, vámonos…

Por las tardes, cuando no había rodaje, nos íbamos al Vips o a ver una película al cine. Esas eran mis tardes preferidas. Yo la miraba, admirándola mientras escogía qué ponerse. Eligió unas botas de *cowboy* que se había comprado en Malasaña. Le costaron carísimas y yo no entendía por qué. Habían estado enterradas en tierra y, al parecer, eso les daba aún más valor, pero al final cambió de opinión y se puso unas zapatillas deportivas más cómodas. Ella siempre le dio mucha importancia a la comodidad y ahora entiendo por qué. La carrera de modelo te lleva irremediablemente a buscar lo más cómodo, y eso que podríamos andar sobre clavos, ya que nuestros pies se vuelven insensibles por tanto tacón.

Recuerdo que me puse unos leotardos negros y unas botas negras Camper por debajo de la rodilla. Pasamos la tarde comiendo tortitas, hablando y riendo. Teníamos conversaciones largas y profundas; le daba mucha importancia a mi opinión. Escribíamos canciones y las cantábamos juntas. Pero aquella tarde yo notaba que me ocultaba algo. Ya estábamos de vuelta en casa cuando, desde el salón, me llamó:

—Luci, ven, tenemos que hablar…

Sentí una ráfaga de miedo. ¿Quizás nos mudábamos otra vez? ¿Un nuevo cole? ¿Se va de fiesta y tengo que quedarme con la *nanny?* Llegué al salón, que estaba totalmente a oscuras, salvo por la luz del ordenador y de la tele, y me dijo:

—Tu padre.

—¿Qué dice? —pregunté.

—No, Luci, tu padre W. Quiere conocerte. Acaba de escribirme por Facebook.

De repente sentí como si un superhéroe quisiera contactar conmigo.

—¿¿Qué dice?? ¿¿Qué dice??

Me leyó el mensaje que había escrito. Estaba en inglés, pero lo tradujo según me lo iba leyendo. Empezaba así: «Hola, Blanca, cuánto tiempo. ¿Cómo estáis? ¿Cómo está Lucía?». Y seguía con algo así como «Mi padre se está muriendo y antes quiere conocerla… A mí también me gustaría verla. ¿Puedes preguntarle si quiere?».

No me lo pensé ni un segundo. Saltando y riendo dije:

—¡¡¡Síííí!!!

Cuando eres adoptada —por una parte o por las dos—, desarrollas una extraña sensación de intriga que vive siempre contigo. Para mí, W. se había convertido en un superhéroe que algún día vendría a salvarnos y a contarnos sus aventuras por el mundo. A medida que te vas haciendo mayor, las preguntas comienzan a llegar y buscas respuestas en todas partes y en cualquier momento.

Mi madre acordó con él una fecha cercana. W. se quedaría un par de días en casa y después se iría a Alemania a hacer una campaña. Yo estaba ilusionada y muy impaciente. El superhéroe se acercaba y, además, era un *top model*. Tenía muchas cosas que preguntarle.

El día que W. llegaba le rogué a mi madre que me dejara no ir al colegio. Sentía un hormigueo constante y quería que todo saliese perfecto. Deseaba impresionarle y parecerme lo máximo a él. Pero mi madre no aceptó. W. llegaría mucho después de que yo saliera del colegio, así que, cuando llegué casa, seguía estando nerviosa. Saltaba por el pasillo y, a la vez, sentía pánico. Ya era de noche cuando por fin sonó el timbre. Fui corriendo y le pedí a Graciela que me dejara abrir la puerta. En mi madre también noté cierto nerviosismo, pero no tan emocionante como el mío.

Vivíamos en un primero, y con sus larguísimas piernas subió rápidamente las escaleras. Me pareció altísimo —medía un metro noventa—. ¿Era como me lo había imaginado? Seguramente mejor, mucho mejor… Tenía una voz grave que aún sigue resonando en mi cabeza. Mi madre y él hablaban en inglés, mientras yo le enseñaba mi portátil

con el traductor de Google abierto.

Tenía los ojos verdes —como los paisajes en los que yo había crecido—, el pelo largo y hacia atrás, una nariz igual de afilada que la mía y barba de unos cuantos días. Era mucho más guapo que todos los superhéroes que había visto en las películas. Yo no paraba de observarlo e imitarlo para ver en qué me parecía a él.

Al día siguiente, cuando salí por el portón verde del colegio y me sorprendió allí, me lancé hacia él. Al fin podía presumir de que sí conocía a mi padre… Y al siguiente me libré del colegio. Antes de irse al rodaje, mi madre le dijo:

—No salgáis de aquí, y no bebas hasta que yo vuelva.

Le pidió a Graciela que nos vigilara.

Él afirmó con la cabeza. Nos pasamos la mañana bailando en el salón. Cuando al fin nos sentamos en el sofá, agotados, me cogió las manos y las puso junto a las suyas. Aunque hablábamos por señas, nos entendíamos perfectamente.

—Mira, como las mías —dijo en inglés.

Se me encendió la cara y recuerdo que, acto seguido, hizo lo mismo con las piernas. Los dos las estiramos y comparamos nuestros pies jugueteando con los dedos, que eran exactamente iguales.

Unas horas después, mi madre nos recogió y fuimos con ella al rodaje. Presenté a W. a todo el mundo, presumiendo de él. Estaba radiante.

Todo cambió mientras comíamos en un restaurante antiguo —con paredes de ladrillo y piedra— junto a todos los miembros del equipo de la serie. Eran mesas largas donde no veías el final. W. llevaba ya varios chupitos de no sé bien qué y entonces le llamé para decirle algo. No me hacía caso e insistí.

—¡¡Cállate!! —me gritó.

Me asusté. Todo el mundo se quedó callado y nos miró.

Después fuimos a la caravana para ver cómo maquillaban a mi madre. De repente, vi que W. hacía el amago de tocarle la espalda. Me enfadé muchísimo. Me quedé muda y decidí no volver a hablar, así que comenzó a

hablarme muy fuerte en el *set* de maquillaje, y yo le quitaba la cara con mucha vergüenza. Mi madre le dio las llaves de casa para que volviera solo. Aquel no era el mejor sitio para armar un escándalo.

Cuando, unas horas después, mi madre y yo regresamos a casa, Graciela nos abrió la puerta llorando y temblando.

—Señora, está loco —dijo tartamudeando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi madre.

—Ahora está en el baño. Ha mojado toda la casa. Está gritando «la hija, la madre», «la madre, la hija», y dice que Dios le está poniendo a prueba.

Yo empecé a llorar. A mi madre le entró una risa nerviosa. Fuimos hasta el final del pasillo y vimos la puerta cerrada del baño. Allí estaba.

Llamamos a la puerta y me dejó entrar. Se arrodilló y me abrazó. Después cerró la puerta con pestillo, dejando a mi madre fuera. Yo no paraba de llorar mientras mi superhéroe se convertía en villano. Me decía palabras en inglés que yo no entendía. Al final mi madre consiguió entrar en el baño y entonces me di cuenta de quién era de verdad la superheroína. Lo agarró de la hebilla del cinturón y lo arrastró por el pasillo en la misma posición corporal hasta la puerta. Él se quedó de rodillas mientras mi madre le acariciaba la cabeza:

—¿No te das cuenta? Está asustada, no quiere verte. Vete —le dijo.

Le puso la maleta Louis Vuitton azul marino y gris en la puerta y W. se marchó sin siquiera despedirse.

Tres meses después oí a mi madre hablar por teléfono con un abogado sobre un burofax. Yo no sabía qué era eso y le pregunté:

—¿Qué es un burofax, mami?

—Un aviso, Luci —respondió ella.

Siguió hablando y se metió en su cuarto. Yo escuchaba detrás de la puerta, algo que me encantaba hacer, pero no distinguía nada.

Hace poco supe qué es un burofax y a quién se le envió aquel burofax. Y es que mi padre no había venido a

conocerme… El villano había venido a extorsionar a mi madre y a pedirle dinero a cambio de unos vídeos de cuando ella era una niña y mantenían relaciones sexuales.

Gracias, mamá, gracias por protegerme del villano. Gracias por convertir tu silencio en protección, calma, consuelo y alivio.

5
ASTURIAS

Asturias es una parte de mí y el lugar donde nací, el lugar al que siempre quise volver, en el que hice mi primera amiga, Candela, donde estaba mi primer colegio, donde viven mis abuelos y mis primos, que fueron como hermanos, porque crecimos juntos y compartimos la lucha que supone desarrollarte y convertirse en adulto. Todo estaba allí.

Crecí épocas en un sitio y épocas en otros, pero casi siempre en Asturias, muy protegida por lo complicado que había sido mi nacimiento, por ser mujer ante el peligro y por la notoriedad de mis padres. No me hicieron sentir una niña normal, cosa que después me pasó factura.

Recuerdo los veranos en la casa del monte que llamamos La Querencia, llenando la piscina, pisando las burbujas de aire dentro de ella y riéndonos. Tengo grabadas esas carcajadas infantiles e inocentes en la cabeza —la risa de un niño es una sinfonía que conserva paz y nos sana—. Las caminatas por el monte en las que yo siempre me quedaba atrás y me tenían que esperar, yo corría y siempre llegaba ahogada. El olor a campo, especialmente a los enormes laureles que rodean la casa. Mi inexplicable obsesión por Michael Jackson… que me contagió mi tía. Cuando falleció, me pasaba horas bailando todas sus canciones, y obligaba al pobre Carlos —que nos ayudaba con la casa— a que se hiciera pasar por él. Le agotaba intentando imitar los pasos de baile y, cuando me despistaba, se escapaba de la sala del ordenador para seguir trabajando, pero por poco tiempo, porque al rato iba corriendo a buscarle.

En las posfiestas que hacíamos en familia, aprovechábamos cualquier motivo de celebración para

hacer un corro, cantar y bailar flamenco. Todas las mujeres de mi familia tienen el don de la voz, pero mi abuelo, que es de Huelva, no tiene ni idea de tocar las palmas.

Al pobre, cada vez que yo tenía que volver a Madrid, le llamaba diciendo:

—*Güelito*, ven.

—Hija, no se puede conducir, está nevando —me respondía.

Yo me levantaba del sofá, iba corriendo a asomarme a la ventana de un patio interior y siempre respondía:

—No mientas, aquí no está nevando —con la voz entrecortada, en la que se podía intuir que después llegarían los lloros.

Acto seguido cogía el coche, estuviera donde estuviera trabajando, ponía las cadenas en las ruedas y venía a verme por la noche para que no me sintiera sola, aunque al día siguiente tuviera que irse de vuelta al trabajo. Conducía las horas que hiciesen falta. No había ningún fenómeno climático que le impidiera venir.

En las épocas en que vivía con mi abuela en Asturias, ella se dejaba la piel para que yo estuviese bien. Cada vez que me gustaba algo de comer llenaba la nevera de lo mismo. Yo odiaba desayunar antes de ir al colegio porque me ponía muy nerviosa ir y enfrentarme a ello. Se me cerraba el estómago y ella se despertaba horas antes para hacerme zumos enormes de manzana y zanahoria, que era lo único que conseguía meterme en el cuerpo.

También recuerdo las horas enteras que pasaba en clases particulares en una academia que se llamaba Praxis. Ahora se ha convertido en una asesoría, y cada vez que paso por esa calle voy mirando hacia arriba, buscando las ventanas, a ver si queda un rastro de la academia. Ahí, después de mil ecuaciones, conseguí hacer medio bien las de primer grado.

Y el parque de Begoña, que era mi parque preferido, donde mis tres bisabuelas se pasaban horas en un banco de madera viendo cómo jugaba.

Las llamamos «las Tres Marías» y siempre estaban sentadas en el mismo banco del parque, esperándonos. Nos

contaban a mi prima y a mí historias de cuando tuvieron que huir a Lyon, Francia, escapando de la guerra. Eran muchísimos hermanos —en concreto, once— y perdieron a dos allí. Mi prima Sonia y yo nos quedábamos embobadas escuchándolas y admirándolas, como seguimos haciendo. Ahora una ya se ha ido, pero es increíble ver cómo, casi diez años después, con mis idas y venidas, siguen queriéndose igual y contando las mismas hazañas, discuten por quién conserva mejor la memoria, sentadas en el sofá, pero lo que ninguna conserva es la audición, así que gritan una encima de la otra.

Mi amiga Candela y yo nos pasábamos horas en su habitación jugando a cualquier cosa, cantando y haciendo coreografías de Paulina Rubio o de La Quinta Estación, o recreando cualquier serie que estuviera de moda en ese momento. No nos hacía falta nada más. Su madre le decía a mi abuela que se moría de risa conmigo, y mi abuela le contestaba que no se lo creía, con lo seria que yo era. Quizás por eso le hacía gracia.

En Asturias también hice mi primera declaración de amor. Fue al vecino del cuarto cuando vivía con mi abuela en la playa. Le escribí una carta romántica preguntándole si quería ser mi novio, y mi primo me acompañó a tocar en la puerta de su casa y meterla por la rendija de abajo. Entré corriendo en el ascensor, con el corazón a más de mil por hora, y poco tiempo después recibí su respuesta, escrita en la parte de atrás de mi carta:

—Hola, Lucía. Sí, quiero ser tu novio.

Tenía mucha más picardía que yo. Él me dio mi primer beso escondidos entre los paraguas que mi abuela dejaba en el rellano para no mojar la casa. Pero yo la verdad es que todo lo arreglaba con cartas, así que mi tía me regaló sobres y folios de colores porque sabía que me encantaba escribir.

Digamos que de pequeña era una niña muy sensible. Había pasado por muchos sitios diferentes y, cuando salí del internado, me obsesioné con la idea de que quería ser una niña «normal». Quizás no me sentía así por los muchos cambios que había vivido en tan poco tiempo. No tenía un

grupo de amigos con los que salir como el resto de los niños, porque mis amigas habían hecho el suyo entre mis idas y venidas.

Conocí a Isa, una amiga que me presentó a más niñas. Tenía el pelo negro azabache, la piel pálida —podría ser la protagonista de cualquier peli de anime— y una voz suave, pero también un torbellino por dentro difícil de calmar. Con ella probé mi primer porro, el mismo día que la conocí. Estaba enamorada de un chico recién salido de San Claudio, la cárcel de menores, y yo nunca supe por qué entró allí, quizás por peleas. Ese día él nos llevó a su barrio, a las afueras, a un apartamento en ruinas, con una pecera y el agua verde que ahora me recuerda a las pelis de terror y a la casa de algún psicópata asesino. El techo tenía manchas de humedad —más bien estaba a punto de caerse—. Cuando le di mi primera calada al porro, con miedo, apoyé mi cabeza en el respaldo del sofá, mirando hacia arriba, y pensé que me había colocado tanto que veía formas diferentes.

Me sentó fatal y realmente fumé para demostrar mi valentía, retuve casi toda la tarde en silencio un «amarillo» brutal por vergüenza. Les había dicho que ya fumaba normalmente —mentira—, pero cuando salí de allí empecé a notar sudores fríos y un repentino cosquilleo en las piernas. Mi madre me recogió en su coche y llegué a casa después de la regañina, cuando vio mis ojos cristalinos y las pupilas abarcando casi todo el iris. Yo había sacado la cabeza por la ventana para disimular y sentir el aire en la cara para calmar mis ganas de vomitar. Cuando llegamos a casa me comí casi cinco san jacobos y me dormí como un bebé, aunque ya no era tan bebé.

Fue entonces cuando me di cuenta de cómo podía ganarme el respeto que nunca me tuvieron en la mayoría de los colegios. Habían amenazado por Tuenti a la de los ojos azules —ya la he nombrado en otro capítulo, ¿os acordáis?, una de mis mejores amigas de la infancia— con pegarla y yo respondí por ella. Siempre he defendido al débil porque yo me sentí así muchas veces y quería dejar de serlo, sin

darme cuenta de que realmente la más débil era yo. Ese fue el momento en el que me atreví a alzar la voz por primera vez, aunque por dentro estuviera totalmente muerta de miedo.

Pero mi respuesta hizo efecto y ahí empezó una nueva etapa para mí. Hice nuevas amigas por Tuenti. De alguna manera eran más populares y tenían hecho su sitio por las calles de Gijón, y fui sintiéndome aceptada por la famosa «comunidad» que todos buscamos. También empecé a frecuentar los bares de Gijón, en los que en ese momento era legal beber alcohol con dieciséis años.

Me enamoré como cualquier niña de catorce años y me apunté al colegio de mi amiga, el mismo que después me invitó a irme por aficionarme a fumar a escondidas y dormir en clase, y tuvimos que buscar otro. Como ya sabéis, el colegio para mí suponía una cárcel, con lo cual empecé a encontrar —más bien, me enseñaron— la manera de «pirar» y me hice una profesional. Lo aprendí en el colegio porque, cuando a un niño se le dan mal los estudios y no tiene amigos, siente que no vale para nada y ahí, en ese transcurso, puede tomar una decisión terrible, que es la que yo elegí. Que conste que empecé a fumar para hacerme la guay y ser más popular, porque realmente ni siquiera sabía tragar el humo, y también comenzó mi rebelión contra el mundo.

Ahora que escribo sobre esto y miro atrás no reconozco a esa niña, y aunque me haya costado perdonarla hasta día de hoy, está perdonada. Creo que nos pasa a casi todos: me imagino que cuando somos adolescentes las hormonas pueden convertirnos en pequeños demonios.

En este tiempo conocí a gente maravillosa, pero también a otras personas que eran precisamente lo contrario. Cuando estás perdido y enfadado con el mundo, aunque ni siquiera sepas por qué, y te unes a personas que también lo están, puede llegar a convertirse en onda expansiva. Cuando eres adolescente te crees que lo sabes todo, aunque realmente no entiendas una mierda.

Yo ya iba un poco pasada de vueltas, porque la vida de

mis padres me había enseñado cosas que pocos podían saber y, para qué mentiros, en once colegios no había conseguido ser buena en los estudios, pero me habían enseñado latín. Realmente todas las compañeras estábamos creciendo y todas pasamos por una época en la que, sin duda, lo que más atrae es lo prohibido: el chico más rompecorazones que trapichea con alguna cosa prohibida, el más macarrilla, el más popular, «el rey de la manada», podríamos llamarlo.

Yo quería ir subiendo escalones, pero no me daba cuenta de que realmente estaba bajando al infierno. Desde mi perspectiva, ante sus ojos no importaba de dónde venía. Cuando me fui haciendo mayor lamenté profundamente lo que pasó, porque realmente todo se me fue de las manos.

En las discotecas me conocían y me respetaban personas más mayores que yo, y el tabaco ya no era lo único que fumaba. Probé alguna droga más fuerte que el cannabis, pero no me sentó bien y, gracias a la vida, le cogí miedo. Prefería tener el control. Había tenido cerca a personas a las que la droga le quitó sus vidas. En el fondo, imagino que sería consciente de que no quería llegar hasta ese punto; quizás me quedaba algo de cordura, pero en ese momento conocí lo que creía que era el «amor», que para mí se convirtió en la peor droga de todas.

Él tenía unos cuantos más años que yo. Me imagino que ya sabéis por el aro que hay que pasar cuando somos niñas y conocemos a un chico mayor que nosotras, que sabe cosas que tú no conoces. Aunque yo creía que eso me haría mejor, era una especie de norma invisible que había que cumplir para estar con él.

Mantuve mi primera relación sexual en un «bajo», que, no sé ahora, pero en esa época estaban de moda porque en Asturias casi todos los días llueve y es la única manera de encontrarte con tus amigos. Básicamente es un local que se alquila entre todos y en él metes cualquier sofá que encuentres por la calle. El nuestro estaba en un barrio alejado donde teníamos más fácil fumar algún que otro porrito, y era más difícil que nos pillaran y que ellos

guardaran sus cosas.

Yo llevaba una semana preparándome para eso, preguntando a mis amigas, y muy pero que muy nerviosa. Algo que hoy me preocupa de las niñas jóvenes es su primer contacto con el sexo y la presión a las que nos someten hasta que lo hacemos. En general, todas buscamos al que supuestamente creemos que es el indicado y al que le debemos todo. Pero años después te das cuenta de que no, de que desde luego eso no te ha hecho más «mujer». En mi caso, me abrasó y forzó bastante, yo ni siquiera sabía lo que tenía que sentir en el sexo, así que pensé que era normal el dolor. Recuerdo sus frías piernas entre las mías. Hacía tanto frío que echábamos vaho. Yo había fumado para desinhibirme.

—Me duele mucho —y cerraba las piernas con tensión.

—Bah, aguanta. Ya casi está.

Se me empaparon los ojos cuando consiguió entrar y pensé «ya no hay vuelta atrás». Habría agradecido que alguien me hubiera dicho en ese momento: «Lucía, esto no te hace mejor».

Me creí demasiado la peli *Tres metros sobre el cielo*, porque yo me escapaba del cole con el uniforme y me recogían en una moto, en la que repartía pizzas, y a la que, verdaderamente, quería mucho más que a mí. En realidad, mi historia acabó de forma muy parecida a esa.

Yo notaba que en el colegio me respetaban cada vez más. Ya no se metían conmigo por mis piernas delgadas o porque era hija de quien era, y si lo hacían, mis amigas o mi novio el macarra, al que casi todo el mundo tenía miedo, me defendían. Pero un día salí de fiesta con ellas. Me dieron mucho alcohol, perdí el control sobre mí misma y me di un beso con otro chico. Alguien se lo chivó y, para ser perdonada, me puso unas condiciones inalcanzables, pero yo las asumí, aunque me ahogué al querer cumplirlas.

La primera condición era que ya no podía salir con mis amigas; me obligó a bloquearlas porque no eran buenas para mí y yo no era una «zorra» como ellas, «era una tonta que no sabía lo que hacía y me dejaba llevar, me habían

manipulado». Mi móvil pasó a estar siempre a su disposición, y tenía todas mis contraseñas. Era raro que yo no estuviera con él, pero si era así, tenía que saber dónde, cómo, con quién y de qué forma iba vestida. Ni siquiera me dejaba salir de fiesta y, si lo hacía, me castigaba bloqueándome, algo que me ataba mucho más.

Lo peor que pudo hacer fue ponerme esas cadenas. Cuando empecé a cansarme y a no querer verlo, me esperaba debajo de mi casa o aparecía gritando y golpeando en la puerta, y buscando señales de que había hecho algo… Buscaba hombres en el armario, y me gritaba hasta que le daba el móvil y le dejaba revisarlo.

Y decidí cortarlo. Sinceramente no me acuerdo muy bien de cómo lo hice. Hubiera preferido no haber pasado por nada de esto porque a día de hoy sigo recomponiendo cosas en terapia. Yo quería seguir subiendo escalones y ahora ya estaba en el infierno.

Conocí a otra persona, otra persona que ni siquiera me gustaba, pero mis amigas me decían que era «muy bueno» para mí. Al principio parecía que me trataba bien y venía a salvarme siendo más «permisivo». Precisamente era el que me vendía el cannabis, e insistió hasta que lo consiguió. Yo sabía que así me respetarían más aún, aunque cada vez me iba ganando más terreno. Fue entonces cuando mi madre me llevó a Madrid. Se asustó cuando lo conoció. Durante todo este tiempo ella había estado embarazada de mi hermano, y para mí era la situación perfecta para tenerla distraída, pero me adelantaron por la izquierda: la llamó mi tío abuelo, el policía, un día que me pilló dentro de un bar donde él hacía una redada. Fue él quien la avisó del camino que estaba tomando y de la gente con la que me estaba juntando.

La idea de mi madre era que retomara los estudios, que habían empeorado de manera abismal. Lo que ella no sabía es que yo ya estaba dentro de la boca del lobo.

6
A oscuras

Regresé a Madrid —obligada—porque mi madre tenía que volver a trabajar. La ciudad había sido mi peor enemiga en la infancia. Me recordaba todos los cambios de colegio y las ganas de estar en Asturias, el asedio de la prensa durante la separación de mis padres y millones de cosas que no me permitieron disfrutar de la ciudad. Estaba convencida de que Madrid era la culpable de todos mis problemas, por lo que la idea de volver a vivir allí era como una amenaza, pero el castigo se había cumplido.

Entonces llegó mi primera depresión. Lloraba todas las horas que me pasaba despierta, porque me habían alejado de mi entorno. Tenía una horrible sensación de tristeza dentro de mí y un nudo constante en la garganta.

Iba al instituto —al menos, lo intentaba—, pero si ya me resultaba difícil atender emocionalmente «bien», era incapaz en esa tesitura. Solo quería seguir secándome las lágrimas y dormir. Ni siquiera me parecía que lo que había estado haciendo hasta entonces estaba mal y que quizás ese camino no era el correcto. Era allí donde mejor me sentía y mi mente no valoraba ninguna otra opción.

Cuando ya solo quedaba un mes para terminar las clases, lo único que quería era pasar los días con las persianas bajadas. En realidad, mi cabeza también estaba a oscuras y solo deseaba que pasara el tiempo lo más rápido posible.

No tenía un grupo de amigos, así que, cuando me dejaban salir un poco —más bien me animaban para que saliera de casa—, me metía en el metro y daba vueltas sin ningún destino, solo para distraerme con la música a tope en los cascos, esperando mensajes o alguna noticia que me

hiciera saber dónde estaban todos y planeando la manera de volver sin poner a nadie en peligro.

Me pusieron un entrenador personal, porque cada vez pesaba y comía menos, solo fumaba a escondidas para disimular la tristeza. Decidieron llevarme a un psiquiatra. Si no recuerdo mal, era un hombre mayor, de unos sesenta años, entre pelirrojo y castaño, y llevaba las típicas gafas que usan los psiquiatras. Yo pensaba que era otra de las tácticas de mi familia para separarme de lo que en ese momento más ansiaba: Asturias, mis amigas y mi novio. En cuanto entré en la sala y me senté, me puse a llorar desesperada. Sin apenas entenderle —difícil entre tanto sollozo—, me dijo:

—Madre mía, niña, estás muy mal.

Y respondí:

—Sí.

Me pareció que aquel hombre podría entenderme y que le interesaba lo que le estaba contando. Así que seguí… Por un momento creí que me ayudaría, pero no. No sé si soy la única, pero cuando estás bajo mínimos es un milagro sentir que te entienden. La tristeza y la ansiedad te incapacitan para ver una milésima de positividad en los momentos más negros, y mires a donde mires todo es de ese color… Negro. Mi mente no quería ver la luz; por más que la buscaba no la encontraba. Por más que la gente intente alumbrarte con miles de linternas y millones de consejos, lo último que quieres es su compasión. No buscas palmaditas en la espalda; al contrario, las palmaditas te duelen y lo único que sientes en ese momento es que eres una molestia, una víctima. Quizás a veces la mayor ayuda es la compañía en silencio.

Rápidamente, el psiquiatra sacó su taco blanco de recetas y me recetó antidepresivos. Supongo que para él yo era una paciente adolescente más a la que medicar con las mismas pastillas que al resto. Ni siquiera se asustó de lo que le estaba contando, y eso que yo misma me asusto ahora al recordarlo. Sin ningún miramiento, fríamente, me dijo:

—Tómate esto —me pasó el papel deslizándolo por la

mesa—. En unas semanas vuelves y me dices cómo te encuentras.

Para mí era impensable tomarme esas pastillas, así que salí aturdida y aún más enfadada, y decidí volver a mi habitación y encerrarme en ella, con un canto en los dientes. Todo se vuelve tan complicado cuando se mezclan tus hormonas de adolescente, que juegan el papel de que te sientas completamente incomprendido, y tu mente, que está totalmente a oscuras… Apenas recibía noticias de Asturias y de veras sentía que no le importaba a nadie. El verano se acercaba y las redes sociales me hacían ver que yo no estaba allí. La idea me martirizaba.

Los días que estaba más animada era porque sentía que el momento de volver se acercaba, y quizás estuvieran esperándome y añorando mi llegada… Pero entonces se produjo una llamada que abrió las ventanas y lo lanzó todo por los aires. Que me llevó a hacer las maletas y buscar el mejor momento —que no hubiera nadie en casa— para escaparme. Por esa llamada supe que me habían dejado, y no solo eso, sino que me habían dejado por otra, que duele el doble. No puedo explicar la situación al completo por algo que contaré más adelante, pero os aseguro que es mucho más bizarra de lo que imagináis.

Estaba muy enfadada, con la vida, con mis emociones y con todo lo que me rodeaba. Cogí una maleta pequeña y me fui a la Estación Sur de autobuses. Sabía que me estaba metiendo en un grandísimo lío, pero algo me empujaba a seguir con mi plan. Parece de película, pero cuando estaba a punto de comprar el billete a Gijón, alguien que estaba a mi espalda me tocó el hombro derecho. Me di la vuelta y vi a un hombre y a una mujer de pelo castaño claro y bajita. Él no tenía el aspecto de un policía. Era alto, muy delgado y con el pelo rapado o, mejor dicho, con poco pelo. Me enseñaron una placa y, acto seguido, mi cuerpo empezó a temblar. Mi cuello se llenó de tensión. La mujer me dijo:

—No te asustes. ¿Puedes venir con nosotros un segundo?

Muerta de miedo, accedí. Pensé que ya no había marcha

atrás y fui consciente del lío en el que me había metido. En mi móvil había unas diez llamadas perdidas de mi familia. Al parecer, cuando mi madre llegó a casa vio que mi maleta no estaba. Los policías buscaban a una menor desaparecida. Me pidieron los datos y, sorprendentemente, ¡YO NO ERA ESA MENOR!

Pensé que era la vida enviándome otra señal para no acabar encerrada en la cárcel en la que finalmente acabé. Salí rápidamente de la comisaría de la estación y de nuevo sonó mi móvil. Era mi madre y lo cogí. Me había asustado tanto que accedí a volver a casa, pero con la condición de que pronto iría a ver a mis amigos.

De muchos de ellos no sabía nada, pero dos estaban esperándome en la estación de autobuses de Gijón.

El tiempo siguió pasando en mi habitación, con las persianas bajadas y contando las horas… hasta que llegó el día en que me dejaron ir a Asturias un fin de semana.

Cuando llegué todo había cambiado. La decepción fue enorme, lo que me llevó a intentar volver con la persona que no solo me había dejado por otra, sino que, además, no tenía ningún reparo en insultarme o gritarme por la calle, algo que yo había llegado a asumir como normal. Aunque sabía que mi billete de vuelta a Madrid era para tres días después, decidí que haría lo posible para quedarme y «volver a conquistarle».

Aquellos días los pasé en casa de mis abuelos. Cuando llegó la hora de coger el autobús de vuelta, me escondí. No estaba dispuesta a toparme de nuevo con mi soledad, con la ansiedad, con esas malditas persianas bajadas.

Muchas de estas cosas quedaron encerradas a cal y canto dentro de mí, disociadas completamente, quizás por vergüenza. Con el tiempo encendí el motor y puse el piloto automático, porque la gran mayoría de los seres humanos, cuando visualizamos a lo lejos un bache, tiramos del freno de mano y metemos marcha atrás para que no llegue el golpe, y eso nos somete a mucho más dolor.

Pero a veces también metemos la primera, la segunda, la tercera, la cuarta y la quinta, para pasar rápidamente y salir

del túnel y no enfrentarnos a lo que está sucediendo, ni siquiera verlo; pasarlo rapidísimo y con los ojos cerrados. Nos olvidamos de que a mil por hora esas experiencias cada vez pesan más y, cuanto más pesan, más combustible gastas. Tarde o temprano tendrás que frenar y pasar la revisión, porque ya no tienes energía para llevar a cuestas y escondido todo ese sufrimiento. Y te saldrá el doble de caro. Por más que nuestro ego nos diga que somos invencibles. Nos resistimos a caer y no nos damos cuenta de que llegarán muchas más caídas.

Si hay algo que hemos hecho mal es banalizar el dolor. Nos han educado para huir de los problemas y del sufrimiento. La sociedad actual invita a hacerlo, a pintar el dolor como algo extraño desde que somos muy jóvenes y a llenarnos de parches que, normalmente, en los adolescentes acaban convirtiéndose en adicciones, como el alcohol, las pantallas o el cannabis —que era la mía—, para anestesiarnos y olvidar. Por lo general, esto provoca mucho más sufrimiento y ansiedad, pero, en lugar de prepararnos y darnos las herramientas necesarias para aprender a ser sobrios, se nos invita a olvidar. Olvidamos que la vida no es recta y nos aterra pensar que muchas veces tocaremos fondo.

Sí, es verdad, todos tenemos días de mierda y no es algo raro. Hemos creado una sociedad que no quiere hablar de los problemas ni enfrentarse a ellos. La simulación de una vida perfecta es la que después nos frustra.

Hemos convertido en pequeños los problemas de los adolescentes, estigmatizándolos y considerándolos insignificantes. Es cierto que, cuando creces, tu vida y tus prioridades cambian, pero ningún problema, por pequeño que nos parezca, es insignificante. Quizás ese sea uno de los motivos por los que somos una generación «sin esperanzas», que llega a por cambios. Ser adolescente y tener problemas se ha convertido en normal y te das cuenta de que la mayoría de los problemas que tienes no se solucionaron en su momento, en la adolescencia, cuando más fuertes aparentamos ser, cuando descubrimos las mentiras que nos

han contado de pequeños. Es entonces cuando nos damos cuenta de que los reyes magos no existen, que nadie va a venir a regalarte nada, que no existen las puertas mágicas que nos lleven adonde queremos, como en *Doraemon*, y que la Bestia a la que quería Bella realmente era un maltratador. Crecer da miedo, y parecería que la vida y los problemas son solo cosa de adultos… Pero no. Nunca dejamos de ser niños heridos.

Cuando eres adulto juegas a ser un niño, pero cuando eres adolescente juegas a ser mayor. El dolor es la mitad de la vida. Hemos malinterpretado la felicidad convirtiéndola en algo inalcanzable y falso, solo a disposición de unos pocos inmortales. La felicidad no es pasarnos el día sonriendo, tener una familia perfecta o un trabajo perfecto. Con esto no pretendo romantizar el dolor, sino explicar que el dolor es de todos y que crecer duele. Y ni los parches ni las adicciones te sanan, porque la vida sigue su ritmo. Dejar de sufrir es dejar de sentir, y dejar de sentir es dejar de existir, de vivir. Reconocer que todos experimentamos dolor puede llegar a sanarnos, y, sin embargo, crecemos engañando y protegiendo a los pequeños para que vivan una vida irreal, cosa que les vuelve aún más vulnerables ante lo que, por desgracia, no podrán evitar, ni aunque vayan a doscientos por hora. Los baches están en el camino.

Nos educan para ser exitosos y competitivos. Pero ¿qué es el éxito realmente?

Somos marionetas en busca de algo que no sabemos si realmente queremos. Trabajos de ensueño, hijos, matrimonios felices… Nos convertimos en las frustraciones de una sociedad basada en el miedo al fracaso, y eso es lo que más fracasados nos hace.

Luchamos por sueños que casi nunca son nuestros. ¿Acaso eso es el éxito? Nacemos y nos dan manuales de cómo vivir, de cómo ser triunfadores. Manuales que nos recuerdan constantemente fallos y aciertos, como un examen en el que buscamos la aprobación de nuestros mayores, aunque en el fondo queramos escapar. Quizás el éxito no es más que una celda. Quizás estés intentando

conseguir un éxito que ni siquiera te pertenece.

7

LA PEOR PARTE DE MÍ

Crecí pensando que el amor y la amistad eran lo más importante, y más o menos fue lo que descubrí —y malamente aprendí— en mi primera relación: que había que dejarlo todo por la persona que en ese momento estuviera a tu lado, fuera cual fuera el contexto y pasara lo que pasara en esa relación. Dejar sueños, carrera, aficiones, *hobbies*… No sabía que esta idea solo cambiaría a base de golpes, pero así fue.

Finalmente conseguí quedarme donde yo quería, y al lado de la persona con la que deseaba estar, olvidándome completamente de mí. No fue sencillo convencer a mi familia, y con los años he comprendido que obcecarse en una idea sin ver lo que hay alrededor es el pan nuestro de cada día. Muchas veces nos obsesionamos con estar en el lugar equivocado, entramos en un círculo vicioso y, aunque la vida ofrezca señales claras de que nos estamos equivocando, el ego nos impide salir de la espiral y reconocer —ante una misma y ante los demás— que las decisiones que estamos a punto de tomar son terroríficas. Por miedo a perder vivimos con la vista fija romantizando algo que no es bueno, y seguimos caminando sin ver ni la salida ni todas las cosas que suceden a nuestro alrededor. Es como un efecto túnel.

La vida nos pone frente a desafíos, y a menudo entre la espada y la pared. Y muchas veces creemos que la salvación es la espada.

Las que entonces pensaba que eran mis amigas me habían fallado, y también la persona por la que lo estaba dejando todo de lado. Me aferré a ellos, quizás porque no veía ninguna otra salida y me sentía sin fuerzas. Me

paralicé.

Las relaciones que mantenemos a lo largo de la vida son como un reflejo del momento en el que nos encontramos. Y estaba claro que ni mucho menos aquel era *mi* momento.

Celebré por todo lo alto que había convencido a mi familia para quedarme en Asturias porque allí estaría mejor. Había conseguido salirme con la mía… ¿Pero realmente lo estaba haciendo?

¿Os acordáis que en el capítulo anterior os dije que decidí reconquistar a la persona que me había dejado por otra y que la situación fue tan bizarra que no os la podía describir? Pues seguimos desde ahí… Ya os conté que me escondí para no regresar a Madrid, y ahí estaba, sentada en un banco de madera y llamando a quien se había convertido en mi objetivo principal. Le dije que estaba dispuesta a dejarlo todo por él, que esperaría el tiempo que hiciera falta. A mi lado estaba sentada mi amiga Mónica, que era como una hermana para mí, una hija para mi madre. Él me colgó de mala manera, pero volví a llamarle. La voz que escuché al otro lado no era la suya.

—Hola, Lucía. Estás con Moni, ¿verdad?

—Sí —respondí.

—Pues pregúntale qué hizo con tu novio mientras tú no estabas aquí.

Giré la cara; solo con verle los ojos y una pierna temblando mientras fumaba un cigarrillo y se le entrecortaba el humo al echarlo —imagino que por la tensión del «te han pillado»—, supe que Mónica estaba escondiendo algo. Todo mi plan para estar cerca de mis amigas acababa de irse a la mierda. Ni siquiera podía pensar que una de las pocas personas que tenía cerca en aquel momento me hubiera fallado de esa manera:

—¿Qué hizo? —pregunté.

—Se besó con él.

Volví a mirar a Mónica —que lo negaba haciendo gestos con la cara y moviendo la cabeza de un lado a otro— y supe que era verdad, pero me negué a sentir más decepción. Decidí quedarme ahí, quieta, como si estuviera ciega. Al

final respondí:

—Eso es mentira.

Esta frase me acompañó durante mucho tiempo dentro de mi mente.

Seguro que os imaginaréis cómo me sentía por dentro. Fue una especie de *shock*. Estaba escondida y me asustaba pensar en lo que se podía avecinar. Mi móvil iba a explotar porque estaba a punto de perder un vuelo y mis abuelos no paraban de llamarme. Lo mejor habría sido irme, pero no lo hice. Así somos… Muchas veces nos quedamos donde sabemos que no debemos estar solo porque buscamos atención. En lugares donde somos invisibles, donde no nos quieren bien, donde luchamos en guerras absurdas y sin sentido para terminar perdiendo los estribos con nosotros mismos. Los días pasaron e hice como que no había ocurrido nada.

Mi objetivo seguía siendo reconquistar a Aitor, convencida de que estaba en el lugar correcto y en el momento adecuado.

Después de algunos meses en los que parecía que estaba mejor, conseguí quedarme en Gijón. Teniendo en cuenta la situación, mi familia estaba más o menos «contenta». Había retomado los estudios.

Aitor y yo frecuentábamos los mismos sitios. Al principio casi ni nos saludábamos. Por dentro me sentía rota, pero me hacía la indiferente. Conocí a otro chico del que sorprendentemente Mónica se acabó enamorando. Y al poco Aitor volvió a escribirme y acabamos retomando la relación.

Si estás en una relación en la que tienes que actuar como si esa persona no te importara para llamar su atención, ahí no es. Si tienes que esconder tus sentimientos y olvidarte de ti, ahí no es. Básicamente, si tienes que forzar tu sitio y no te lo dan, escapa, porque ahí no es.

No todo fue como yo imaginaba. Al principio había sido muy «bonito», y aunque él sabía que a mí realmente no me gustaba, me pintó el cielo. Al menos parecía que me cuidaba. Y me «enamoro» a base de insistencia.

Los abusos —psicológicos— que sufrí en mi primera relación acabaron siendo físicos en la segunda. Ahora que me paro a pensarlo, reconozco que fui la víctima perfecta, casi hecha a medida, una niña con muchos abusos interiorizados, los celos posesivos, los insultos y los refuerzos intermitentes. La primera vez ni siquiera la recuerdo bien, porque fueron muchas, cada vez más. Siempre lo excusaba achacándolo a que estaba drogado y entendí que esa era una manera «normal» de relacionarse, que yo sería capaz de hacerle cambiar, que la culpable era yo… Pero las peleas aumentaban de mes en mes, ya no solo con él, sino con todo mi entorno. Sus infidelidades, que no fueron pocas, consiguieron hacerme cada vez más pequeña y me llenaban de ira. Mirara donde mirara. todas mis amigas pasaban por algo parecido. No era la única que llegaba amoratada.

Siempre defendí a Aitor a capa y espada. No sé por qué, pero aseguro que sentía verdadera admiración por él. Rompió muebles, platos, tiró puertas, ventanas, me rompió ropa y todo lo que tuviera enfrente de sus ojos. Y, desde luego, me rompió a mí. Sí, él sabía muy bien cómo, dónde y con qué intensidad golpear. Recuerdo sus ojos, fuera de sus órbitas, ensangrentados con rabia, y el ceño fruncido mirándome fijamente mientras exclamaba todo tipo de amenazas y me agarraba el cuello contra la pared.

Siempre fue muy consciente de que la policía podría llegar por los escándalos que se formaban, y sabía cómo escapar, varias veces lo hizo, dejándome en el suelo y sabiendo que yo nunca lo delataría. Y así fue. Siempre me eché la culpa a mí misma. A veces me calmaba solo para no hacer tanto ruido, y me quedaba encerrada en una habitación llorando. Los días siguientes eran horribles —los peores—. Sentía una especie de muerte dentro de mí, tenía moratones hasta en las orejas, y no, nunca se me pasó por la cabeza tomar medidas legales. No lo hice por miedo, por miedo a que él pagara las consecuencias y, sobre todo, por miedo a las consecuencias que podría pagar yo.

Llegó un momento en el que me relacionaba como él se

relacionaba y hablaba como él hablaba. Perdoné lo imperdonable. Lo dejábamos todas las semanas. Al poco volvía con las mismas excusas y yo caía rendida a sus pies.

Un maltratador sabe perfectamente los botones que tiene que tocar para desquiciarte, para darte pena, para obtener compasión, para conseguir tu perdón, para convertirte en la más mala o en la más buena, como si fueras un títere.

Cuando te planteas salir de ahí piensas que pasar el dolor de la ruptura es mucho peor que sufrir los abusos. Una relación de maltrato puede ser totalmente adictiva, muy similar a la droga. Yo sabía que era muy malo para mí, pero me parecía imposible vivir sin él. Sacó la peor parte de mí para después usarla en mi contra y hacerme sentir culpable de sus golpes. Incluso sentía que los merecía y los asumía en forma de castigo. Me hizo pedacitos y me construyó a su manera. Me daba una de cal y veinte de arena. Jugaba con el miedo. Yo ya no estaba en un segundo plano, sino en el tercero o el cuarto. Me había vuelto inexistente y dócil.

Pasó el tiempo y mi entorno se pudo hacer una idea de lo que sucedía. Había dejado de ser yo y, aunque me defendiera, muchos pensaban que era la culpable de estar ahí. Esto también hace que te quedes en la relación: la culpabilidad, el sentimiento de soledad y la «certeza» de que esa persona es la única que te entiende, aunque te machaque mental y físicamente.

Fui construyendo una imagen de mí a partir de cómo él me veía —en realidad, a todas las mujeres—. Pero su entorno, de alguna manera, también colaboró. Algunos me defendieron, otros me silenciaron, otros actuaban como si no pasara nada y me llevaron a pensar lo que piensan casi todas las mujeres que están en esa situación: estás loca.

Los juegos psicológicos de un maltratador son casi imposibles de ganar.

Muchas veces me pregunto y me preguntan qué fue lo que me hizo caer ahí. Desde luego, no he hecho un estudio que me diga exactamente cuál es el problema que lleva a

tantísimas mujeres, jóvenes y no tan jóvenes, a caer en ese tipo de relaciones. No sé si es la manipulación, si hay un patrón que se repite, si es algo que viene de atrás o si, simplemente, pasa y ya está. Lo que sí sé es el miedo que se apodera de mí cuando veo la cantidad de mujeres que caemos en esto y, sobre todo, las que no salen vivas de aquí.

Cuando acompaño a mi hermano al parque y veo a las niñas correteando, me veo reflejada en ellas. Ninguna está exenta del peligro. Me enamoré de Alicia. Tiene los ojos verdes y el pelo blanquecino. Y pienso, «y si le ocurre a ella, y si nadie la comprende, y si le hacen pensar que merece el abuso, y si piensa que esa es la única forma de amar…». Me aterra que llegue a pensar que no hay salida y que se quede esperando hasta que sea demasiado tarde. Me da pavor que tenga miedo a denunciar y que jueguen con su mente, que nadie la crea, que la humillen, que la cuestionen y que se le agoten las fuerzas, porque, aunque aprenda a defenderse como yo lo hice, en la caza seguiría siendo la presa. Me da miedo que piense que tiene que cambiar, que deje de ser ella misma para recibir amor a cambio.

Nadie te avisa, nadie te dice que esto ocurre y que existen más probabilidades de las que piensas de que suceda. No se te pasa por la cabeza que puedas ser una de ellas y, cuando estás dentro, no quieres creer, ni siquiera eres consciente. Es como un velo negro delante de tus ojos. Como un antifaz que te incapacita.

Aprender a amar en ese contexto acaba contigo. Nadie te da ninguna lección hasta que lo vives. Es jodidamente complicado recuperarte.

Pero solamente salir de ahí te devuelve la vida que el maltratador te ha robado. Es como abrir por fin un baúl en el que estabas encerrada a cal y canto y con alguien encima que hacía resistencia. Es salir dando una patada fuerte y cogiendo todo el aire que te faltaba.

8
Algo de luz

Vivía en una montaña rusa constante, pero nunca sabía cuándo llegaba el momento de bajar. Mis amigos no entendían por qué seguía ahí, ciegamente, peleándome con el mundo en una guerra que realmente era solo contra mí misma.

Hice un nuevo grupo de amigos, sobre todo con dos hermanos, Saúl y Alberto, que quisieron darme la mano para levantarme y ayudarme a salir. Por momentos yo aceptaba esa mano, pero no la agarraba con la suficiente fuerza y volvía a caer. Recuerdo una frase de uno de ellos que me hizo pararme a pensar y, poco a poco, fui preparándome para hacer las maletas y salir de ese túnel del terror en el que ya nada me asustaba.

Las recaídas se contaban por miles, y cada vez yo desaparecía más. Ellos eran los únicos a los que les contaba la verdad, aunque me daba mucha vergüenza reconocer que les había fallado.

Era un día del fin de semana, seguramente viernes. Entré en el bar donde ellos trabajaban. Saúl me llevó aparte y me dijo:

—¿Qué tengo que hacer? Dime qué tengo que hacer para que esto se acabe y salgas de ahí. Lo hacemos…

Mi respuesta fue la de todas las semanas. Unas veces decía: «Tranquilo, esta es la definitiva, esta vez se acaba, esta es la última vez». Y otras: «No puedo vivir sin él, es bueno, está haciendo las cosas bien, me lo está demostrando, todo es por mi culpa»…

Aquel día respondí que no había nada que hacer, que no tenía fuerzas y que me era imposible salir. Aun así, algo quedó dentro de mí.

Cuando Aitor y yo volvíamos, no se lo decía a nadie. Me ocultaba por completo. Y cuando intentaba rehacer mi vida y algún chico se acercaba a mí, siempre había alrededor alguna paloma mensajera que le contaba a Aitor lo que estaba haciendo. Al momento llegaban las amenazas y el chico en cuestión se alejaba de mí. Yo era de su propiedad exclusiva, y el que se atreviera a tocarme… ¿Dañaría su hombría? ¿Le haría perder el respeto de los demás? A la segunda o la tercera pasé a ser «Lucía la intocable». Quedó claro que los chicos no querían meterse en problemas por un simple revolcón. Sentirme sola y acorralada era uno de los millones de motivos que me hacían recaer.

Durante todo este tiempo, mi madre había intentado impulsar dentro de mí la idea de ser modelo, de viajar y conocer mundo. A mí me resultaba imposible pensar en salir de Gijón, prefería poner copas en bares y era impensable estar lejos de la persona que estaba apagando todas las luces dándole una patada muy fuerte al interruptor. Después me costó muchísimo repararlo.

Aunque ser modelo era lo que de verdad me apasionaba, al principio decidí tomármelo como un *hobby*. Mi madre siempre supo que podía hacerlo y supongo que le hacía ilusión verme preparándome para ser modelo antes que sufriendo ataques de ansiedad casi todos los fines de semana sin saber por qué.

Una mañana me despertó, apenas había dormido, encendió las luces y me dijo:

—Ven…

Me asustó y pensé que me echaría otra bronca. Pero no, sacó su móvil y me dijo:

—Ponte ahí.

Yo no entendía nada, estaba desencajada. Le pregunté:

—¿Qué dices? ¿Para qué?

—Tú posa.

Me hizo un par de fotos y, acto seguido, dijo:

—Ahora súbete a la cama y salta y baila. Venga, *guaja*… Es para un *casting* de NIVEA.

Y lo hice. Con legañas, en bragas y sujetador.

En la agencia en la que ella estaba le habían comentado que querían representarme. Yo había puesto varias excusas, por ejemplo, que ese trabajo era «demasiado superficial» para mí.

Pero mi madre quiso que probara con un fotógrafo de Oviedo, Bernardo, para ver si era amor de madre o si realmente valía para ello. Para ella era un gran reto que su hija, de la que al nacer dijeron que tenía «los huesos de cristal», fuera modelo.

Me acuerdo de que el estudio de Bernardo era muy amplio. Me maquillaron y, aunque yo ya había hecho algún que otro *shooting* con mi madre, fue un reto complicado y maravilloso ponerme sola delante de esa cámara. Mi madre me dejó un vestido de lentejuelas doradas y fue un subidón de ego que ni yo misma entendía. Jamás pensé que pudiera destacar entre las demás precisamente por guapa, que era como menos me sentía.

No me podía creer que estuviera haciéndolo bien. A Bernardo se le veía emocionado y parecía que le encantaba hacerme fotos. Cuando vimos el resultado, yo aluciné. Mi madre vio potencial y me convenció para poner rumbo a Barcelona y conocer la agencia. Yo solo usaba ropa deportiva de Adidas y, cuando llegamos, paramos en el Zara que había en el aeropuerto del Prat. Mi madre me dijo:

—Hoy cenamos con Eduardo —el dueño de la agencia —. Tienes que ir guapa, así que escoge.

Me puse a dar vueltas en la tienda y elegí un pantalón negro *(leggins)*. También cogí un jersey corto blanco, que me encantaba, y unas botas. Después pusimos rumbo al hotel.

Me maquillé —más bien poco, porque no sabía— y me hice un *selfie* en el espejo. Subí un *post* y escribí: «Hoy no toca chándal, hoy toca pijerío».

Llegamos al restaurante. Era oscuro, con paredes negras y unas escaleras que bajaban al comedor de cristal. Allí estaba Eduardo. Era un hombre alto, canoso y muy atractivo; me imponía su elegancia. Mientras cenábamos, imagino que él notaría mis nervios y mi vergüenza. Al final

nos dijo:

—Pasaos mañana por la oficina.

Al día siguiente fuimos hacia allí caminando por las grandes avenidas de Barcelona. Lo que más me impresionó fueron los edificios del Paseo de Gracia. Era la primera vez que estaba allí y, a medida que vayáis avanzando, os daréis cuenta de que esa ciudad me ha acompañado muchísimo. Sigo diciendo que no hay edificios más bonitos en el mundo. Al menos, esos son mis preferidos.

Era una oficina grande, con techos altos e inmensos, unos ventanales enormes que me impresionaron, y estaba llena de luz. En la entrada había unos sofás grises muy cómodos —yo no sabía que con el tiempo me echaría tantas siestas en ellos—. Me recibieron con sonrisas y ahí empezó todo.

Me hicieron un par de fotos y un vídeo. Y nos mandaron a la peluquería, a por ropa para los *castings*. La intención era «cambiarme un poco el *look*», más bien mucho.

Volví emocionada. Mi familia pensaba que eso era lo que me sacaría de allí. Bernardo empezó a llamarme para alguna campaña, y con lo que gané pude darme mis primeros caprichos. De vez en cuando me iba en avión a hacer algún trabajo fuera, pero siempre volvía con Aitor. Algunos fotógrafos ya me conocían de pequeña, de cuando yo correteaba por sus estudios mientras fotografiaban a mi madre.

Ahora me tocaba a mí.

Mi vida continuaba, pero algo había cambiado. Me sentía más llena, había pasado de estar en menos cien a menos ochenta… Aunque los golpes continuaban. He de confesar que iba con miedo a los *shootings* por temor a que encontraran algún moratón o algún arañazo.

La agencia contaba conmigo, aunque yo rechazaba bastantes trabajos, porque la última vez que me había ido, ya sabemos todos lo que había pasado. Era completamente reemplazable, y ese era mi mayor miedo. Me empezaron a contratar en agencias en Londres, en Alemania, en Estocolmo… La verdad es que no sabía lo que hacía, pero se

me daba bien. De hecho, pensé que era lo único que se me daba bien, y los días que trabajaba eran los más divertidos.

Pero realmente el miedo me podía y me resistía a coger las riendas.

Las rupturas con Aitor cada vez duraban más, pero al mismo tiempo me sentaban mejor. Yo no era consciente de que aquella relación y el hipotiroidismo pudieran crearme todos los problemas que después me explotaron en la cara. Sencillamente, aprendí a vivir así, y es que nuestra mente se acostumbra demasiado rápido a todo.

Aquel tiempo lo pasé en el interior de un túnel y solo quería avanzar y esconder lo que me estaba pasando. Vivía en la apatía y en la inconsciencia, como si mirara la vida en un escaparate.

Las riendas estaban apartadas en un rincón, tenían polvo, estaban gastadas, oxidadas, habían perdido el color y se habían deshilachado. No tenía la más mínima idea de cómo arreglarlas y volver a cogerlas.

Mi concentración era nula. Vivía por vivir y buscaba cualquier distracción para calmar la ansiedad —que ni siquiera sabía que tenía— de la mejor manera posible. En realidad, lo que hacía era retroalimentar toda aquella toxicidad.

Me despertaba mil veces en una noche o dormía veinte horas seguidas. Me pegaba atracones o me pasaba días sin comer. Me sentía completamente feliz un día y al siguiente completamente infeliz. A veces me pasaba horas haciendo planes y otras no era capaz de levantarme del sofá. No sabía cuál era la solución, cómo restaurar las riendas y subirme al caballo.

Era incapaz de escuchar a alguien durante más de diez minutos seguidos, fuera lo que fuese lo que me estuviera contando. Mi cuerpo y mi mente iban a menos de diez por hora y no sabía por qué.

Os aseguro que lo que menos me importaba en aquel momento era mi físico. No confiaba en que podría llegar donde los demás me decían que llegaría. Lo veía como un imposible, y a la vez era cuando más oportunidades tenía.

Las posibilidades de triunfar y hacer campañas internacionales eran mucho más altas entonces de lo que fueron después. Me sentía incapaz, y mi físico seguía siendo un problema para mí. Que los demás empezaran a verme «guapa» era impensable. La idea de ganarme la vida siendo modelo me resultaba inconcebible.

Me asustaba destapar el desastre que tenía dentro. Vivía sin pensar, entre *shootings* y rodajes. Crecí en sesiones de fotos, así que no me era difícil imitar los pasos que había visto dar, como un acto reflejo.

Odiaba que la gente me observara. Siempre pensaba que me estarían viendo algo raro. Y en los *castings* eso era un gran problema. El mal funcionamiento de mi cuerpo me volvía frágil y me cansaba antes de la cuenta. Tiré tanto de la cuerda que ya no quedó más. Pero ¿cómo reconocer que no estaba bien si había vivido así toda mi vida?

De pequeña, el médico nos dijo que difícilmente sería modelo, pero mis piernas se habían recuperado al cien por cien, lo que muchos pusieron en duda. El hipotiroidismo jugaba un papel doble. En el métrico, tras ver que no me desarrollaba como los demás, me dijeron que no pasaría del metro sesenta de altura. Si era así, mi sueño estaba descartado, aun teniendo una madre que podía ayudarme a empezar.

Me quedé esperando a que alguien cambiara, intentándolo con todas mis fuerzas, mientras las perdía con lo que cambiaría mi vida. Pero, quizás, no estaría ahora aquí sentada cumpliendo un sueño —el de escribir— que tantas veces me ha salvado. Si no hubiera vivido todo aquello, seguramente no habría aprendido tanto y me caería antes cuando llega una tempestad.

Es satisfactorio haberme caído y salir «gloriosa», aunque me ha hayan quedado miles de quemaduras.

No está siendo fácil abrir esta mochila. Pero es terapéutico. Escribir todo esto quizás me está rompiendo, pero también me sana y me reconstruye.

Ahora empieza a entrar la luz.

9
ENDOCRINO

Mi carrera no empezó como la de la mayoría de mis compañeras. La moda te pide que entres en sus estándares y sus medidas de una manera bastante fría y exigente. En mi caso, yo estaba por debajo de ellas: no mido un metro ochenta —me quedan exactamente ocho centímetros para llegar ahí— y estaba muy delgada, aunque raramente esto suponía un problema.

Como ya he dicho, mi salud se encontraba en su peor momento, aunque ni yo ni nadie se estuviera dando cuenta. No estaba siguiendo el tratamiento para hacer funcionar mi tiroides —totalmente necesario—, lo que hacía que nada en mi cuerpo funcionara correctamente. De ahí, quizás, mi extrema delgadez, además del estrés que me producía Aitor.

Y aquí entra en escena mi primer desfile, en el 080 Barcelona Fashion.

Empecemos por el principio… Un día mi madre me dio la noticia de que estaba seleccionada para los desfiles. A mí me daba bastante miedo lo de la pasarela, pero accedí y ella me dijo que me enseñaría. Para mí no había nadie mejor para hacerlo.

Recuerdo que estaba en la sala del ordenador, jugando con una amiga y seguramente mirando Tuenti y haciéndonos fotos. Mi madre entró y me dijo: «Venga, hay que ensayar». Las dos estábamos en pijama —de borreguillo de Primark—, pero me puso unos tacones y salimos al porche, que no es especialmente pequeño. Puso la música a tope en el coche, abrió todas las puertas y manos a la obra.

—¡¡¡Venga!!! ¡Espalda recta! ¡Y mueve las caderas! ¡¡Una vez más!!

Una vuelta, dos vueltas, tres vueltas… Entre sudor y

veinte vueltas después parecía que ya le tenía pillado el truco. Al menos en el porche mi casa. Unos días después empezaba la semana de la moda de Barcelona, así que me subí en un avión con todos los miedos en la maleta.

Me quedaba en el apartamento de modelos que tenía la agencia. Había varias habitaciones con unas cuantas camas. Primero conocí a una chica rubia que no era española, pero hablaba bastante bien, y a un chico bastante más mayor y especialmente guapo con quien me comunicaba por señas con el poco inglés que sabía.

El primer día, ya de camino al recinto, me dieron unos cuantos papeles donde se indicaban los desfiles que tenía… que eran absolutamente todos. Estábamos en el día de los *fittings*, que son las pruebas de vestuario: te hacen caminar y te ajustan la ropa para el desfile.

El primero fue con Custo. Me pusieron unos tacones enormes rosa fucsia —de unos dieciocho centímetros— y me hicieron desfilar. Como era de esperar, yo no tenía fuerza en las piernas y no sabía caminar encima esos tacones. Una compañera intentó enseñarme, pero era muy complicado y cambiármelos no entraba en los planes.

Y, así, uno tras otro, hasta ocho, si no recuerdo mal.

Al día siguiente me llamó mi *booker* y me dijo que casi todas las firmas me habían cancelado porque estaba sumamente delgada. La situación me sobrepasaba y no paraban de recordarme que tenía que engordar, una frase que me había acompañado durante toda mi vida. En los colegios, en la calle, en las revistas… Lo que no sabían es que bastante había costado que mis piernas funcionaran.

Me confirmaron para dos desfiles. Me planteé durante horas si hacerlos o no. Llamé a mi abuela llorando y le dije que no quería. Mi abuelo estaba en Valencia, pero al día siguiente no dudó y se presentó en Barcelona. Me dio la fuerza que me hacía falta para salir a la pasarela. Sudaba en frío y me temblaba todo el cuerpo. Estaba literalmente acojonada. Me santigüé mil veces. Pero sabía que mi abuelo estaba allí, sentado y orgulloso, esperándome al otro lado, y no podía decepcionarle, así que salí. La pasarela era

enorme, parecía que jamás se acabaría, y yo pensaba que en cualquier momento terminaría en el suelo. Hice lo posible para que no se notara en la cara lo desencajada que estaba, pero soy una de esas personas a las que se les nota todo en la expresión.

Un sinfín de medios publicaron que había debutado como maniquí en un desfile. En la revista *Hola!* hicieron un reportaje y me hizo ilusión pararme a leer los comentarios, pero ahí había de todo menos cosas bonitas: qué asco de piernas, esta chica es horrible, esta chica no vale, otra enchufada, qué fea, está anoréxica…

Y si ya me sentía frágil, aquellos comentarios acabaron de derrumbarme.

Miles de preguntas comenzaron a retumbar en mi cabeza. ¿Por qué mi cuerpo es así? ¿Valgo para esto? ¿Soy fea?

Me obsesioné con engordar a toda costa, y no solo porque aquellos comentarios me hirieron en lo más hondo, sino porque, si no cogía unos kilos más, en los siguientes desfiles no sería seleccionada, y le había cogido el gusto.

Pero ¿realmente lo hacía por mí o era para agradar al resto? Llegué a Asturias feliz porque había logrado desfilar gracias al apoyo incondicional de mi abuelo. Al menos a ellos les había dado una alegría después de tantas decepciones… Sin embargo, me obsesioné aún más con cambiar mi cuerpo y ganar peso. Me apunté al gimnasio. Oí hablar de unos famosos batidos para engordar y fui a la farmacia a comprarlos. No me los quisieron vender sin la receta del médico, así que llamé a mi abuela para que me acompañara a ver a un endocrino. Pidió cita para unos días después.

Recuerdo perfectamente la sala de espera, los nervios de mi abuela y la tensión que se respiraba. Cuando entramos, le dije a Antonio —así se llama el gran endocrino que me salvó la vida— que quería engordar y que solamente iba por los batidos. Él buscó mi historial y, como cualquier médico, me dijo que, antes de dármelos, debía hacerme una analítica para ver cómo tenía la tiroides. Yo accedí

pensando que de ese modo mi familia se daría cuenta de que yo era una chica «normal», que no tenía ningún problema, que no tenían que protegerme tanto y que no debía tomar ninguna medicación de por vida. Unos días después me hice la analítica. Recuerdo la cara de asombro de Antonio cuando vio los resultados. Yo pensaba que diría que estaba curada, que no me hacía falta tomar nada, me daría los batidos y podría seguir con mi vida…

—¿Sales a la calle?

—Sí —contesté.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿Bebes alcohol?

—Sí, cuando salgo.

—¿Fumas?

—Sí.

—¿Cannabis?

—No.

Mi abuela me miró con cara de «a mí no me engañas» y dijo:

—Sí.

La cara de Antonio era un poema.

—Pues es un milagro que estés aquí —dijo— y que puedas llevar una vida normal. Tienes 92.6 de TSH y el máximo es 6. Podrías haber caído en un coma metabólico (metaxtoso).

—Pues yo me encuentro bien…

Antonio leyó los resultados delante de nosotras y nos hizo ver que todo estaba descontrolado y por debajo de los niveles normales. Nada me funcionaba bien. Me recetó Eutirox 150 y los famosos batidos.

Cuando salí de la consulta, de nuevo sentí que odiaba mi cuerpo y a mí misma por no ser «normal», por haber llegado a semejante extremo y haberme olvidado tanto de mí, por decepcionar a mi abuela —la persona que entregaría su vida al diablo para salvarme— y a mí misma, porque nada me salía bien. Había vuelto a estar al borde de la muerte y no supe verlo. Me odiaba por amar y por ser

adicta a los abusos de Aitor. Me odiaba por haberlo entregado todo y no haber guardado ni siquiera las migas.

Fue una sensación parecida a la parálisis que se siente en los sueños, cuando estás a punto de caer por un precipicio y no puedes hacer absolutamente nada.

Cuando quise despegar, la vida me puso delante un enorme «STOP» que me recordaba que tenía muchas cosas que solucionar, empezando por mí misma.

A veces nos encontramos en momentos en que los problemas se acumulan a nuestro alrededor y, miremos donde miremos, no encontramos la salida. De pronto pretendemos convertirnos en superhéroes y queremos solucionar de golpe todo lo que en su día dejamos de lado, en lugar de parar a escucharte, y perder este tren y esperar al siguiente, cogerlo a tiempo, con fuerzas, no llegar corriendo y apenas sin aliento. A menudo nos sentimos acorralados en situaciones en las que no queremos estar, viviendo experiencias que no deseamos vivir, y nos damos de cabezazos en vez de asumir que *ahí* no es y de preparar el próximo viaje, reforzarnos, abrir la maleta, reorganizarla para no llevar tanto peso, cambiar el trayecto, superar los obstáculos y aprender de las lecciones. Porque, en lugar de llegar derrapando, podemos disfrutar del camino y avanzar mirando el paisaje. Porque vale más saber que ir a ciegas… Porque vale más barajar las distintas formas que hay de llegar y después, conscientemente, volver a la carga, quizás con la misma meta, pero por un camino diferente.

Porque muchas veces ni el sitio ni el momento es el idóneo, pero quizás tengamos mucho que aprender de él. Aunque parezca que estás atrapada en una trampa, como si cuanto más te conocieras, peor te sintieras.

10
HOLA, LONDRES

El susto que me llevé al pensar que podía haber acabado en un coma fue grandísimo, así que comencé a tomar la medicación rápidamente. El endocrino me dijo que, si quería coger kilos, no podía empezar la casa por el tejado y que los batidos no harían milagros.

Empecé a hacer deporte con mis nuevas amigas. Nos juntábamos varias para ir al gimnasio del barrio. Mi cuerpo y mi mente poco a poco comenzaban a funcionar mejor, el cansancio extremo poco a poco desaparecía y la apatía disminuía por momentos. Muchas cosas empezaron a cobrar sentido. Al fin conseguí terminar con la historia interminable que tenía con Aitor y comencé a asimilar lo que estaba pasando.

Ya casi nunca miraba mi correo electrónico, pero fue así como de pronto se produjo un frenazo en seco que me hizo darme cuenta de todo lo que me estaba perdiendo. Una de mis *bookers* se ponía en contacto conmigo para comunicarme que la agencia que me representaba en Londres había decidido rescindirme el contrato porque rechazaba casi todos los trabajos que me hicieran irme lejos. A medida que leía aquel *e-mail*, los pinchazos en el estómago se volvían cada vez más fuertes. Todas las alarmas empezaron a sonar. Agarré fuerte las sábanas —estaba en la cama— y me dije: «No, esta vez no, otra vez no…».

Poco después, mi madre, mi hermano pequeño y yo planificamos un viaje a Londres. Allí nos encontraríamos con dos amigas de mi madre. Hacía muchísimo frío y recuerdo que yo estaba emocionada al pisar por primera vez una ciudad en la que tenía raíces. Mi padre biológico es

inglés. Pensé que aquel viaje me permitiría obtener respuestas a muchas de las preguntas que rondaban por mi cabeza. También comencé a recuperar las ganas de ser modelo, un deseo que poco antes había dado por perdido.

Cuando llegamos al aeropuerto de Gatwick, cogimos un tren hasta el centro de la ciudad. Todo el viaje lo pasé con la cabeza pegada a la ventanilla. Me enamoré de los paisajes, las casas antiguas y los pequeños pueblos que te encuentras en el camino.

Nos alojábamos en un apartahotel en el centro. Las calles eran preciosas, grandes avenidas, y me encantó ver los típicos autobuses y las cabinas telefónicas londinenses. Paseamos mucho, vimos museos, el Big Ben, y fuimos de compras a Camden Town, donde descubrí una marca que me apasionó, Rayar. Me compré una chaqueta, una *bomber* con las mangas de un azul muy llamativo y blanca por detrás, con una virgen de Guadalupe bordada con brillos y piedras. La convertí en mi chaqueta de la suerte.

A los dos días de estar en Londres hice algún que otro *casting* para intentar recuperar la agencia de Londres. Mi madre me acompañó al primero, ya que el metro se desvía y no son líneas directas. Yo estaba muy nerviosa. Nos recibió una mujer de pelo castaño y muy delgada. Parecía más parisina que inglesa por la ropa que llevaba y su manera de gesticular. Se notaba que mi madre le sonaba de algo y que mi cara le resultaba familiar.

Me miró de arriba abajo, analizando cada milímetro, y me pidió que me quitara los zapatos. Mientras su asistente me medía, la mujer le preguntó a mi madre:

—¿Es la hija de W.?

—Sí —respondió ella.

Y siguieron teniendo una conversación en la que yo no participé. Nunca supe bien qué se dijeron, tan solo que W. había vuelto de España muy deprimido y que había rehecho su vida con otra mujer con la que había tenido una hija.

Dejamos allí nuestro número de teléfono por si W. quería ponerse en contacto conmigo, pero nunca supimos si llegaron a decirle que yo estaba en Londres.

Visité varias agencias y, aunque muchas veces en los *castings* juguemos con la altura y los tacones, rápidamente me mandaban bajarme de ellos para medirme. En cuanto el metro les daba mi estatura real (un metro y setenta y un centímetros), la mueca de disgusto o la sonrisa eran inevitables. En algunas me hicieron un par de fotos, abrieron mi *book* y lo ojearon; en otras se limitaron a coger mi *composite*, que es una especie de carta de presentación donde hay una foto en la que se ven bien tus facciones, tus medidas y la agencia a la que perteneces. Ni siquiera nos dieron las gracias por el largo camino que habían recorrido hasta llegar allí. No conseguí tener una cita con la agencia que había perdido, pero la verdad es que no me faltaron ganas de aparecer por ahí, suplicarles que me dieran otra oportunidad y asegurarles que esta vez lo haría bien.

En una de las ultimas nos recibió un chico bastante bajito y con los ojos cristalinos. Era una agencia que me hacía especial ilusión, porque representaba a Irina Shayk y a otras modelos que eran «Ángeles» de Victoria's Secret, todas ellas referentes para mí. Cuando entramos nos recibió un perro pequeño blanco con manchas negras que correteaba por la agencia de un lado a otro. Eso me dio más confianza. El chico nos pidió que nos sentáramos. Lo hicimos y, al momento, me preguntó cuánto medía.

—Uno setenta y uno —respondí avergonzada. Siempre me preguntaban lo mismo y parecía que era lo único que les importaba. Ni siquiera me miraban a la cara.

El chico se levantó y fue a buscar los *composites* de dos modelos. Me enseñó el primero y en un inglés rápido y casi incomprensible, como si no estuviera en sus cabales, me dijo:

—Esta chica también es bajita como tú, pero se hizo famosa por una historia…

Añadió algo sobre que tejía con las manos y que había salido de un pequeño pueblo. Mi madre y yo nos miramos extrañadas. Ahora que lo pienso, aunque yo no supiera tejer a mano, también tenía una gran historia detrás…

Él continuó hablando y señaló la otra imagen.

—Esta es negra y tiene los dientes separados —dijo—. Es hija de un productor de cine y es diferente.

Ni mi madre ni yo entendíamos nada, pero, cuando salimos, entre risas llegamos a la conclusión de que estaba borracho o algo por el estilo.

Ni el subidón ni mis expectativas se mantenían arriba. Y con cada nuevo rechazo volvían a llegar la culpa y la impotencia. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué me pasa esto a mí? ¿Lo he perdido todo? ¿Ya no podré? Me estresaba mucho pensar en cómo me ganaría la vida a partir de ahora.

11
MADRID

Cuando volví de Londres, mi madre y yo tuvimos largas conversaciones en las que las dos nos dimos cuenta —ella ya era sabedora de todo— de que tenía que escapar. Aún estaba a tiempo y en Asturias ya no me quedaba nada por hacer. Me puso las maletas en la puerta y me empujó a conocer gente distinta. Su «no puedes seguir aquí» me quedó del todo claro. Seguí trabajando algún tiempo más sirviendo copas para ahorrar algo de dinero y empezar de una vez por todas mi carrera de modelo. Quería dedicarme solo a eso.

Empecé buscando por Internet una habitación para instalarme en Madrid. Había cientos y me «sentencié» a coger la más barata —todo me parecía carísimo— o, al menos, la que me alcazaba para para no estar hasta el cuello los primeros meses.

En Asturias, la manutención que mi padre ingresaba todos los meses me daba para vivir bien, pero ahora las cosas serían distintas. Mientras deslizaba el dedo por el móvil y miraba las habitaciones que me podía permitir, me di cuenta de lo bien que había vivido hasta entonces.

Me llevé dos maletas, y esta vez el viaje lo hice con mi amigo Daniel, que se ofreció a llevarnos a mi prima —que ya vivía en Madrid— y a mí a cambio del dinero de la gasolina. Me sentía arropada y tenía la seguridad de que las cosas no podían empeorar más. Mi salud, al fin, estaba en condiciones y confiaba en que en Madrid encontraría a personas que me cuidarían. Recorrí los casi quinientos kilómetros que separan Gijón de la capital con la sensación de que esta vez ni nada ni nadie me frenaría. Dejaba atrás una grandísima batalla y, según pasaban los kilómetros,

sentía que iba soltando lastre y que empezaba una nueva vida.

Comenzamos el viaje riéndonos. Yo estaba ansiosa por llegar y ver la habitación que había alquilado y recuerdo que me encargué de elegir la música que nos acompañaba en el coche. No sé cuál era mi canción de aquel momento, seguramente alguna de desamor que debí de poner doscientas veces durante las cuatro horas y media que dura el trayecto hasta Madrid. Fuimos cantando casi todo el tiempo, mirando cómo los verdes paisajes se quedaban atrás. Todo se quedaba atrás.

Cuando llegamos era de noche. Entre los tres subimos mis maletas hasta el quinto sin ascensor donde había alquilado mi habitación. Fue duro, pero lo conseguimos. Daniel, que mide cerca de un metro noventa y está fuerte, fue de gran ayuda.

El piso era inmenso, fui lo único que pude ver… Abrí la puerta de mi habitación y tanto Daniel como yo nos miramos con cara de incredulidad. No había ventana y, más que una habitación, aquello parecía un zulo. No era la habitación que había visto en Internet y, desde luego, no valía lo que ya había pagado por ella: quinientos veinticinco euros de reserva y otros quinientos veinticinco euros por el primer alquiler. Exactamente, me quedaban cien euros en la cuenta.

Ni Daniel ni mi prima dijeron nada, supongo que porque no querían desanimarme después de lo duro que había sido todo. Yo preferí no quejarme y darle una oportunidad. A fin de cuentas, no tenía más dinero ni ningún otro lugar al que ir.

Al día siguiente decidí investigar más a fondo y descubrí que, por lo menos, la casa tenía diez habitaciones. Todo era un pasillo muy largo lleno de puertas —diez—, por lo que supuse que compartiría el baño con, al menos, siete personas a las que nunca conocí. La cocina era toda de metal y parecía que allí nadie limpiaba nunca. Siempre estaba llena de platos sucios y, para comer, tenía que fregarlos intentando respirar solo por la boca.

De vez en cuando pasaba un señor bastante refunfuñón, moreno, que caminaba por el pasillo sin camiseta y en pantalón corto de deporte. Tendría al menos cincuenta años. Nunca le vi sonreír. Cuando el dinero se me estaba acabando, le quité algún que otro cruasán de un armario que descubrí una noche en la que volví «a casa» a las cinco de la mañana y muerta de hambre. Otro de mis compañeros de piso tenía un bote de Nocilla y esa fue mi cena durante la última semana del mes, junto con el arroz que me hacía en el microondas y que acompañaba con una lata de atún. Era de todo menos agradable cocinar en aquel espacio, y no porque no supiera, porque la verdad es que desde muy pequeña siempre me ha encantado cocinar.

Los primeros días los pasé ordenando mi pequeño zulo. Había engordado los kilos necesarios para volver a subirme a la pasarela, aunque alguno que otro se había ido a la cara. Estaba claro que el tratamiento había puesto a mis hormonas a trabajar. A los dos o tres días, muy contenta, fui a la agencia para conocer al equipo de Madrid. Creyeron que me había pasado de kilos, o quizás es que no les gustaba cómo me había sentado engordar… No lo sé. El caso es que decidieron que era mejor que volviera a tener el cuerpo de antes. Al principio aquello me hizo gracia y no le di demasiada importancia. Mis piernas seguían siendo muy delgadas y estaba bastante más proporcionada que muchas modelos.

Pero pasaban las semanas y el trabajo no llegaba. Poco a poco mi emoción del principio fue decayendo y comencé a sentirme muy sola. Mi prima se había echado un novio y yo tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para conocer a chicos y no volver a enviarle mensajes al maltratador de mi ex. De no mirar mi correo electrónico casi nunca pasé a mirarlo todos los días. Hasta que por fin uno de los *bookers* se puso en contacto conmigo, aunque no precisamente para darme una alegría.

—¡Hola, Alejo! —dije, fingiendo una voz dulce y cariñosa.

—Hola, Lucía. ¿Te puedes pasar mañana por la agencia?

Te he conseguido un entrenador personal gratis.

Dije que sí, claro, y a la mañana siguiente me puse un mono elástico de Berskha, muy ceñido al cuerpo y muy sexy, para que pudieran observar que no estaba gorda. Al menos, yo me veía genial.

Alejo me abrió la puerta y exclamó:

—¡¿Qué tal, amooor?!

Detrás estaba el entrenador personal, que me observó fijamente durante varios segundos. Era mucho más bajito que Alejo y llevaba una camiseta muy ajustada que le marcaba todos los músculos —muy bien trabajados— y le resaltaba un moreno no muy natural.

Nos presentamos y entramos en una sala para charlar.

—Tenemos que hacer un reto —me dijo—. Que piensen y vean que te lo curras mucho, porque así no puedes hacer nada.

Me señaló las partes de mi cuerpo que había que cambiar, entre ellas la espalda y los antebrazos, el culo y la barriga.

—Hay que bajar de aquí, de aquí, de aquí…

Yo asentía en silencio.

—Está todo fatal, pero con esfuerzo lo conseguiremos. ¿Estás lista?

Yo accedí a todo sin pensar en lo que estaba diciendo. Me sentía en una especie de estado de *shock*. Me pidió mi número de teléfono y se lo di. Yo guardé el suyo como «entrenador agencia».

Antes de salir me dijo:

—Prepárate, porque soy muy duro…

En el camino de vuelta a casa me paré para ver mi reflejo en los todos los escaparates del barrio de Salamanca y observar todas esas partes de mi cuerpo que estaban «fatal». La verdad es que yo me veía bastante bien.

Cuando llegué a casa, me quité el mono y jamás volví a ponérmelo.

¿Cómo era posible que me mandaran adelgazar los mismos kilos que me habían pedido que engordara? Había conseguido abrir el estómago a la fuerza, ¿y ahora me

pedían que volviera a cerrarlo?

Al día siguiente, a las diez de la mañana, fui al gimnasio en el que mi nuevo entrenador personal me había citado. Nada más entrar me dio unos papeles en los que se explicaba lo que tenía que hacer durante dos semanas: una dieta *detox*, que consistía en comer solo verduras —específicas— crudas y zumos verdes, y caminar unas horas en ayunas antes de la comida. Me parecía casi imposible. En la cocina del piso en el que vivía no podía ponerme a hacer todos esos potingues.

Además, mi prima y yo íbamos casi todos los días a un bar llamado El Tigre —para ahorrar—, donde nos ponían unas tapas enormes solo con pedir una Coca-Cola o cualquier refresco. Costaba tres euros y así, de paso, comíamos, aunque es verdad que todo eran fritos e iban acompañados de salsas muy grasientas. Me dan náuseas solo con recordarlo.

El reto también consistía en hacer una foto de cada plato que comiera y enviársela. Al quinto día de dieta me moría por comer un filete, así que empecé a pasarle fotos de platos de verduras que encontraba en Google. Con tanta ansia comí después que tuve una gastroenteritis.

Seguían sin darme trabajos, y los pocos que hice me los pagaban a los tres meses. Estaba hasta el cuello, así que le pedí a Diego, un amigo de mi madre que tiene varios bares en Madrid, que me permitiera pinchar en alguno de ellos para ganar algo de dinero y alquilar otra habitación sin tener que compartir el baño con siete personas. Diego, al principio, me dijo que era muy joven —tenía dieciocho años—, pero me pidió que le enviara mi música. Lo hice y le gustó. Al final me dio la oportunidad de pinchar dos jueves seguidos en uno de sus bares y juraría que me pagaron cien euros la noche. La gente que bailaba mi música era bastante mayor que yo y, aunque fuera difícil impresionarme —había visto lo suficiente como para que nada me asustara—, la diferencia de edad se notaba demasiado.

A algún borracho se le escapó algún que otro

comentario sexista o malintencionado, pero al menos las copas me salían gratis. Aun así, y aunque me ayudaban a cerrar el bar, no me sentía segura en aquel ambiente. De modo que decidí ir a por mi objetivo —para eso estaba en Madrid— y no perderme en la noche.

12

TROFEOS Y JUGUETES

Durante el segundo o tercer mes que pasé en Madrid, el calor era insoportable. Estrenábamos verano y había un grupo de música que empezaba a hacerse muy conocido. Mi prima Sonia y yo no parábamos de escuchar dos de sus canciones. Nos íbamos en metro a la Casa de Campo a tumbarnos en el césped y broncearnos todo lo que pudiéramos. Nos poníamos un aceite con protección 15, que en vez de protegernos nos freía la piel. Nos sentíamos muy sexys y aprovechábamos para hacernos fotos marcando abdominales o de espaldas para que nuestros seguidores de Instagram pudieran observar la buena genética que heredamos de las mujeres de nuestra familia.

Un día puse música de fondo y nos hicimos un vídeo tarareando una de esas dos canciones entre muecas, morritos y toques de pelo. En realidad, nos hicimos como quince y, cuando uno nos gustó y me disponía a subirlo, dije:

—¿Menciono a Gerard?

Gerard era el cantante del grupo. Después solté una carcajada de esas inocentes y largas que tanto me gustan.

—¡¡Síííí, POR FAVOR!! —contestó mi prima entre risas, pensando que se lo decía en broma.

Unos segundos después, abrí Instagram. Las dos estábamos atentas a la pantalla.

—¿De verdad lo vas a hacer? —me preguntó mientras se quitaba el agüilla de los ojos de tanto reírse.

—Obvio, a ver si lo ve…

Yo tenía muchos menos seguidores que él, como unos veinte mil. Estuvimos unos diez segundos dudando si darle al botón de publicar o no. Al final cerré los ojos y lo subí.

Yo siempre había jugado a superar los retos que me ponían mis dos primos mayores para demostrarles que podía ser como ellos. Por ejemplo, recuerdo una vez que estábamos en Roma, paseando entre los mercadillos que hay en la zona de la Fontana di Trevi, cuando uno de ellos me dijo:

—¿A que no te atreves a robar algo?

Inmediatamente me dirigí a uno de los puestos turísticos y cogí una figurita pequeña o una postal, disimulando y mirando para otra parte. Después corrí hacia mis primos para enseñarles lo que había robado. Yo tenía once años y celebramos mi hazaña como si hubiésemos conseguido un millón de euros y nadie nos hubiese visto.

Con mi prima Sonia fui a comprar mi primer sujetador de relleno, que era parecido a una almohada viscoelástica, y mis primeros tacones. Ella me parecía muy sexy —ya estaba desarrollada: tiene seis años más que yo— y yo, que era un palillo, quería seguir sus pasos. Me hace gracia que ahora sea ella la que presuma de «mi prima la modelo».

Pero estábamos en la Casa de Campo, tomando el sol y respirando fuego. Llevábamos siempre un par de botellas de agua de las grandes que a la media hora estaban vacías. Eran las dos de la tarde y estábamos a treinta y seis grados. Fumábamos cannabis y nos encantaba ver cómo nuestra piel se oscurecía y brillaba por el aceite.

Unos minutos después de subir el vídeo, mientras me secaba el sudor de la frente, me incorporé y me coloqué la toalla en la cara para poder ver la pantalla del móvil y ojear las notificaciones de Instagram. De nuevo, mi carcajada fue escandalosa.

—¡¡¡Sonia!!!

Me miró con los ojos enrojecidos y, empanada y llena de sudor, dijo:

—¡¿QUÉ?! ¡QUÉ SUSTO!

Con una mirada que duró un instante lo entendimos todo. Empezamos a reírnos muchísimo más fuerte.

—¿Contestó? —me preguntó mi prima.

—¡¡CONTESTÓ!! —exclamé yo.

Había escrito algo como «qué chicas tan guapas»… Yo me sentí más sexy que nunca. La verdad es que me ponía pensar que le había gustado al cantante por el que todas las chicas se volvían locas. Pensé que yo era diferente, especial, más guapa, más apetecible, y que por eso me escribía. Mis *stories* sensuales habían hecho efecto y el tío más guay del momento me había contestado. Empezamos a seguirnos por Instagram y poco después nos invitó a una fiesta.

El día anterior yo trabajaba para El Corte Inglés junto con otras caras conocidas. Todas éramos niñas monas y hacíamos una especie de sesión para los medios en la que explicábamos cómo era nuestro verano ideal. Podíamos escoger la ropa que íbamos a ponernos y nos la podíamos quedar, cosa que a mí me sorprendía mucho. Ellas eran *bloggers* o cantantes, casi todas famosas por ser «novias de» o «exnovias de», nada raro en España. Yo era la modelo *celebrity* «hija de», venía de Asturias y, comparada con ellas, no tenía ni idea de redes sociales. Me parecían extrañas porque se decían cosas como «gordi»… Recuerdo que alguna tenía la voz muy aguda. Ahora casi todas tienen hijos, están casadas y tienen aún más millones de seguidores en Instagram. Yo sigo siendo la modelo *celebrity*, ahora escritora, columnista y feminista. Sabía que éramos muy distintas, pero casi todas me caían muy bien.

El día de la fiesta me puse lo que me había regalado la marca: un *top* blanco y unos vaqueros también blancos que me hacían muy buen culo y me resaltaban el moreno que había cogido en la Casa de Campo, y unas botas *cowboy* que me quedaban ligeramente grandes. Me ricé el pelo, que me llegaba casi hasta la cintura, con un aparato que me había comprado en Londres, y mi prima y yo fuimos hacia allí. Por la tarde de ese mismo día mi entrevista había salido en la tele.

Llegaron solo los dos vocalistas, y un poco tarde. A nosotras nos acompañaba una íntima amiga de mi madre, que también los conocía a ellos. Al final nos fuimos todos juntos a otra discoteca, bailamos y, sin cortarse un pelo, Gerard me comió la boca descaradamente. Éramos sus

juguetitos sexuales de aquella noche y nos fuimos a su casa, un chalé enorme con piscina —nada que ver con mi habitación sin ventana— en la zona más cara de Madrid. Pero no solo hubo sexo, también hablamos de nuestros respectivos ex, de nuestros familiares, etcétera, etcétera.

Al día siguiente me desperté en esa casa gigante, bajé a la planta de abajo y busqué a mi prima. Cuando nos vimos, nos miramos con complicidad, como diciéndonos «hemos *triunfao*». Gerard y el otro vocalista se iban de viaje esa misma mañana y nosotras dijimos que nos marchábamos rápidamente. Pero nos dijeron que nos quedáramos en la piscina hasta que viniera alguien a buscarnos. Lógicamente, aceptamos. Nos sentamos en el borde de la piscina y metimos los pies. Cuando escuchamos que la puerta se cerraba, empezamos a reírnos a carcajadas. Nos sentíamos triunfadoras y para nada utilizadas. Ahora creo que éramos muy inocentes o, quizás, no éramos conscientes de lo que significaban las mujeres para esa clase de chicos.

Tres días después, iba caminando por la calle cuando una amiga me envió una noticia que decía: «Lucía Rivera y… ¿Nueva pareja?». Pensé que la cosa se quedaría ahí, aunque las manos empezaron a temblarme cuando me di cuenta de que mi ex lo vería y no le haría ninguna gracia. La noticia empezó a hacerse viral. Solo había salido un día de fiesta por Madrid y ocurría esto. Me sentí súper culpable. Hablé un poco con Gerard y los dos estábamos en una especie de *shock*. Algunos medios hablaban de que los domingos nuestras respectivas familias se reunían; otros contaban al detalle la ropa que yo llevé aquella noche y lo que había pasado en la discoteca. Creo que fue la primera vez que me emparejaron con un chico.

Poco después de aquel titular, Gerard actuó en un evento y, cuando los medios le preguntaron, dijo:

—Desde que soy famoso, tengo mucho éxito con las chicas. Hay veces que uno no se acuerda de lo que ha hecho…

Al rato me envió un mensaje en el que me decía: «He querido salvarlo, ya está todo solucionado, nos vemos

pronto».

Yo tenía un desfile poco después en Barcelona, en la 080, y os mentiría si no os dijera que me molestó mucho sentirme como uno más de los muchos objetos sexuales de los que ahora Gerard disponía gracias a la fama. Yo no era ni especial ni diferente de las demás. Era una vagina más. Solo tenía dieciocho años y él me sacaba diez. Cuando, después del desfile, me entrevistaron a mí, respondí con una sonrisa —aunque por dentro sentía fuego y mucha vergüenza— que «Gerard es solo un amigo, un buen chico… Pero solo amigo. De hecho, a los dos nos falla la memoria».

Unos minutos después cogí un taxi y me fui directa al AVE para volver a casa. Entonces recibí un mensaje que me devolvió la ilusión, porque al menos se refería al desfile: «Felicidades, guapa». Sí, era él… Inconscientemente, esas dos palabras calmaron el fuego que ardía dentro de mí y volví a sentirme aceptada y aprobada por él. Reconozco que me convenció de que con su respuesta a las preguntas de los periodistas había intentado «protegernos y marear a los medios», y no porque yo fuera otro objeto sexual más que exhibir en su cara vitrina.

Nos mensajeábamos de vez en cuando y nos vimos un par de veces más.

Pero, desde entonces, la persecución de los medios se convirtió en una fijación para mí. Les cogí un miedo horrible y empecé a *chequear* mi móvil constantemente para ver si se filtraban noticias sobre mi vida privada o sobre mi pasado. Me sentía terriblemente avergonzada y empecé a culparme de todo lo que me había ocurrido. Volví a odiar a la Lucía de quince años y decidí esconderme de nuevo. No quería que nadie llegara a saber nada de mí y empecé a ser otra Lucía. Una Lucía agradable, sonriente, aparentemente feliz y exitosa, con miedo a reconocer la situación en la que estaba, porque —no lo olvidemos— seguía viviendo en una habitación de todo menos lujosa.

El truco estaba en aparentar una vida que realmente no era la mía, una vida de sueño, deseable y de lujo… Porque

no, no me sentía una modelo de éxito, ni con estilo, ni tenía un novio famoso. Era solo una chica con un buen físico, aunque mejorable. Ni siquiera me sentía a gusto con mi cuerpo y, quizás, no era más que otra chica más que quería ser modelo. A lo mejor la gente tenía razón. A lo mejor solo era una «hija de» y no tenía nada más.

13
MUDANZA

El verano en Madrid cada vez ardía más. Poco a poco me adaptaba al enorme ruido de tráfico y mi prima y yo seguimos visitando la Casa de Campo. Cuando las piscinas municipales abrieron ya teníamos sitio donde ponernos doradas sin llegar a la deshidratación y donde refrescarnos. Empecé a conocer a gente, los eventos de las revistas empezaron a invitarme y mi *brooker* me presentaba todo ello como la manera ideal de hacerme un hueco y empezar a llamar la atención de las revistas de moda y no de la de prensa rosa, que estaban muy expectantes por mi llegada, por mi faceta como DJ, y por quién sería el afortunado o más bien a qué hombre podría conseguir, algo que ni siquiera pasaba por mi mente. Prefería salir a bailar o quedarme en casa practicando con mi música. La escritura se había quedado apartada en un cajón.

La revista *Cosmopolitan* nos invitó a una *pool party*. Se trataba de una revista de la que siempre había soñado ser portada y era uno de mis objetivos principales. La fiesta se celebraba a las afueras de Madrid. Yo llevaba un bikini blanco y una falda larga con un estampado de tigres y plantas, y ahí conocí a Julia, una compañera de mi agencia. Era alta, llevaba una camisa rosa hawaiana que solo le podía quedar bien a ella y unos tejanos blancos. Tenía una piel blanquecina, con una melena corta con flequillo muy parecido al de Audrey Toatou cuando se puso en la piel de Amelie, y los ojos muy brillantes de color marrón —verdoso a la luz sol— y una sonrisa repentinamente contagiosa.

Para mí era terriblemente brillante, iluminaba cualquier lugar al que llegaba. Bailaba de manera diferente a las demás; brillaba con luz propia. Realmente era el perfecto

prototipo de modelo que yo quería ser, con un metro ochenta de altura, agencias por todas partes, frescura y elegancia en cada pose y cada gesto. Cuando la conocí y empezamos a hablar en ese evento me sorprendió la capacidad de hacer de color todo lo gris con tanta inocencia y a la vez inseguridad. Sigo pensando que, aunque a día de hoy casi no tengamos relación y el tiempo nos haya distanciado, nunca fue consciente de sus cualidades. Siempre pensé en decirle lo muchísimo que la admiraba, pero mi lucha interna jamás me dejó.

El evento fue genial: comida gratis, sorteos, fotógrafos, periodistas, perfumes, chicos guapos, gente muy famosa que a mí me hacía sentir repentinamente pequeña, poco válida y sola entre tantísima multitud. Disfrutamos como niños. Ahí conocí también al que a día de hoy es como mi hermano. Llevaba un sombrero negro, bermudas y era el mejor amigo de mi *booker*, del que cada poco tiempo notaba su mirada en mi espalda observando mi bikini blanco. Sabía que ni yo ni mi cuerpo le agradaban lo más mínimo.

Al final de la fiesta, Mario, Noelia y yo volvimos en un taxi bastante borrachos. Habíamos estado bebiendo mojitos todo el día bajo el sol y ellos querían continuar la fiesta. Pero cuando el taxi se iba acercando a mi casa me acordé de mi habitación y les puse una excusa barata porque me moría de vergüenza al pensar que pudieran ver dónde estaba viviendo. Quizás eso haría que nuestra relación cambiara y ya no me aceptaran.

Durante esos días, mi prima y yo buscábamos un apartamento. Fue una búsqueda intensa porque nuestro presupuesto era muy justo y ningún familiar quería ni podía avalarnos.

Recorrimos todo Madrid. En algunos sitios nos ponían en una especie de lista de espera y nos comunicaban que nos llamarían si éramos elegidas para ser las inquilinas. En todos nos pedían una cantidad de dinero inalcanzable o nos cerraban la puerta en la cara, y de otros salíamos corriendo nosotras mismas.

Encontramos un apartamento que todavía en la actualidad mi madre sigue llamando «cuarto de calderas». Era un bajo, muy antiguo, que tenía una habitación, un altillo en medio del salón con una cama y creo que no llegaba a los cuarenta metros cuadrados. Pero era mejor que nuestras dos habitaciones de alquiler y preferíamos estar solas, juntas, más tranquilas y cómplices de todas las aventuras que nos esperaban. Realmente nos valía cualquier cosa con tal de salir de donde estábamos entonces.

Costaba ochocientos euros, podíamos pagarlo sin ahogarnos y era el único apartamento en el que no nos pedían tres meses de fianza, quizás porque mi madre tenía razón y no era habitable, pero me parecía muy buena idea dejar de compartir baño con tanta gente y tener ventanas, aunque dieran a un patio minúsculo sin ventilación, que a nosotras nos pareció al principio una lujosa terraza para tender y tomar el sol. ¡¡¡Y nuestra propia cocina!!!

Así que, corriendo, pagamos la reserva y salimos muy emocionadas de allí.

Unos días después, cuando llegó el día de la mudanza, estábamos en pleno orgullo gay. Todas las calles estaban cortadas, pero las dos teníamos ligeramente cerca nuestro nuevo piso. Así que encontré un carrito de la compra de Día, y cinco pisos arriba sin ascensor y cinco pisos abajo y empujando aquel carro —lo dejaba en el portal deseando que nadie me lo robara en uno de mis viajes—, cuarenta y ocho horas después conseguí hacer la mudanza. La gente que estaba de fiesta se reía, algunos borrachos se tiraban encima del carro, otros me ayudaban a empujarlo… En todos esos veinte viajes, caminando en pleno verano con tantísima gente a mi alrededor, creí que por algún lugar había una cámara oculta. ¿Qué pensaría la gente por la calle?

Nos sentamos en el sofá casi sin respiración, no nos quedaba ni un uno por ciento de energía en el cuerpo. Ya era de noche y, de pronto, sentadas, anestesiadas, mirando a la nada, vimos cómo un bicho pasaba por delante de nosotras, caminando tranquilamente. Julia venía a hacernos

una visita y no le prestamos mucha atención a aquel bicho, pero, de repente, cuando Julia llegó, vio otro, y pasó otro, otro, otro. Mi prima se acercó al suelo para observar qué tipo de bicho era, mientras yo apenas podía moverme del sofá. Dio un gran grito y puso tal cara de terror que pensé por un momento que le había entrado un dolor muy fuerte en alguna parte de su cuerpo. Y luego gritó:

—¡¡SON CUCARACHAS!!

Julia empezó a saltar y de pronto nos vimos las tres aterrorizadas encima del respaldo del sofá sin querer pisar el suelo. Salieron cientos de cucarachas de todas partes y empezamos a gritar como si hubiéramos visto un león con hambre voraz viniendo hacia nosotras. Cogimos las llaves y salimos corriendo de vuelta al zulo. Después de matar a unas cincuenta cucarachas, nos dimos cuenta de que estábamos invadidas. Llevaban allí mucho más tiempo que nosotras, eran las inquilinas oficiales y, miráramos donde miráramos, salían a millones. Ni siquiera cogimos ropa interior. Todavía nos quedaban dos o tres noches pagadas en nuestras antiguas habitaciones, que de pronto se habían convertido en un templo para nosotras.

Al día siguiente, muy temprano, llamamos al casero para comentarle el gran desastre que tenía en el piso. Esa noche casi no pudimos dormir buscando en Internet remedios y maneras de echar a las cucarachas. Solo había una manera real de echarlas: matarlas. Descubrimos tantas cosas sobre ellas… Como que es el único insecto que podría sobrevivir a una bomba atómica y, cuando lo pensábamos, nos desesperaba bastante. ¿Como íbamos a poder matarlas nosotras si ni siquiera podría hacerlo un psicópata que decidiera acabar con el mundo en un momento de desesperación?

Pagamos unas cuantas fumigaciones y llegamos a vivir durante meses con ellas, durmiendo las dos juntas en el altillo de arriba e imaginando que no llegarían. Pero sí, ¡llegaban! Recuerdo perfectamente la sensación de miedo y asco que me invadía todo el cuerpo. Una de esas noches dormí abajo porque el novio de mi prima —también mi

mejor amigo— había venido a vernos. Estaba intentando conciliar el sueño pensando que en cualquier momento una cucaracha entraría por mi boca dormida, o por mi nariz, o ¡¡¡por donde fuera!!! De pronto la cortina que tenía detrás de mi cabeza se movió y me cayó una cucaracha inmensa en la frente. Desperté a los dos con un grandísimo grito de ¡¡¡auxilio!!!, y no pude dormir en toda la noche.

Paseábamos por la casa con miedo, nos duchábamos con miedo. Antes de calzarnos, inspeccionábamos los zapatos por si acaso alguna los hubiera escogido para pasar la noche.

Por aquel apartamento pasaron todo tipo de pesticidas, hasta que un vecino más mayor nos vio desesperadas y quiso ayudarnos: movilizó incluso al Ayuntamiento de Madrid. Las cucarachas venían de nuestra supuestamente «lujosa terraza», así que echaron una especie de pintura por la tubería y pudimos vivir tranquilas el resto de los dos años que pasamos allí.

Desde luego, Madrid no me estaba recibiendo de la mejor manera.

14
MIRADAS Y JUICIOS

El trabajo no llegaba, los cotilleos aumentaban y, aunque os cueste creerlo, eso ahuyenta a las marcas. Una modelo tiene que ser igual que un maniquí, como una Barbie a la que vestir, que ni siente ni padece. Una de las razones por las que a veces he dudado si seguir escribiendo este libro es porque sé que a ciertas personas las polémicas les ahuyentan, mientras que apenas tienen en cuenta lo que una modelo necesita para destacar y llegar lejos.

Por eso empecé a preguntar a algunas compañeras y amigas que hice durante aquellos meses en qué otras agencias podría probar. Mario y yo quedamos uno de esos días y, entre vino y vino, le comenté la desesperación que me creaba pensar que no tenía trabajo y que no veía la salida.

Sonrojado, me confesó la escena que había vivido y que le había permitido entender lo que yo no comprendía tras varios rechazos, como quítate las mechas rubias, adelgaza… Y más órdenes para mantenerme distraída.

Estábamos en una terraza en Malasaña. Siempre me han dado más confianza las terrazas de los bares y los espacios abiertos —y no solo porque puedo fumar—, aunque desde pequeña haya pasado tanto tiempo en aviones, coches, discotecas con muy poco espacito vital, habitaciones minúsculas sin ventanas, casas muy oscuras y sin apenas ventilación, e incluso en relaciones sentimentales en las que, a pesar de estar en peligro, yo me sentía segura. Me gusta observar que hay puertas grandes para poder salir corriendo —física y mentalmente— en cualquier momento.

Mientras Mario me contaba lo que había ocurrido y yo completaba la ecuación en la que había sido incapaz de

descifrar la X, me sentí como si estuviera en el cine, en primera fila, viendo en una pantalla lo que él me contaba en la conversación, o por un agujerito minúsculo parecido al de las pelis de terror en las que se ve a la víctima escondida mientras llega el asesino en serie. Visualicé la escena perfectamente.

Al igual que Mario y yo aquella tarde, él y Alejo, mi representante, estaban sentados en una terraza tomando algo. Alejo tenía el móvil en la mano y un cigarro en la boca, y en un momento dado, dijo:

—Tenemos un trabajo de Tous y no sé a qué chicas proponer.

—¿Por qué no llamas a Lucía? La tía mola y tiene potencial.

Alejo le respondió de forma cortante:

—Lucía es diferente, es una *celebrity*, hija de famosos…

Mario le dio un trago a su verdejo, sacó un cigarrillo de su cajetilla Camel Blue y, antes de encenderlo, acercando el mechero a su cara, me dijo:

—Amiga, deja de intentarlo donde no te valoran. Tú deberías saber lo que vales.

Fue un alivio que todo mi círculo me hablara de mi valía, porque yo no era consciente de ella.

Al día siguiente entendí que lo mejor era irme. Yo no quería ganarme la vida hablando de mis asuntos privados. Tenía dieciocho años y, desde pequeña, mi relación con la prensa siempre fue de amor-odio. Había podido ver cómo perseguían a mis padres y los quemaban en la hoguera desde la televisión de mi abuela. Había escuchado sus palabras de condena y la crueldad con la que trataron a mi madre cuando comenzó a rehacer su vida después del divorcio. Había tenido que soportar cómo nos perseguían por los aeropuertos con sus enormes cámaras y los cientos de micros, mi madre corriendo con ellos al acecho… Algunos son hábiles para sonsacarte palabras que nunca dirías, para increparte en circunstancias desfavorables y someterte a un juicio público, cuando de repente ves que todo el mundo tiene una opinión sobre tu vida.

Lo cierto es que, cuando finalmente se publica la entrevista, te han hecho jaque mate.

Llamé a Pedro, una de las pocas personas en las que confiaba en Madrid, aunque poco después me vendió a la prensa… Le salió barata la comida a la que me invitó.

—Esta es la mejor agencia —me dijo, mientras me enseñaba en su móvil la cuenta de Instagram de la compañía y me hablaba de varias modelos que, según él, se parecían mucho a mí y no paraban de trabajar.

—¿Y cómo puedo entrar? —pregunté.

A través de unos amigos conseguí el número del director de la agencia, Frank, el que se encargaba de meter los perfiles, y a los pocos días me puse en contacto con él. Me dijo que me pasara por su oficina. Mis amigos me advirtieron de que era un tío muy exigente y cruel, pero a mí solo me importaba mi objetivo: conseguir trabajo para poder vivir en un piso sin cucarachas. Era consciente de que, por mi altura, quizás no sería una *top model,* pero al menos podría monetizar lo único que pensaba que era válido en mí: mi cuerpo, y no del todo. Mi trabajo se convirtió en mi oscura salvación. Tener dinero significaba poder vivir bien, y me daba igual si terminaba convirtiéndome en un producto.

La agencia estaba muy cerca de mi piso, así que fui caminando. Antes de tocar en la puerta, me santigüé dos veces. No había comido nada y mi estómago era un manojo de nervios. Subí las escaleras despacio.

Frank me hizo pasar a una sala, con dos ventanales enormes, en la que había dos *chaise longues* de terciopelo verde botella. Las paredes estaban pintadas de rosa bebé. El físico de Frank me transmitió confianza: llevaba barba, una camiseta básica azul marino a juego con sus ojos despampanantes, el pelo entre rubio y canoso, unos *jeans* anchos estilo Levis 501 y unas zapatillas de deporte bastante normales. Yo me había puesto mi chaqueta de la suerte —la de la virgen en la espalda—, un *top* básico, unos pitillos Diésel de mi madre de cuando era joven que me quedaban un poco grandes, y unas botas con tachuelas con

un poco de tacón. Seguramente debajo llevaría un bikini negro por si querían ver el cuerpo.

Me aterraba volver a sentir el rechazo y sabía que, si no me cogían, se me caería el mundo encima. No tenía «plan b». Desde pequeña había estado preparándome para esto, para triunfar en la moda, aunque en ese momento me conformaba con ganar mil euros.

Cuando nos sentamos, Frank me miró fijamente a los ojos y, con mucha frialdad, me dijo:

—Lo primero que quiero decirte es que me da igual de dónde vengas y de quién seas hija.

El tono que usó me asustó, pero también me liberó y me tranquilizó. Mi batalla con el hecho de ser «hija de» solo acababa de empezar, pero ya me martirizaba.

—Me alegro, eso me han dicho… Por eso vengo —dije con la voz temblorosa.

—¿Qué quieres hacer?

—Ser modelo, no *celebrity*. Y ganar dinero, porque apenas tengo. Me acabo de independizar.

—Tienes la piel fatal.

Rápidamente me toqué la cara de forma inconsciente y me tapé los tres granos que tenía en la mejilla.

—Sí —reconocí, aunque no sabía qué debía responder a eso.

—Pero eso se arregla…

—Me dicen que estoy gorda, pero estoy empezando a cuidarme —dije antes de que su mirada pasase por mi vientre.

—Sí, tienes bastante que bajar.

Me habló un poco de mis padres y me dijo que, cuando era más joven, había representado a mi madre, de la que no habló demasiado bien.

—Soy responsable —aseguré.

—Vamos a hacerte unas fotos —dijo—. Lo voy a hablar con el equipo y el lunes como muy tarde te damos una respuesta.

Me levanté y él aprovechó para decirme que no era muy alta. En ese momento sentí que el rechazo llegaba de nuevo.

—Pero para fotografía no hace falta altura —añadió—. Tendrás que irte de España para ser modelo.

—Sí, justo eso es lo que quiero.

—No va a ser fácil —dijo Frank mientras abría la puerta de cristal para salir de la sala.

Me quedé traspuesta. Pensé que perdería el tiempo haciéndome las fotos. Sus palabras habían sido punzantes y afiladas, como una espada. Y, mientras, yo me venía abajo con pensamientos como «no vales, no pierdas el tiempo», «no puedes». Y me podían las ganas de echar a correr. Frank decía como en una especie de voz en *off*:

—Ven, sígueme.

Me levanté rápido, como si un sargento me lo hubiera ordenado, y salí de la sala tras él. En la habitación contigua estaba el fotógrafo, Diego, que era un tío más joven, con pendientes, tatuajes, barba larga y morena, gafas de pasta y una cámara pequeña entre las manos. Nos presentó y Frank me dijo que Diego me haría unas fotos. Asentí y me di cuenta de que todo mi cuerpo temblaba. La verdad es que posé con muy poca confianza.

—De frente.

FLASH.

—Un perfil.

FLASH.

—El otro.

FLASH.

—Ya está. Gracias.

Salí pensando que el lunes recibiría un «no» como respuesta.

Aquellos cuatro días de espera fueron una eternidad; en aquel momento mi valoración como modelo dependía de la opinión de los demás.

Las mujeres hemos sido educadas para que nuestro valor venga del exterior. Aquel día le abrí ciegamente la puerta a un millón de juicios externos sobre mi cuerpo, alejándolo de mí, como si no fuera de mi pertenencia. Se convirtieron en necesarios, tanto que mis propias opiniones quedaron invalidadas ante la importancia que tenía estar dentro de

los cánones establecidos.

Las miradas fijas de los hombres siempre me incomodaron, hasta que llegué a la conclusión de que eran un breve marcador de cuánto éxito tenía. Cuantas más miradas atrajera, más importante sería. Cuanto más sexy fuera mi cuerpo, más éxito tendría. Cuanto más guapa, más dinero ganaría.

15
ESPERA ANSIOSA

Lunes, 20 de noviembre de 2017.

Me despierto con la misma sensación de vacío en el pecho que me acompaña desde hace muchos años. Ya estoy acostumbrada. Miro la pantalla del móvil. Me ciega por el brillo. Solo abro el ojo derecho, el izquierdo lo tengo cerrado y me llora. Veo que solo son las seis de la mañana ¿Para qué voy a despertarme? Tengo la cabeza embotada de los porros de ayer, pero busco entre las sábanas el resto que me quedó. Lo enciendo y doy dos caladas para volver a dormirme. Siento cómo el humo entra con fuerza y se desliza hasta el pecho rascándome la garganta. Es el efecto de un alfiler pinchando un globo. Cada vez que exhalo el humo siento que el vacío se va, aunque unas horas después la presión vuelve con mucha más fuerza.

Son las doce del mediodía. Vuelvo a hacer el mismo ejercicio. Soy toda incertidumbre, y aunque estoy echada en la cama, no puedo parar de dar vueltas y de mover compulsivamente los pulgares de las manos observando en el móvil las publicaciones. Mi teléfono está a escasos centímetros de mis ojos, que aún me lloran. Tengo el portátil encendido al otro lado de la cama, con una serie de fondo que ni siquiera escucho. Odio el silencio, porque mi cabeza no para de hablar cuando me encuentro con él. Me meto por milésima vez en la cuenta de la agencia para ver si han empezado a representar a otras chicas. No veo nada nuevo —lo había mirado dos minutos antes—. Intento volver a coger el sueño, pero la maldita presión no me deja. Entra un hilo de luz por la rendija de la puerta. Decido levantarme. Voy al salón. Me siento en el sofá y sigo mirando el móvil, sin ver nada.

Espero la llamada que, supuestamente, cambiará mi futuro. Me voy al baño y me dispongo a ducharme porque quiero salir de casa. Necesito tomar el aire. Me desnudo y me observo fijamente en el espejo: de frente, de perfil, el otro perfil, meto barriga, me acerco al cristal del espejo y me toco los tres granos de mi mejilla derecha. Pongo unas cuantas poses. Tampoco hay mucha luz, pero observo la bañera, no vaya a ser que me encuentre alguna cucaracha… Abro el grifo de la ducha y, mientras espero a que salga el agua caliente, sigo mirándome: de frente, de perfil, el otro perfil… Me subo al inodoro y me toco la entrepierna. Pienso: «Joder, tengo que bajar esto». Me bajo lentamente del váter, soy muy torpe y pienso: «Lo que me faltaba». Me enjabono el cuerpo y el pelo rápidamente. Salgo de la bañera. Me pongo una toalla en el pelo y acerco mi cara al espejo para verla entera. La verdad es que nunca acabo de gustarme del todo, podría mejorar. Los granos están más rojos que antes. Observar de más nunca ha sido recomendable. Me cubro el cuerpo, enrollándolo en la toalla fucsia, y voy hasta mi cuarto, al que llego en menos de diez pasos. Cojo el móvil y lo desbloqueo para comprobar si hay alguna llamada que cambie mi vida. Leo un whatsapp de Mario: «¿Qué tal? ¿Sabes algo?». Vuelvo a bloquearlo. No tengo ganas de escribir a nadie.

Me estiro el cuello y empiezo a vestirme. Me pongo un vaquero pitillo gris que llevo desde el instituto, un jersey con un tigre en la parte delantera que me ha regalado una tienda multimarca a cambio de un *post* en Instagram, y unas botas estilo Dr. Martens. Me cubro los granos con una buena capa de maquillaje y me pongo máscara en las pestañas. Busco la cajetilla de tabaco y compruebo que no me queda. Genial: motivo perfecto para salir a la calle, airearme, volver a casa y fumar compulsivamente hasta que llegue alguien que me saque de este estado.

Decido llamar a John, un chico que casi está instalado en nuestro apartamento desde hace dos semanas. Mi prima Sonia y yo lo conocimos a la salida de una discoteca y él nos llevó a un *after* gay en el que éramos las únicas chicas.

Todos iban desnudos y nosotras, para sentirnos sexys y aceptadas, nos quedamos en sujetador. A la media hora nos tapamos porque la vergüenza nos pudo.

John vino a nuestra casa para dejar sus maletas después de que lo echaran de su piso, no sé por qué, y se instaló en el nuestro hasta que se echó novio. Tiene la energía que realmente a mí me falta y mantenemos conversaciones bastante vacías. Criticamos a medio planeta y dejamos salir nuestras frustraciones. A John le gusta estar con una «famosa», le dan morbo las *celebrities*. Sé que no ve mucho en mí y, de hecho, nuestra relación es bastante tóxica. Aun así, yo me agarro a cualquier clavo ardiendo para distraer mi cabeza. Al menos, John me hace reír. Es espontáneo y buena persona, aunque le pierde el interés. Tiene una sonrisa enorme. Y es muy pijo. Ni Sonia ni yo sabemos de dónde saca el dinero para la ropa tan cara que lleva: mocasines Gucci, camisas de Carolina Herrera, etcétera. Y tampoco es que la valore mucho, porque todo lo deja tirado en el suelo.

El vacío me aturde y, como digo, llamo a John.

—¿Qué taaaaal? ¿Cómo estás, Lu? —contesta muy efusivamente. Yo temo que me haga la oscura pregunta…—. ¿Te han llamado?

Suspiro y contesto:

—No. ¿Vamos a dar una vuelta? —pregunto.

—Claro, ahora voy.

Cuando cuelgo a John, mi móvil vuelve a sonar. Es mi abuela y dejo que suene mientras voy a mi cuarto a coger mi chaqueta. La verdad es que no me apetece hablar.

Mi prima Sonia sale del baño en bragas, como siempre, y la veo ir a su habitación y trepar hasta su cama. Mira hacia atrás cuando me oye salir de mi cuarto y me pregunta:

—¿Qué tal?

Me ve la cara y se da cuenta de que estoy a punto de estallar de los nervios y la ansiedad. De modo que opta por cambiar de tema:

—Creo que te están llamando…

Voy corriendo a mirar el móvil, tan rápido que me tropiezo. De golpe recuerdo que es mi abuela quien me llama.

—¡Jooooder! Es mi abuela. No quiero hablar ahora.

—Tranquila, Lucía —me dice Sonia—. Seguro que te llaman. El día es muy largo, solo es la una de la tarde. O quizás mañana…

Vuelvo a suspirar porque de ese modo la presión se alivia un poco. De pronto suena el timbre.

—¿Quién es? —pregunta Sonia.

—Será John —respondo.

Sonia sonríe, baja de su litera, va hacia el salón y se sienta en el sofá. Veo que sigue adormilada y que tiene la cara hinchada y los labios agrietados. Se dispone a liarse otro porro para escuchar más animada las películas de John, siempre tan emocionantes e irreales. Sus ojos están rojos.

John entra en el salón y le propongo que me acompañe al estanco a por tabaco.

—Me muero de hambre, pero sí, vamos —dice él.

En realidad, me doy cuenta de que ha venido a atracar nuestra nevera vacía. Bajamos las escaleras en silencio y salimos del portal. Mi tensión es evidente y solo quiero compañía. Mientras vamos hacia el estanco, John me dice algo que me hace reír. Comenzamos a caminar más rápido y nos ponemos a dar saltos por la plaza de Alonso Martínez, muy cerca de la calle en la que está la famosa agencia que espero que me llame.

Volvemos a casa y comemos algo rápido. Yo no tengo hambre, porque mi estómago se cierra en los momentos de tensión. Mi cuerpo está ahí, pero mi cabeza centrifuga. Escucho de fondo los comentarios de Sonia y John, pero estoy ausente. Miro la pantalla del móvil y decido ponerlo en silencio para que las notificaciones no me paren el corazón.

Voy al baño y después me siento con ellos en el sofá negro de Ikea en el que apenas cabemos los tres. Sonia sale al patio para darle de comer a su conejo, Dior, que a mí no

me hace mucha gracia (tiempo después murió de un ataque al corazón tras una discusión entre mi prima y el novio que tenía entonces). Me enciendo otro porro y vuelvo a mirar el móvil. Mis ojos se abren como platos cuando veo un mensaje de Frank y una llamada perdida. El mensaje dice: «Te he llamado, pero no respondes».

—¡Ahhhhh! Es Frank, el de la agencia —digo.

—¿Qué? ¡Marico, llámale! —me dice John—. Venga, llama.

Pongo mi dedo en el «llamar» mientras Sonia y John me miran fijamente. El párpado derecho me tiembla y escucho los latidos del corazón en mi cabeza.

—Hola, Frank, ¿qué tal?

—Hola, Lucía —dice él—. Todo bien. He hablado con el equipo y queremos llevarte.

Empiezo a hacer señas con la cara mientras John y Sonia susurran: «Qué dice? ¿Sí? ¿Qué?»… Le doy un golpe a John en el brazo y los mando callar llevándome un dedo a los labios.

—Pásate mañana y firmamos el contrato —continúa Frank—. Aunque tienes que hablar con la otra agencia…

—Sí, claro, ahora mismo les llamo —digo mientras comienzo a dar saltitos en el salón.

—Vale, mañana hablamos.

—Genial, muchas gracias, de verdad.

Cuando cuelgo el teléfono, los tres nos abrazamos y seguimos dando saltos por el salón. Llamo a mi abuela, con quien comparto todo lo bueno que me pasa, y le digo:

—*Güelita*, me acaba de llamar el de la agencia…

—¿Y qué dice, cariño?

—¡Que síííí! —exclamo eufórica.

—¡Qué bien, mi vida! —dice ella.

Es impresionante cómo noto en su voz todas las emociones. Como si le viera la cara. Puedo percibir hasta sus movimientos. Su voz es como el sonido de una ola llegando a la orilla. Como un refugio en la tempestad. Compañía en solitario. Un bote para un náufrago. Un camino para quien no lo encuentra. Su voz es un hilo de

música cuando el silencio me perturba. Un abrazo reconfortante. De pronto llega la calma.

16
«KINKI»

Escribo este capítulo en el interior de un avión, donde he pasado gran parte de mi infancia. En el aeropuerto de Asturias me conocen y siempre me hacen las cosas fáciles. Me gusta observar las reacciones de las azafatas cuando llego a hacer el *checking*: unas veces muestran alegría, les brillan los ojos y me observan fijamente, intentando capturar cualquier cambio que haya en mí. Otras veces están cansadas y en sus miradas percibo que han notado alguna diferencia. Ellas han visto todos mis cambios físicos, desde que nací hasta ahora, y cuando me doy la vuelta y me dirijo hacia el control, intento imaginarme qué es lo que habrán pensado al verme: «ha mejorado», «está desmejorada», «ha engordado», «está más delgada»…

Hoy me he acordado de lo mucho que me costaba volar sola de pequeña. Un azafato se encargaba de mí para embarcar y otro me recogía al aterrizar para entregarme a quien fuera que me estuviera esperando. Mi mayor miedo era que no hubiese nadie al otro lado de las puertas automáticas de llegadas y, normalmente, me pasaba el vuelo llorando.

Cuando llegué a la agencia para firmar el contrato, noté en las miradas de quienes trabajaban allí las mismas dudas de las azafatas del aeropuerto de Asturias, pero ahora sin compasión. Eran miradas frías, insolentes, pedantes. No sé si porque yo estaba muy perdida y me sentía insegura y frágil. Me transmitieron que me estaban haciendo un favor, y esa sensación se me contagió.

Lo único que quería era empezar a trabajar, nada me importaba más. En aquel momento el trabajo era en mi única salvación.

Recuerdo que John me acompañó a la agencia y que me grabó mientras firmaba el contrato. Era un gran logro. Cuando salimos de allí, nos pusimos a corretear por la calle, como niños pequeños cuando llega el viernes y salen aliviados del colegio. Recuerdo que me dijeron: «Léelo antes de firmar», a lo que inocentemente contesté:

—Me fío de vosotros.

A los pocos días recibí un mensaje de Frank:

—Tienes que venir a hacerte POLAS.

—Sí, claro —respondí emocionada.

Me citaron para dos días después. Cuando llegué a la agencia me llevé una gran sorpresa cuando escuché una voz —no sabía bien de dónde venía— que dijo:

—He soñado contigo, tenías el pelo corto…

Busqué con la mirada entre todos los agentes que había sentados a la mesa y me di cuenta de que la voz era la de Frank. Le tapaba la pantalla enorme de su ordenador, aunque lentamente se iba asomando mientras me contaba su sueño. Yo notaba los ojos de todos los demás clavados en mí, como si dijeran: «A ver qué hacemos con esta»…

Guardé silencio, aunque mentalmente decía: «Ya podías haber tenido otro sueño». Entonces volví a escuchar su voz:

—¡Ven!

Me acerqué a la pantalla de su ordenador y observé la imagen que su inconsciente le había traído esa noche. Más que un sueño me pareció una pesadilla.

—Hay que hacerte esto —me dijo—. Un perfil más kinki, más macarra, como eres tú.

—Me gusta —contesté, sin pensar demasiado en los adjetivos que Frank acababa de soltar para describirme, así porque sí.

Imprimió dos fotos. La primera era de la modelo Edie Campbell, que protagoniza la campaña de Black Opium, de Yves Saint Laurent, el perfume favorito de una de mis mejores amigas. La otra no la recuerdo bien, pero era otra modelo que llevaba el mismo corte de pelo sin flequillo.

Frank retuvo la foto entre las manos y me miró como diciéndome «más vale que me hagas caso», y me la pasó

impresa para que se la entregara al peluquero que solían contratar. En ese momento entendí que estaba en sus manos, como de pequeña lo estaba en las del azafato que solía recogerme cuando el avión aterrizaba en Madrid. Sin ningún tipo de emoción, me entregarían a quien estuviese esperándome.

Con tal de trabajar, habría dejado que me raparan, y seguro que me hubiera quedado mejor que el destrozo que me hicieron. Me dejaron el pelo como el protagonista de *Goku*. El peluquero no acertó y mi melena por encima del hombro estaba llena de trasquilones. Cuando llegué a casa me pasé tres horas delante del espejo intentando encontrarle algún sentido a aquel corte de pelo. Me habían cobrado noventa euros, que me quitarían de mis próximos trabajos, a cambio de destrozarme la cabeza y la poca autoestima que me quedaba.

Mientras me tocaba el pelo frente al espejo, intenté consolarme pensando que me crece muy rápido y que, tal y como me había dicho Frank, ganaría dinero.

No me atreví a mandarle una foto a mi abuela, que ya sufrió lo suficiente cuando mi madre dejó que me hiciera el *mullet* al estilo Bebe —yo solo tenía ocho años— y dos rastas de colores a cada lado.

A los pocos días, mi madre vino a Madrid para acompañarme a un evento. Nada más verme, y antes de darme un abrazo, me dijo:

—Pero ¿qué te han hecho estos hijos de…?

Yo pensaba lo mismo, pero no quise decirlo. Tengo la creencia de que los pensamientos se cumplen si se dicen en voz alta, así que preferí callarme. Además, no me valía de nada maldecir a los que creía que me estaban salvando.

Aquella noche me puse un *look* acorde con el pelo: una camiseta de Guess enseñando el ombligo, botines de tacón y una especie de pantalón de chándal negro con rayas rojas a los lados. Cuánto más kinki, más trabajaría, ¿no?

Cuando llegamos a la sala de maquillaje del evento, vi cómo el maquillador se quedaba catatónico mientras me tocaba el pelo y me miraba a través del espejo. Mi madre

nos observaba y sabía perfectamente lo que estaba pensando. Al final él me preguntó:

—¿Por qué te han hecho esto?

—Así trabajaré más —contesté sin creerlo del todo.

—Lo dudo —dijo él, mientras mi madre le daba la razón con la mirada.

—Arréglale este desastre —le pidió ella.

Empezó a tocarme el pelo, pero lo tenía bastante difícil. Me cortó una melena recta, por la barbilla, y me pintó los labios de rojo. Mi madre me hizo unas cuantas fotos y, mientras yo me acostumbraba al cambio, los dos dijeron a la vez:

—Así está mucho mejor.

Me sentí como un bicho de laboratorio.

Me pasé la noche bebiendo tequila y bailando al ritmo de la música electrónica, rodeada de gente que no conocía, aunque ellos parecían conocerme de toda la vida. La mayoría eran ricachones, vestidos de traje, y casi todos parecían estar a favor de mi corte de pelo. Sin embargo, yo había tenido que emborracharme para hacerme a la idea y desinhibirme.

Al día siguiente me desperté con la boca pastosa; sabía a mil licores distintos. Me habían invitado a un montón de chupitos la noche anterior y ni siquiera sabía si estaba en mi cama. Recibí un mensaje de Frank que me alarmó bastante.

—Te he llamado mil veces. El lunes te quiero ver en la agencia a primera hora.

Me acurruqué en la cama con miedo. En mi cabeza comenzaron a aparecer mil escenarios distintos y muy tétricos. Un oscuro telón escondió todo lo positivo que me rodeaba y la presión en el pecho, que había vuelto de golpe, no me dejaba respirar. Cerré los ojos y deseé que el fin de semana pasara lo más rápido posible. Me entraron unas ganas terribles de escapar y desaparecer. El lunes siguiente me esperaban en la oficina. ¿Me despedirían? ¿Con tan mal pie había entrado? ¿Cuál era el problema? ¿Había hecho algo que les había molestado?

El lunes me desperté aterrada, como si fuera una fugitiva y me fuera a entregar a la policía. Desde aquel día, cada vez que subía las escaleras de la agencia, me sentía angustiada.

—¿Se puede saber por qué te has hecho eso en el pelo sin mi consentimiento? —me preguntó Frank cuando entré en su despacho.

—Mi madre y el maquillad…

—Me dan igual tu madre y el maquillador. Aquí mando yo, estamos a tiempo de anular el contrato, si no quieres… —me interrumpió en un tono amenazante mucho más alto que el mío.

—No, no… —contesté yo, muy asustada—. Lo siento.

Días después, Diego, el poli bueno, reconoció que el pelo estaba mejor así. Pero yo ni siquiera caí en lo importante, que no era mi pelo, sino que ahora estaba bajo el control absoluto de ellos y que mi cuerpo ya no me pertenecía. ¿Había pasado de ser una persona a un objeto en venta?

17

VOLANDO EN EL TIEMPO

Durante todo este tiempo, tan solo había ido a Asturias en una ocasión para pasar unos días con mi familia. Llevaba más de un mes en Madrid y aún no había trabajado de verdad. Me había hecho varios test fotográficos para el *book*, que es como el currículum de las modelos. Los agentes se lo envían a las marcas para que vean cómo damos en cámara. Recuerdo que, estando en Gijón, me llamaron para un *casting* de Sybilla, una marca de una diseñadora española que estaba triunfando en China y en Japón. Me compré el billete de Alsa para volver a Madrid —mi presupuesto era muy ajustado— y recuerdo que dormí unas cuantas horas durante el viaje. Llegué de madrugada y me vestí de negro, que es como, por lo general, quieren que vayamos a los *castings:* pitillo negro, *top* negro, tacones negros… Algo sencillo.

Éramos tres chicas: una rubia con ojos claros, bastante más alta que yo, con las facciones muy marcadas y una piel como de porcelana, y otra morena con el pelo corto, con unos ojos muy claros que te atravesaban, aspecto gótico y muchísima personalidad. Esta llevaba un *short* de cuero, unas botas rompedoras y también era bastante más alta que yo.

Yo me santigüé para ver florecer mi carrera. Esperaba que esta fuera mi oportunidad para demostrar que mi corte de pelo y mis cambios habían dado resultado. Cuando vi a las otras dos chicas, pensé que no tenía nada que hacer. El juicio a nuestro físico es feroz y no es fácil asimilar que, si no te cogen en un *casting*, el problema no es tuyo. Sencillamente, no encajas.

Pasé la última, convencida de que ya habrían elegido a

alguna de las otras dos chicas. Recuerdo que llevaba un jersey de cuello alto para disimular los kilos de más que me habían asignado. Pasé a una especie de probador y me hicieron un par de fotos con el móvil, de frente, de perfil… Cuando acabé, me fui a casa pensando que mi vuelta a Madrid no había tenido sentido. Sin embargo, al día siguiente mi *booker* me llamó para decirme que estaba confirmada para el catálogo de Sybilla.

Después de tanto tiempo, por primera vez sentí que podía, que era válida. Los ojos de otros me lo habían dicho, y eso era lo importante.

Durante el día que pasé haciendo aquel catálogo, conocí a un equipo maravilloso. Había quien me prefería con el pelo largo, pero, al parecer, eso no importó para poder trabajar para la firma. Fue una jornada muy larga en la que desarrollé una gran admiración por la diseñadora, que llegó bastante tarde. Con una simple mirada, el resto sabía lo que ella quería. Siempre había admirado a las mujeres con poder, aunque yo me sintiera por debajo de ellas; supongo que yo no era consciente del mío… Casi diez horas después de llegar al estudio, en una nave a las afueras de Madrid, recuerdo que estábamos todos agotados. La diseñadora me dijo que tenía «cara de muñeca». Quise agradarla y seguí posando como sabía que a ella le gustaría, imitando ser una muñeca.

Las cosas empezaron a mejorar. El dinero dejó de ser un problema, porque trabajaba casi todas las semanas. Mientras, la prensa rosa seguía buscándome pareja, y decidieron que esta vez sería un torero con el que me había sacado un simple *selfie* que puso en alerta a todos los periodistas. «¿La historia se repite?».

Hice editoriales para revistas de moda y campañas para marcas con las que jamás me imaginé trabajando. Me veía en autobuses, en marquesinas, en los escaparates… Mi sueño se estaba cumpliendo. Había conseguido un cliente habitual en París, la ciudad de la moda, y me pagaban dos mil euros por día, tres días a la semana. Mi vida social era cada vez más extensa y poco a poco me iba sintiendo más

aprobada.

Seguía las duras indicaciones de la agencia, que era insaciable. Yo tenía que cumplirlas porque a su manera había funcionado, y ser yo misma no les daba resultados. El personaje que me habían construido tenía efectos en mi cuenta del banco: podía pagar el alquiler sin ahogarme, comprar ropa, salir de fiesta, ir en Uber, cambiar de piso…

Pero, al mismo tiempo, me convertí en su robot, un robot que solo pensaba en trabajar, un robot hecho a medida. Un robot con diecinueve años que de pronto dejó de experimentar emociones. Todo era acción-reacción y pensaba que las emociones que había sentido hasta entonces eran solo cosa de mi vergonzante pasado. Me ceñí a la meta, pasara lo que pasara, me trataran como me trataran y me dijeran lo que me dijeran. Los resultados me hicieron pensar que todo era por mi bien y no por el cuarenta por ciento que la agencia se llevaba con cada trabajo que hacía. Yo los aceptaba sin pensar en si me convenían o no. Mi trabajo era mi vía de escape, la única manera de que mi cabeza frenara. Hacía la maleta, cogía un vuelo, llegaba a donde fuera y me ponía a trabajar. Solo así dejaba de pensar. A día de hoy, el lugar en el que más feliz me siento sigue siendo un estudio fotográfico.

Es cierto que, en ocasiones, te sientes un objeto al que visten y desvisten sin importar nada más que el resultado que se ve en el objetivo de la cámara, detrás del cual, por lo general, solo hay hombres. Mi físico pasó a ser mi mayor preocupación, aunque en realidad creo que fue esto lo que me hicieron creer. Tenía que buscar la perfección, aunque fuera inalcanzable.

Sentir era malo y solo me traía tristeza. Encontrarme conmigo misma era un suplicio y recurría a lo que fuera para olvidarlo todo: más trabajo, cannabis, eventos, música a todas horas con los cascos a tope… Mi vacío interior cada vez me pedía más para que el robot siguiera funcionado y no escuchara la llamada de auxilio que gritaba en mi interior. Asumí las órdenes de los demás como un alivio.

Mi vida me había dado a entender que llorar estaba mal,

por lo que me sentía fatal cuando llegaba la frustración o el dolor. Incluso me enfadaba conmigo misma porque, al fin y al cabo, era una afortunada y había conseguido todo con lo que cualquier niña soñaría. Ganaba en un día lo que cualquiera de mis amigas conseguía en un mes, tenía una vida social rica y me sentía reconocida. Tenía acceso a una burbuja que pocos conocían: ropa cara gratis, reconocimiento… Tenía que ser dura y no mostrar nunca ni un poquito de inseguridad.

Muchas veces pensamos que somos lo que nos dicen que somos y solemos quedarnos donde han decidido encasillarnos. Hice muchas amistades en las que lo que predominaba era el interés, aunque de alguna manera todo aquello me hizo sentir más deseable. La verdad es que pensaba que cuando me conocieran a fondo saldrían corriendo.

Los hombres con los que me relacionaba me miraban como si yo representara el éxito, como si fuera un premio, y no como la persona que realmente era en mi intimidad. Les gustaba el personaje. Me creía menos inocente de lo que verdaderamente era.

* * *

CALLADITA ESTÁS MÁS GUAPA

En la carrera de modelo hay temporadas en las que, con suerte, trabajas muchísimo y otras en las que el miedo y la inseguridad aparecen con fuerza porque apenas tienes trabajo. Aunque esto me haya enseñado a ahorrar, también me ha generado muchísima incertidumbre. Incluso puede verse dañada la autoestima y, mientras esperas a que te llamen, empiezas a buscar fallos en ti sin saber qué hacer.

En una ocasión me fui a Barcelona a visitar a mis amigos Pol, Helena, Roger y Lluís. Aproveché y tuve una reunión con Jorge, el jefe de la agencia de allí, para ver si podía haber algo de trabajo para mí. Frank me había citado unos días antes en Madrid y, cuando le conté mi preocupación, me enseñó un papel con todos mis ingresos, que, al parecer, se los debía exclusivamente a ellos. Y no a

todos los vuelos que había hecho ni a las miles de horas que había pasado delante de las cámaras. De paso, aprovechó para llamarme «hortera» por haber ido al evento de *Arde Madrid*, dirigido por Paco León, en el que todo el mundo tenía que ir disfrazado y yo decidí ir con una americana morada y unas botas blancas. Unos días después decidieron contratar a un estilista, al que tendría que pasarle fotos todos los días antes de salir a la calle.

También me dijo que era una mentirosa. Me reprochó que nunca fuera a la agencia y que siempre pusiera excusas. Y eso sí lo debo reconocer, porque tenía que prepararme psicológicamente para poder ir, comiendo tres días lo mínimo posible, y aun así encontraban cualquier fallo, como mi acné o mi cuerpo. Y no soportaba acabar entre broncas.

Yo pensaba que Jorge no sería tan duro, pero me equivoqué. Llegó como veinte minutos tarde y, sin mirarme siquiera, dijo:

—Llevo una buena fumada y tengo la boca seca. Un segundo…

Abrió un armario que estaba repleto de botellas de alcohol y vació media botella de vodka en un vaso ancho de tubo. Se lo bebió en dos tragos.

Se sentó y me dijo:

—A ver, qué te pasa…

—Estoy preocupada —comencé—, porque hace dos semanas que no me…

No me dejó seguir:

—A ti lo que te pasa es que lo has tenido todo muy fácil en la vida. Pero fíjate en mí… Yo era frutero y vengo de una familia pobre, y ahora tengo la mejor agencia de España.

Sentí un nudo enorme en la garganta que apenas me dejó responderle y, con mucho miedo, le dije a una persona que por su edad podría haber sido mi padre, y con una voz demasiado fuerte, que carecía de tacto:

—Pues mi ex era camello y me pegaba, y hasta hace muy poco yo ponía copas y no tenía pasta, creo que no…

—¡Anda! No lo sabía —dijo—. Pero, tranquila, que si una cajera fea, como X., puede ser modelo, tú también puedes. Y estás haciendo mucho dinero.

Yo no sabía quién era X., pero daba igual. Yo había buscado esa reunión para hablarle de cómo Frank trataba a las modelos, confiando en que empatizaría con nosotras y, quizás, pudiera hacer algo.

—A ver, Lucía, lo que a ti te pasa es que eres muy revolucionaria, muy de barrio, como yo, y las marcas son de derechas algunas y otras de izquierdas… Pero tienes que aparentar lujo, ser inalcanzable, vestirte bien, comprarte bolsos caros. Y mejor no hables mucho. Tienes que aparentar felicidad y lujo, y nunca estar enfadada. No puedes ser transparente, eso a la gente no le gusta.

—Ya… Puede ser.

Quizás siempre consideré que el problema era yo y no vi a tiempo que me estaba convirtiendo en un producto. Cambiaron mi pelo, con mi cuerpo estaban en ello, y ahora también decidían cambiar mi forma de ser, y eso había dado resultado. Quizás ahora también lo daría. Ahora era mejor no ser «kinki».

Salí de allí cabizbaja. Fuera me esperaba Helena. Cogimos un taxi y se me cayeron dos lágrimas mientras miraba por la ventana. Eran lágrimas de impotencia: tenía que volver cambiar por completo.

18

BRAZOS COMO ALFILERES

Tenía diecinueve años cuando, el 13 de septiembre de 2018, me fui un mes a París. Recuerdo bien la fecha porque la prensa me despidió con el siguiente titular:

> EN PRIMICIA: Las imágenes de la triste y solitaria despedida de Lucía Rivera Romero.

El día anterior, Frank me llamó para que fuera a la agencia. Subí al tercer piso a pie. Me sentía muy nerviosa, pero a la vez estaba emocionada. Antes de llamar a la puerta, me coloqué el pelo, me subí los pantalones y me di un par de pellizcos —suaves— en la cara para despertarla, a ver si esta vez no encontraban ningún fallo… Quería irme a París motivada. Me había puesto unos pitillos efecto cuero y pude observar la cara de Frank analizándome de arriba abajo y atravesándome. Casi nunca hacía comentarios positivos de nosotras; al contrario, sus frases eran siempre destructivas, aunque, como él mismo decía, «sin mala intención».

Como siempre, me buscaba por encima de la pantalla de su ordenador y, después de unos segundos, me dijo:

—Para París tienes que estar anoréxica.

Bajé la mirada a mi barriga, analizándola, y pensando «lo dirá por esto».

Diego, que estaba también en la sala, volvió a hacer de «poli bueno» e intentó suavizar el comentario.

—No tienes que estarlo, tienes que parecerlo —dijo.

—Sí, no os preocupéis. Estoy a base de ensaladas de espinacas —dije para contentarles.

—La espinaca hincha —dijo Frank.

Esa fue la razón de que nada más llegar a París me comprase unos *jeans* que me quedaban algo grandes, pero que me hacían mucho más delgada. El comentario de Frank también me hizo estar en ayunas durante varios días. Iba caminando a los *castings* para sudar lo máximo posible. Me sentía insegura, pequeña delante de todas esas chicas altísimas y despampanantes, todas con ojos gigantes y los brazos como alfileres. Fue a raíz del comentario de Frank cuando la comida pasó a ser un complemento de uso no muy cotidiano en mi día a día, reemplazable por café o tabaco. Mi relación con ella cambió por completo. Apenas comía y, cuando ya no podía soportar el hambre, engullía comida basura o arrasaba con la nevera. Después, me ponía una faja y hacía deporte horas, con culpabilidad, para quemarlo. Cada vez que masticaba algo, sentía cómo mi cuerpo aumentaba de peso.

Conocí a Alejandra, que llegó pidiendo auxilio, arrastrando una maleta gigante y la frente sudada por los escalones que subían hasta el piso de modelos, y una voz peculiar que llenaba el eco del apartamento. Nos hicimos cómplices y nos mirábamos la una a la otra, en el espejo de mi habitación. Caminábamos en lencería y en tacones por casa, ensayando y metiendo mucha tripa. Nos obligábamos a comer lo mínimo y nos retroalimentábamos buscando los defectos que Frank nos había dicho y la forma de arreglarlo. Íbamos juntas en el metro de camino a los *castings* y el rechazo nos sabía mejor; en cambio celebrábamos abrazándonos y gritando fuerte por la calle si nos seleccionaban a una de las dos. París me hizo feliz. Llegué presa de mi cuerpo, pero me sentí una más entre miles. Ahí podría demostrarlo sin miedo.

Yo pensaba que la decisión la había tomado yo, y que no comer era el precio que tenía que pagar. En ningún momento se me pasó por la cabeza que los comentarios de Frank y Diego fueran los responsables, e incluso creía que me lo habían dicho por mi bien, pensaba que querían ayudarme. Entonces pesaba cincuenta y dos kilos, y a día de hoy, cuanto menos peso mejor me siento. De adolescente

hacía lo posible por tener más curvas; ahora me peleo por no tener ninguna.

Comencé a exigirme una delgadez extrema, inalcanzable.

Ellos nos crean y ellos mismos nos destruyen.

19
CUANDO TE CONOCÍ

Desde que tenía catorce años, mi abuela siempre me decía: «Me encanta este chico que he visto en la tele, tú acabas con él»… Yo pensaba: «Qué va, qué ilusa», y respondía:

—No seas pesada, *güelita*.

Sé que a ella le dolía pensar en la relación que yo tenía en aquel momento, y con razón, y eso que ni siquiera sabía ni la mitad de lo que pasaba. En mi mente no existía la posibilidad de estar con otro hombre: los abusos psicológicos y físicos me habían hecho un gran efecto. A mí lo que me atravesaba era que ella llegara a pensar en verme con otro hombre.

Cuando llegué a Madrid, poco a poco fui despegándome de esas ideas. «Disfruté» del sexo y empecé a conocer a otros hombres. Pocos me trataron bien; para la mayoría yo solo era una modelo más, joven, guapa y famosilla. Algunos me usaron como lanzadera para salir en los medios, como una especie de trofeo; ni mi mente ni mi cuerpo se imaginaban un futuro con ninguno de ellos. Solo existía mi trabajo. Había decidido vivir con una sensación de desapego constante tras mi última relación. Me convertí en una piedra y dejé de llorar incluso cuando más ganas tenía. Me frustraba ver relaciones idílicas en las redes, y en el fondo me creaban una necesidad. A todas las mujeres nos han hecho sentir incompletas e insatisfechas, incluso menos exitosas, si no tenemos una relación y no pertenecemos a un hombre… Al menos eso es lo que la vida me ha ido mostrando a lo largo de los años. Actualmente me estoy alejando de esos sentimientos gracias a mi propia «deconstrucción», pero lo veo en todas las mujeres que hay a mi alrededor. A casi todas nos han hecho soñar con un

príncipe que llegará en su caballo a salvarnos.

Los sentimientos no tenían sitio en mi interior, escapaba de ellos continuamente, y sin darme cuenta. Incluso pensaba que todo lo ocurrido en mi vida estaba completamente superado. No admiraba a ningún hombre. Ninguno me parecía apuesto ni desarrollaba ningún tipo de magnetismo. A mi cuerpo no le apetecía sentir. En realidad, creo que mi cuerpo se había prohibido sentir sin pedirme permiso, seguramente para protegerme. Ya me habían destruido en mil pedazos, y mi cuerpo tan solo tenía que encargarse de borrarlo todo lo antes posible y disfrutar de lo afortunada que me sentía y de todos los nuevos estímulos que llegaban. Mi cuerpo decidió meter toda la información anterior en mi subconsciente. La sabia naturaleza.

Un día estaba en mi apartamento —era muy luminoso —, sentada en mi *chaise longue* —que no era no muy cómodo— y decidí mirar el perfil de aquel chico que mi abuela aseguraba que sería mi futuro marido. Mi abuela es una mujer muy intuitiva y todas sus profecías se cumplen. Empecé a verlo atractivo, a admirarlo —algo muy raro en mí en aquella época— así que decidí escribirle una broma, que en realidad es una frase de una canción de Shakira. Después lo olvidé por completo. Mi ritmo de vida es frenético y mi trabajo también.

Años después, yo hablaba con mi abuela por teléfono —con el manos libres—, cuando recibí un mensaje que hizo que el móvil se me cayera al suelo y que mi abuela pensara que se había producido una explosión en mi casa. Era él. La profecía de mi abuela se había cumplido. Me hacía una broma por Instagram, sin ver mi broma anterior. Pensé que era mi destino.

Unos meses después, iba en el tren de camino a Barcelona y me emocionó la idea de conocer al «hombre perfecto» para mi familia. Yo me hospedaba en el hotel Rey Juan Carlos a cambio de *posts* y *stories*. Era un hotel demasiado caro para una niña de veinte años recién cumplidos. Las habitaciones tenían el tamaño de cualquiera de los apartamentos en los que había vivido y unos

ventanales enormes con unas bonitas vistas de Barcelona. Los edificios se veían minúsculos y me invitaban a pensar en lo diminuto que se ve todo desde las alturas, y lo grande que se ve todo desde abajo. Había un gran salón y mis amigos solían ir a verme. Allí pasé largas horas charlando con mi amiga Helena, divagando sobre la vida.

Casi siempre me daban una habitación en la planta catorce, al lado de la de algún jeque o de empresarios adinerados. En el desayuno me daba cuenta de que probablemente yo era la mujer más joven —y con menos dinero— que se hospedaba en el hotel, aunque también sabía que, para la edad que tenía, era afortunada. De alguna manera, esos desayunos me hacían sentir que tenía cierto control.

Helena se pasó por el hotel una hora antes de la cena. Habíamos organizado una cita de cuatro, por si todo salía mal. Cuando se acercaba la hora, empecé a sentir cosas extrañas en mi cuerpo: nervios, temblores, el estómago cerrado como un puño… Me maquillé, me puse un vaquero negro, botines militares y un *top* de leopardo. He de confesar que me probé veinte distintos y ninguno estaba al nivel de lo especial que me parecía esa cita. Haría feliz a mis abuelos y, si lo que ellos decían se cumplía, estaba a punto de conocer al hombre con el que me despertaría todos los días de mi vida. Tenía que impresionarle.

Helena y yo bajamos nerviosas. Yo le decía que no quería, que mejor no… Me entró pánico. El miedo a no ser suficiente volvía a visitarme.

Helena me cogió de la mano y me dijo:

—Bah, tía, no seas pesada, vamos…

Bajamos las catorce plantas histéricas, mirando en el ascensor cómo la luz parpadeaba e iba cambiando de planta; cada vez quedaba menos… Yo no paraba de dar vueltas sobre mí misma y de repetirme: «Tranquila, Lucía, tranquila».

Y allí estaba él, esperándome en un coche negro junto a su amigo Rubén.

Lo primero que me llamó la atención del supuesto

hombre de mis sueños fue su nariz afilada, grande para su altura. Le daba muchísima personalidad. Le saludé temblando y noté que también él estaba nervioso, lo que me provocó cierta ternura. Por lo general, era yo la que llegaba nerviosa a las citas. Ellos eran fríos, galantes, dignos, pero yo siempre me sentía muy pequeña.

La cena se nos pasó volando. Había un *show* de mujeres medio desnudas tirándose pintura por el cuerpo y la música estaba demasiado alta. Mis ganas me prohibieron darme cuenta de que no había escogido el mejor restaurante para una primera cita. Mis ganas hicieron que todo —incluida la comida— dejara de tener importancia. Ni el olor del solomillo con *foie*, uno de mis platos favoritos, pudo frenar mi nerviosismo y abrirme el estómago.

Hablamos de la vida, y realmente sentí que todo lo demás se paraba o, al menos, se ralentizaba. Solo bebí para calmar mis nervios. Hablamos de nuestras últimas relaciones, y yo, con total frialdad y desapego, le conté con pelos y señales los abusos que había sufrido. Él se quedó pálido, así que seguimos hablando de cosas banales. Yo le miraba fijamente a los ojos, observándole, y pensé que mi abuela tenía razón. Era él.

La gente se acercaba a pedirle fotos y yo me escondía debajo de la mesa. Ni él ni su amigo entendían nada. Helena, con gracia, dijo:

—*¡Paparazzi, paparazzi!*

Su amigo Rubén nos miró, ingenuo, y contestó riéndose de las dos:

—Qué dices, no sois tan importantes.

Helena había vivido conmigo alguna de las persecuciones de *paparazzi* que tuve que soportar en Ibiza, corriendo en el coche para que no nos alcanzaran, o en la playa de la Barceloneta, donde vimos cómo un señor me hacía fotos mientras Helena y yo, bastante resacosas, tomábamos tranquilamente el sol.

—Me están haciendo fotos —le dije a Helena.

—Qué dices, tía… —replicó ella—. No es más que un *guiri*, aquí vienen muchos.

Una semana después, mientras paseábamos por el Paseo de Gracia, nos paramos en uno de sus icónicos quioscos; me había parecido ver mi culo en la portada de *Cuore*. Supe que era yo por el bikini rosa de estrellas y no por el volumen. De hecho, pensé: «Tienes un buen culo, Lucía».

Helena me dijo que no, que esa no era yo, que estaba obsesionada.

—Que sí, tía, que ese es mi culo…

Abrí la revista y me habían dedicado varias páginas para hablar de mi «descuido del verano». Me comparaban con Amaia y salían varias fotos, casi todas de mi entrepierna muy ampliada, en la que había un matojo de pelos añadido con Photoshop.

Todos mis amigos empezaron a enviarme las fotos compulsivamente y durante los días siguientes dudé en salir de casa. Me sentía avergonzada. ¿De verdad mi entrepierna era importante para el país?

Pero, volviendo a mi primera cita con Dani, lo último que quería es que el cuento de hadas acabara por la llegada de los *paparazzi*, así que decidí esperar a que me conociera antes de decirle la razón por la que era «importante» para los medios.

Durante el camino de vuelta al hotel, yo miraba por la ventana deseando volver a parar el tiempo. Me preguntaba qué podía hacer para que no se fuera. Iba de copiloto, pero estiró el brazo hacia el asiento de atrás y buscó mi mano.

—Te sudan las manos. ¿Sigues nerviosa? —me preguntó.

Os aseguro que jamás me han sudado las manos… Ahora sé que mi cuerpo me estaba enviando señales, que me estaba avisando.

Ya en la puerta del hotel, nos dimos un beso más de quinceañeros que de película, y se fue.

Pensé que no volvería a saber nada de él y una idea comenzó a brotar compulsivamente en mi cabeza: «Eres un problema. No le compliques la vida. Eres un problema. ¿Por qué va a querer complicarse la vida?»…

A la mañana siguiente recibí un mensaje que decía algo así como «he disfrutado mucho, nos vemos pronto». Me

sentía terriblemente pequeña y, a la vez, inmensamente poderosa: iba a poder impresionar a mi familia.

Días después me fui a Asturias a celebrar la Navidad. Durante la cena de Nochebuena, de pronto, se me quitó el hambre y empecé a sentir pinchazos en el estómago, temblores y mareos. La idea de «eres un problema» se me había fijado en modo *repeat*. Me sentía ilusionada, pero mi cuerpo adelgazaba por días. Tenía unas pesadillas horribles y me despertaba completamente sudada y llena de lágrimas. El pelo se me empezó a caer y el acné cada vez iba a más.

Ni mi cuerpo ni mi mente querían volver a sentir. No quería enamorarme, porque enamorarme no había sido bueno, y me habían convencido de que yo era el problema.

Seguimos mensajeándonos y mis ilusiones crecían a la vez que mis miedos. A mis amigas, muy emocionada y «con cara de lela», según ellas, les decía:

—Es él, os aseguro que es él…

Dani y yo seguimos viéndonos. Cuando estábamos juntos me sentía en una nube. Cuando se iba no paraba de llorar sin entender el motivo. Era un amor intenso, fogoso, como el de los cuentos, de esos en los que sientes que tienes mariposas en el estómago y el amor en vena. Ni yo misma entendía qué le pasaba a mi cuerpo. Miré para otra parte y disfruté, pero los recuerdos me ahogaban. Me sentía irritada conmigo misma y frustrada. Muchas veces el cuerpo y la mente van por un camino, y tú vas por otro.

Al tercer mes de conocerle, a la salida de un restaurante, noté un *flash* y empecé a correr. Sé bien cuándo alguien está escondido detrás de un objetivo y me acecha. Noto un hormigueo por la espalda que me dice: «¡Alerta!». Dani no entendió mi reacción, aunque unos días después también él se dio cuenta de que no eran exageraciones mías. Una foto de los dos aparecía en la portada de una revista. Esa foto fue la culpable, esa foto. Fue esa foto la que creó expectativas sobre una relación que ni siquiera había empezado. Aquella imagen se convirtió en mi peor enemiga. Los medios, por fin, habían conseguido «sacar»

una relación sentimental verdadera. Seguramente para ellos era algo muy apetitoso… Y decidieron iniciar la persecución y el acecho constante. Mis logros dejaron de ser míos, y convirtieron mi mayor éxito en él. Había pasado a ser de su propiedad. Me pintaron de cazafortunas.

Un día llamé a mi amiga Diana porque tenía que ir a la farmacia y no me atrevía a salir sola a la calle. De pronto notamos que una moto nos perseguía y, corriendo, nos cambiamos de acera. El *paparazzi* decidió que importaba más una foto mía que su propia vida o un accidente de tráfico, así que se metió en dirección prohibida. Me seguían en el metro. El acoso era constante. Durante varios meses pude ver un coche gris apostado en la esquina de mi calle para seguirme en cuanto saliera de casa. Un hombre me perseguía de noche con un traje de cuero.

«No sonríes nunca», «Qué sosa es», «Aprovechada», «Sonríe un poco, hija», «Estás amargada»… Frases como estas llenaban mi Instagram, e incluso «Te voy a romper las piernas». Se crearon millones de cuentas con mi nombre que se alimentaban de avasallarme.

La relación con Dani siguió adelante, pero en la cuerda floja. Parecía que todo era idílico y, a la vez, por dentro, yo me estaba consumiendo. Y ni siquiera sabía por qué. Tan solo era capaz de llegar a una conclusión: «Te estas volviendo loca».

Todo me afectaba demasiado. Dejé de tomar los anticonceptivos porque pensé que podrían ser los culpables. Dejé el cannabis de golpe. Comencé a obsesionarme con mi vacío y con mi irritabilidad. Necesitaba encontrar una razón. Tomaba triptófano pensando que me ayudaría. Mejoraba una semana y empeoraba dos. El pelo se me seguía cayendo, hasta el punto de obsesionarme con la idea de quedarme calva. Una noche, a las cinco, sin poder dormir, cogí un taxi solo para ir a una farmacia a pedir algo para la calvicie.

Estaba terriblemente enamorada, pero ¿por qué mi cuerpo reaccionaba de esta manera?

En uno de mis viajes por trabajo, y después de una

semana de desfiles, le conté a mi amiga Sophie lo que me ocurría. Llevábamos un rato hablando de situaciones traumáticas y de psicólogos cuando ella me dijo:

—No puedes seguir así. Deberías conocer a Victoria.

Gracias a Sophie perdí el miedo a las terapias, me abrió la puerta a mi mundo interior y me hizo ver que había llegado el momento de empezar a curar heridas. Yo sentía pánico de mirarlas y las había enterrado junto a mi pasado.

Cuando entré en la consulta de Victoria, me senté en un sofá y, sin llegar a articular palabra, comencé a llorar como una Magdalena. Descubrí que llevaba mucho tiempo experimentando estrés postraumático.

Cuando tu cuerpo se siente en peligro, cuando ha sufrido y tú sigues y sigues en piloto automático, el cuerpo se convierte en el guardián de tu memoria. Por mucho que yo apartara la mirada y pudiera más el amor, mi cuerpo me avisaba. Mi cuerpo, mi mente y yo misma habíamos vivido en una alerta constante, y el miedo pretendía apoderarse de nosotros. Mi cuerpo temía que volviera a pasar lo mismo, y tenía la sensación de estar viviéndolo de nuevo. Mi cuerpo se resistía y, al hacerlo, me hacía sufrir el doble.

Ante los ojos de todos yo debía ser feliz y vivía una relación idílica. El disimulo era constante, obligatorio, todos me perseguían y me obligaban a sonreír, mientras nadie, ni yo misma, sabía lo que había dentro.

20
¿ME PERDONAS?

Estoy en la fila del *backstage* del desfile de Óscar León. Puede que haya diez modelos delante de mí para salir a la pasarela. Normalmente, antes de desfilar intento hablar lo mínimo, hago movimientos con los hombros hacia atrás, muevo mucho todas las partes de mi cara para salir lo más relajada posible, estiro el cuello, juego con las muñecas, me restallo los dedos…

Esta vez hablo con uno de los videógrafos que nos pilla desprevenidas corriendo para ir a cambiarnos y volver a salir, emocionadas, cansadas y llenas de diversos potingues en la cara.

Óscar siempre nos maquilla de negro, algo que me llama mucho la atención. Se encarga expresamente de que todas llevemos un maquillaje incluso un poco tétrico, lágrimas negras cayendo de nuestros ojos… El negro suele ser el protagonista de sus desfiles.

Joan, el videógrafo, me observa fijamente y me dice:

—Cómo te pareces a tu madre.

Mi madre para mí es una de las mujeres más bellas que conozco; de hecho, a medida que he ido creciendo, he podido observar en ella el gran peso que puede tener la belleza en una mujer.

—Siempre me dicen lo mismo porque nadie conoce a mi padre biológico, pero también me parezco mucho a él.

Es algo perturbador, pero mi familia siempre me lo recuerda. Mi barbilla, mi boca, el cuello, la mandíbula… Son un reflejo de él, y muy dentro de mí me anima pensar que hay algo suyo, no sé si por la admiración no elegida de su carrera en la moda, o porque proviene de mi niña interior. Sí, es cierto que los medios y mis seguidores me

han comparado muchas veces con *top models* americanas, y eso antes me gustaba porque me hacía sentir mucho más modelo, mucho más sexy, mucho más válida, pero ahora con ser yo misma me basta. He desarrollado con el tiempo un gran odio a las comparaciones; han sido muy dañinas para mi cabeza a lo largo de mi vida y de mi carrera. Aunque para mí, mi vida sea mi carrera. Soy adicta al trabajo.

—¿Y quién es tu padre? Era modelo, ¿verdad?

A la gente le impacta que hable de mi padre biológico, que lo trate con tanta naturalidad e incluso fríamente. Pero también suelen mostrar mucho interés y se les nota en la cara el morbo del cotilleo español del que no podemos escapar.

—Sí, mi familia dice que tengo mucho de él.

—¿Te hablas con él?

—No sé nada de él, pero tampoco hace falta, para mí como si se *****.

Jamás había dicho algo tan duro, y hasta yo misma me asusto oyendo cómo esas palabras salen de mi boca, porque ni tan siquiera son ciertas.

La cola sigue avanzando. Chequeo mi Instagram mientras me retocan los labios negros y el moño, que está activando toda la circulación de mi cráneo. Nunca suelo mirar el móvil minutos antes de un desfile, y esta vez tengo un mensaje muy inusual: es él. En el mismo momento en que suelto un demonio por la boca, puede escucharme aun estando a miles de kilómetros de distancia.

A las 19:27 recibo un: «Hola, Lucía».

No puedo contestar porque me toca entrar y le doy rápidamente mi móvil a Joan.

No solo me ha llamado cuando acababa de nombrarle, sino que esta vez también llevo los labios negros. Aparezco de nuevo por redes sociales. Y yo estoy a un paso de salir a la pasarela, donde mi cabeza se queda en blanco con el foco dándome en la cara y cegándome. Caminando recta, y sin ninguna expresión.

Helena siempre viene a verme desfilar. A las dos nos une

la misma carencia: las dos somos modelos, a las dos nos recuerdan constantemente que somos bajas para ello, las dos venimos de padres modelos extranjeros, y ninguno de nuestros padres aparecen para hacernos bien. Las dos tenemos miedos parecidos y quizás sea por eso. Helena tiene los ojos enormes y se puede ver el cielo en ellos, una risa diferente, el pelo castaño y largo, unos rasgos iguales que los de una diosa griega, y de ahí proviene su belleza. Es tímida, inocente, algo que nos hace terriblemente diferentes, pero nos entendemos y nos acompañamos durante muchos días, y la verdad es que nos divertimos dentro de nuestro silencio. Helena me ha acompañado en muchos de los momentos más importantes de mi vida, y sé que muchas veces no entiende absolutamente nada de lo que ocurre en ella. La verdad es que ni yo misma la entiendo.

Cuando acabo de desfilar, salgo corriendo a abrazarla y le digo:

—Vas a flipar. Vamos a beber vino, por favor.

Ella no bebe, pero el sabor del vino tinto en momentos absurdos se convierte en mi terapia. Saco un cigarro y lo enciendo con ansias, mientras el frío de noviembre se mete por mi cuerpo. Noto cómo el aire enfría mi nariz.

—Mi padre.

—¿Qué?

—Mi padre ha vuelto.

Vamos caminando por el recinto y me siento en una silla de madera de la terraza. Pido un vino, doy unas caladas con ansia y sigo:

—Ha vuelto justo cuando lo he nombrado.

—Ten cuidado —me responde. Helena es especialmente asustadiza, sensible.

No le hago mucho caso y con una cara risueña me pongo a responder por Instagram.

Me da tiempo a beber cuatro copas, pagar, coger un taxi, hacer un trayecto de casi media hora, subir a la habitación, desmaquillarme… sin soltar el móvil. El ruido exterior es incapaz de entrar en mi cabeza.

Estuvimos hablando veinticuatro horas durante una semana. Me contó que tengo una hermana, que él había dejado el alcohol y que se había hecho budista.

Sentí cómo algunas partes de mí se reconectaban. Quizás me reconcilié y perdoné.

Aunque meses después no volví a saber de él y no respondió ni a la mitad de las miles de preguntas que tenía.

Hay personas que aparecen solo para enseñarte a perdonar. Vivir enfadado, vivir con ira —y a veces sin saber por qué— aturde. El perdón sana. El perdón sana y calma.

21

«ME ENCANTAN LAS NIÑAS QUE SE DROGAN»

Habíamos terminado una larga jornada de desfiles. Esta vez habían sido en el puerto de Barcelona, con un calor que nos traspasaba. El suelo nos quemaba los pies.

Después de los desfiles, las agencias suelen organizar una cena con sus modelos, una especie de celebración. En esta ocasión, solo éramos cuatro: Jorge, Romina, que también es modelo; Borja, uno de los *bookers* de la agencia, y yo. Era una cena con espectáculo y yo llevaba un mono corto de terciopelo bordado con muchas piedras de colores.

Estaba especialmente delgada, pero lo que más me preocupaba era la caída del pelo. Hacía tiempo que mi relación con Dani pendía de un hilo deshilachado.

Llegamos a una mesa redonda y, justo cuando nos sentábamos, Jorge se dirigió a mí sin siquiera mirarme a los ojos.

—Y tú ¿qué?… Ya te queda poco para dejar a tu novio, ¿no?

Yo no entendí que ese asunto fuera importante en una cena de empresa y me quedé muda, paralizada. Mientras Jorge y Borja me miraban fijamente esperando mi respuesta, respondí con la voz entrecortada:

—No. Creo que está todo bien.

Borja decidió echarme una mano y cambió rápidamente de tema. Me miró a los ojos y vio que estaban vidriosos y asustados.

Jorge decidió seguir con sus pequeñas torturas y, dirigiéndose a Borja y a mí, dijo:

—A ninguno de vosotros os dura una pareja, así que hazme caso, Lucía: no lo dejes. Tú ten paciencia y aguanta.

La mesa se llenó de vergüenza y continuamos cenando

en medio de conversaciones vacías. Muchas de las modelos aprovechan estas cenas para ganarse a su *booker* y al que más trabajo nos dé, al que más contactos tenga. Todas sabemos que cuanto mejor les caigas, más trabajo tendrás. Así que imagino que Romina, que dormía conmigo, empezó a cambiar el discurso de la noche. Romina quería cumplir su misión.

Decidieron ponerse a discutir sobre dietas para conseguir estar en medidas, que, normalmente, es la preocupación más fuerte y protagonista de una modelo.

—Últimamente adelgazo muchísimo y como exactamente lo mismo —dije.

—¿Tú crees? —preguntó Jorge—. Pues tienes que comer, Lucía.

Sus palabras me extrañaron, porque la mayoría de la gente de la agencia estaba encantada con mi bajada de peso y no paraban de felicitarme por ello. Pero Jorge es un hombre muy inestable y eso le hace ser cruel.

—Sí, claro, como mucho. No entiendo qué me pasa. Imagino que serán las hormonas, o el hipotiroidismo…

Jorge, con suma frialdad, me interrumpió y me susurró:

—¿Tú te drogas, Lucía?

—La verdad que he probado cosas —contesté—. Pero no me gusta. No me gusta la parte que sacan de mí.

—Qué pena. A mí me encantan las niñas que se drogan —me susurró. Después giró la cabeza para seguir la conversación con Romina, a sabiendas de que ella podría darle una objección mejor sobre las drogas.

La frase de Jorge retumbó en mi cabeza durante mucho tiempo. Yo tenía veinte años, era muy joven, pero ¿y si no hubiera vivido lo que había vivido? ¿Y si le hubiera hecho caso? ¿Y si en lugar de veinte hubiera tenido quince años, como cuando empecé?

Las modelos buscamos la aprobación constante de la agencia que nos representa, y el precio que debemos pagar por ello a menudo es muy alto. ¿Jorge prefería que comiera o que me drogara? Quizás lo segundo nos habría unido más.

Normalmente, la carrera de modelo empieza cuando eres adolescente, maleable, cuando tu cabeza y tus ideas todavía están sin desarrollar. Cuando haces lo que te dicen. Cuando sus órdenes se convierten en un: «Seguramente quiere lo mejor para mí y me hará llegar más lejos».

Pero no, Jorge. Espero que ninguna niña necesite drogarse para que la idolatres.

22
EL PORTAZO

Al día siguiente de la ruptura que destrozó todos mis esquemas, tenía un vuelo a México para cumplir una de mis metas laborales, una campaña de Women Secret. Antes me pasaría una semana disfrutando del sol, del tequila y de la comida mexicana gracias a un «todo incluido» en un *resort*. Un gran detalle de la marca.

Estaba totalmente desencajada. Recuerdo que, cuando Dani dio un portazo para irse, todo el futuro idílico que había planeado saltó por los aires. Me miraba al espejo y no entendía cómo podía estar a punto de cumplir uno de los objetivos por los que llevaba tanto tiempo luchando justo cuando me sentía completamente rota.

El vuelo salía temprano y yo notaba encima de mí el peso de un elefante. En el aeropuerto, mientras observaba a toda esa gente despistada y caminando con prisa hacia mí, me sentía incapaz de esquivarlos. Por detrás notaba las miradas de compasión y preocupación de mi madre y de Rafa, uno de mis agentes. Me veían muy frágil y yo era incapaz de prestarles atención. Tenía la sensación de estar dentro de una burbuja y nada de lo que había fuera iba conmigo. Me parecía que estaba en una pesadilla y que, cuando despertara, todo volvería a la normalidad.

¿Cómo había podido entregarlo todo a cambio de nada? Era tan grande el disgusto que llegué a la conclusión de que no estaba pasando. Me negué a aceptar que Dani había huido.

En el avión, mi madre iba sentada a mi lado. Me puse a llorar en cuanto despegamos y, durante las nueve horas que duró el viaje, fue lo único que hice: llorar, dormir, volver a llorar, dormir… Mi mente no podía frenar. Buscaba

maneras de solucionarlo y de rebobinar en el tiempo. Aunque la vida y las circunstancias me dijeran lo contrario.

Pasé una semana repentinamente horrible en un paraíso, esforzándome en disfrutarlo. No sé cómo fue, pero, de pronto, la prensa comenzó a hablar de la ruptura. Yo lo había escondido, ¿cómo lo habían averiguado? La pesadilla se convertía en realidad: miles de personas llamándome y compadeciéndose de mí, periodistas, familiares, amigos… El bombardeo era continuo. Solo el mar me devolvía la paz. Me quedaba horas mirando el agua azul cristalina, con la mente en blanco, oliéndolo y respirando. ¿Cómo algo tan bello puede soportar que lo estemos destrozando y, aun así, seguir sanándonos y siendo tan terriblemente poderoso?

La campaña se acercaba y mi acné volvía a molestarme más de la cuenta. Estaba ante uno de los momentos más importantes de mi vida y, sin embargo, yo me sentía incapaz. Era consciente de que había vivido cosas mucho más dolorosas, pero me parecía que aquello me iba a tumbar. ¿Sería así?

Aparecieron miedos que me avisaban de que mi ruptura podía acabar con mi carrera. La vida me había enseñado que ser propiedad de un hombre exitoso es el éxito de una mujer.

Cuando una mujer rompe una relación, pasa a ser invisible en casi todos los aspectos de su vida. La sociedad nos invita a sentirnos fracasadas. Y mucho más si esa relación es pública y está en boca de todos. Mucho más si él tiene más poder ante los ojos del mundo.

El día antes de la campaña bebí muchas micheladas en Casa Malca. La antigua casa de Pablo Escobar ahora es un hotel de lujo, con cientos de obras de arte colgadas por las paredes, enfrente de un mar cristalino donde es casi imposible ver el final del horizonte, y las olas llegan revueltas. Me pregunté por los secretos y las ruinas que habría escondidos en todos los rincones, así que decidí escribir una carta en las notas del móvil confesando los míos. Levantaba la mirada solo para observar el mar y darle otro trago a la cerveza. La carta era de agradecimiento y

despedida, la carta estaba llena de la vulnerabilidad, la confianza y el amor que el estrés postraumático me había impedido sacar. Llena de lo que nadie se imaginaba.

> Aprendí que hay personas que se cruzan en nuestra vida para enseñarte, y fortalecerte.
>
> Dani me ha enseñado muchísimas cosas buenas, entre ellas, a priorizarme. Y que hay causas perdidas que se acaban encontrando. Me enseñó que la vida depende de cómo te la tomes…
>
> Gracias, millones de gracias.

El día después de la campaña recibimos un aviso: «Hay que volver hoy a España, se cierran las fronteras, un virus está matando a miles de personas». Me parecía vivir en una realidad ficticia, como si una cámara oculta me estuviera grabando.

Cogimos el primer avión de vuelta a España y, cuando llegamos a Madrid, el aeropuerto estaba completamente vacío. Ni un alma por los pasillos y todos los bares estaban cerrados. Personas llorando sin poder volver a sus casas. Parecía un simulador o una película de catástrofes sobre el final del mundo cuando la humanidad se disipa.

Cuando llegué a Asturias, mi refugio, donde estaría a salvo, había un *paparazzi* atosigándome con *flashes* y acto seguido me imaginé el titular.

¿Primeras imágenes de Lucía Rivera triste, llena de dolor por su ruptura, llena de acné, vuelve de México por una pandemia mundial? Mejor no. Así que decidí taparme la cara con las manos y correr.

Pasé tres meses encerrada en una habitación. Lloraba a menudo. Hablaba continuamente por Facetime para llenar mi vacío. Se me daba muy bien fingir alegría. El resto de las horas las pasaba con los cascos puestos y haciendo abdominales para salir de ahí lo más fuerte posible.

Los dos pilares de mi vida habían desparecido: adiós al hombre de mis sueños y al trabajo de mis sueños… ¿Y ahora qué?

Ahora yo. Ahora yo, conmigo…

23
CÓMPLICES

Acabamos una larga jornada de desfile. Estamos en un palacio, y sus muros me transmiten ganas de ser delicada, de dar pasos suaves, firmes, enfundarme en el papel de una princesa.

Somos al menos veinte modelos, todas de la misma agencia. Me siento muy incómoda cuando veo a Frank. Me invade una intensa sensación de vergüenza y de miedo que me impide mirarle a la cara, y he tenido ganas de echar a correr cuando me ha recibido, tan altivo como siempre. En su cara se nota su descontento. Siento que le he traicionado, porque cada vez me alejo más de él, de sus abusos.

Hemos hecho un pequeño grupo de tres modelos, y en las pausas nos juntamos para salir a fumar juntas.

Lorena es morena, con la mandíbula muy marcada y los ojos marrones, aunque el sol del verano en Madrid los convierte en verdes, como una hoja de otoño recién caída en la que no se acaba de diferenciar el color. Su tez es pálida y tiene una voz paciente, grave, que me da confianza.

Alejandra es muy alta y tengo que levantar la mirada para hablar con ella. El sol me da en la cara y frunzo el ceño. La veo borrosa a través de la neblina de luz mezclada con el humo. Tiene una voz angelical y el pelo rubio —pelirrojo en realidad— liso y muy corto. Agarra su cigarro, apoyada en la puerta gastada del palacio, y parece que está posando. Parece salida de una película de los años noventa. La conocí en París. Su forma de ser, de estar y de hablar es muy peculiar. Le encanta hacernos reír. Es rusa y sus ojos de un azul celeste le ocupan casi toda la cara. Tiene una boca perfecta, rosa fuerte, que hace que no puedas dejar de

mirarla cuando habla.

Al poco de llegar he pensado que este no es *mi* sitio, incluso que no me aceptan. Me he sentido contrariada y me han entrado ganas de ponerme una capa de invisibilidad. Pero, cigarro tras cigarro, observándolas desde mi burbuja, he encontrado algo que estaba oculto en un rincón de mi interior y que me une a ellas. Siento complicidad.

Todas tenemos miedo, sabemos lo que hay, pero nos han enseñado a mirar para otro lado y a aferrarnos a lo que nos dan. Como si no fuéramos merecedoras de ello. Sabemos que trabajamos en una industria en la que abunda la competencia, en la que los abusos son silenciados y en la que te encuentras con cientos de zancadillas. Todas nos peleamos por lo mismo y somos conscientes de que tenemos que superar mil pruebas.

Cuando termina el desfile, lo primero que hago es quitarme los tacones. Levanto la vista y veo a Alejandra mirándome con sus enormes ojos saltones.

—¿Vienes? —me pregunta muy atenta a mí.

Estoy en tanga, me enfundo en mi vestido de *crochet* verde claro y rosa y cojo mi bolso.

—¿Adónde?

—A tomar algo a la fiesta de abajo —responde Lorena, que llega por detrás con un cigarro listo para encender en la boca—. Venga, vente…

—Vale, vamos. Necesito un vino —digo, suspirando. Hago una pausa y bajamos por las escaleras hasta la planta de abajo del palacio, donde se celebra la fiesta—. Estoy bastante rayada, la verdad, no quiero cruzarme con Frank —digo.

—Tranquila, creo que ninguna quiere —dice Alejandra, riéndose, y agarrándome la mano con fuerza y tirando de mí.

—Te lo aseguro —dice Lorena, mirando hacia atrás por si alguien nos escucha.

Miro a Alejandra, que es con quien más confianza tengo, y le hago señas para que tenga cuidado. Me mira y hace un gesto con la mano que significa: «¡Qué más da!».

Pedimos el primer vino y nos acoplamos en una esquina, donde podemos hablar tranquilas. Parece que estamos ausentes de la fiesta. Y empiezan a salir los mismos miedos. Yo siento que mi taquicardia se detiene, que respiro y que mis hombros se relajan. La conversación se convierte en una especie de antihistamínico para mi cabeza. Todas estamos viviendo lo mismo y a todas nos afecta por igual.

Al segundo o tercer vino, y después de encender otro cigarro, digo:

—¿Sabéis qué os digo? Que no puedo más, no soporto todo esto. Mi trabajo es lo que más me hace disfrutar, pero estoy dejando de hacerlo. Estoy cansada, me hacen sentir fatal.

Alejandra y Lorena me miran y asienten. Seguimos hablando y descubriendo que las tres evitamos pasarnos por la agencia con cualquier excusa. No soportamos esa presión y sus humillaciones.

Empezamos a compartir anécdotas que nos resultan familiares.

—Lu, ¿te acuerdas antes de ir a París? —pregunta Alejandra.

—Claro —contesto.

—Me llamaron de la agencia y en la sala de dentro… —Lorena y yo nos miramos como diciendo «sí, esa maldita sala»—… Frank me dijo que me bajara los pantalones. A mí me incomodó bastante, pero, como siempre, le obedecí y me los bajé. Cuando me vio las piernas, dijo que tenía las rodillas horribles y que con esas piernas no podría llegar a ninguna parte. Acabé llorando.

—¡Qué raro que todas salgamos llorando de ahí! —digo yo con ironía y cara de enfado, y resoplo.

—La última vez que estuve en la agencia —sigo—, Frank me tocó el antebrazo y me dijo: «Mírate, estás muy hinchada», mientras después me agarraba los mofletes. «Esto no es tuyo». Le expliqué que tenía puesto el anillo anticonceptivo y me obligó a quitármelo, aunque le dije que estaba en la mitad del ciclo. Y cómo no, Borja, ayudando a Frank, me dijo que me encontraba mucho

mejor cuando estaba tísica. Cuando estaba tísica, estaba enferma…

—A mí me dijo que cuando me metía coca estaba mejor —dice Lorena.

—Tranquilas, chicas, a mí me querían llevar de la mano a hacerme una liposucción —continuó Alejandra—. Casi me convencen, menos mal que no caí…

—¿Y no os insultan? —pregunto al darme cuenta de que todas hemos pasado por lo mismo—. Hortera es lo mínimo que me han llamado. El otro día me recomendaron follarme a un maromo, porque dicen que estoy amargada por rechazar un trabajo de aumento de labios.

—Sí, a Lorena, el otro día en el *casting*… —dice Alejandra—. Fue muy fuerte, cuéntalo…

—Pues estábamos en un *casting* para no sé qué agencia de fuera —comienza Lorena—. Éramos como doce modelos, chicas y chicos. Frank pasó por delante de nosotros ofreciendo unos caramelos que uno de ellos le había traído de Japón. A mí me diagnosticaron diabetes después de recuperarme de la bulimia y no iba a cogerlo. Cuando pasó frente a mí, dijo en alto y delante de todos: «Tú no, que estás gorda». Todo el mundo me miró y nadie dijo nada. Hace años me recomendaron una bichectomía.

—Creo que estamos todas igual —dice Alejandra.

—Abusan del poder que tienen, eso está claro. Me repitieron más de una vez que se acabaría mi carrera si me voy —continúo yo—. Bueno, y el otro día quedé con un chico al que casualmente conocí en el Lucky Dragon para tomar algo…

—¡Uuuhhh! Cuenta, cuenta —me interrumpe Lorena, creo que refiriéndose más al chico que a la anécdota que iba a contar.

—Pues le pregunté por qué no era modelo —digo—. Es muy guapo y tiene la altura perfecta. Me contestó que lo había intentado cuando llegó a España, como con veinte años. Tuvo que huir de su país porque están en guerra y necesitaba pasta. Frank le propuso que se hiciese unas fotos en su casa y, al parecer, le tocó de más. Se sintió bastante

incómodo. Le prometió que entraría en la mejor agencia de España. ¿Por qué no le citó en la agencia?, si Frank no es fotógrafo…

—Ese chico es uno de tantos, y todo el mundo lo sabe — concluyó Lorena.

Decidimos cambiar de tema para no ahogarnos más en la mierda de situación en la que estamos. Queremos divertimos, bailar y reírnos. Cuando la fiesta acaba, prometemos que nos veremos otro día.

Cuando llego a casa agotada, mi cabeza no deja de darle vueltas a lo que hemos hablado en la fiesta. He descubierto que yo no soy el problema. Las preguntas se acumulan en mi cabeza y me pregunto cuántas niñas estarán pasando por lo mismo. De pronto noto que los nudos se desatan y comienzo a tener explicaciones sobre mis miedos. Me digo: «Se acabó». Tengo una voz interior que me dice «no volverán a abusar de ti» y esta vez pienso ganar la partida. Los rumores sobre Frank son ciertos, todo es real… Frank ha abusado psicológicamente de mí y yo he vuelto a ser la víctima perfecta. Todas las modelos de la agencia lo hemos sido, objetos de su propiedad y su uso exclusivo, a los que usar o tirar cuando y como le venga en gana.

* * *

COMUNICACIÓN IMPORTANTE

Qué pena que mientras nosotras, niñas en crecimiento, vamos a por nuestras metas, vosotros os aprovechéis de ello. Qué pena que abuséis tanto de vuestro poder como de nuestro éxito, que nos tratéis como números. Qué pena que nos creéis unas expectativas inalcanzables y que nos maltratéis para llegar a cumplirlas, que odiéis nuestros cuerpos y que hagáis que nosotras hagamos lo mismo. Qué pena que nos hagáis pensar que para ser modelos tenemos que pasar por todas esas humillaciones. Qué pena que tiréis nuestro trabajo a la basura, que nos comparéis, que nos insultéis… Qué pena que vuestras frustraciones acaben siendo las nuestras. Qué pena que nos robéis la confianza.

La moda me ha hecho crecer y por ella me levanto todos

los días… Pero qué pena que hasta de levantarme me hayáis quitado las ganas. Qué pena que os creáis dueños de nuestro destino y que nos hayáis hecho creer que no somos dignas de él. Qué pena que nos creéis trastornos y que nos marquéis de esta forma. Qué pena que manchéis algo tan bello de esta manera. Qué pena que nos hagáis ver defectos que no existen. Qué pena que cuando nos hacéis llorar con vuestra dureza nos llaméis víctimas. Qué pena que nos hagáis pensar que os necesitamos y que sin vosotros no somos nada. Qué pena que por vuestra misoginia tantas mujeres hayan perdido una carrera digna y un reconocimiento. Qué pena que nos silenciéis y nos hagáis sentir miedo a perderlo todo.

Qué pena que mordáis la mano que os da de comer.

24
LA BRUJA

Pasado un tiempo decidí quedar con Rafa, una de las pocas personas que se preocupaba por mí dentro de la secta que era la agencia. Me parecía que le dejaba solo entre los leones, que le estaba fallando, y por eso le llamé y nos vimos a solas.

Después de dos vinos le dije:

—Me voy, amor. Te he llamado para decirte que tengo que irme. Todo esto me está superando.

—Bien, pero antes quiero decirte algo.

Pensé que Jorge le había dado algún mensaje para convencerme de que no me fuera, como al resto de la agencia, que me llamaba diariamente excusándolo.

—Claro, cuéntame… —dije, un poco dubitativa.

—Tranquila, no pretendo retenerte. Sé cómo estás… Solo quiero que sepas que en *La Vanguardia* quieren que escribas para ellos. Creo que estaría bien que lo hicieras, que te conocieran.

—¡No me lo puedo creer!

Dos días antes, mi amiga Julia me había llamado a casa. Ella sabía que, desde hacía tiempo, yo me había alejado completamente de todo lo que tuviera ver con horóscopos y cartas que leyeran mi futuro, ya que me habían dañado gravemente al aumentar aún más mi ansiedad. Durante una época, todos los lunes miraba lo que me depararía la semana, y aquello terminó condicionándome demasiado. Fui una fiel creyente de la numerología y la astrología, hasta el punto de que, dependiendo del número del mes y del día en el que estuviéramos, salía de casa o me quedaba encerrada. Si era día 9, por ejemplo, no acordaba ninguna cita, porque iría mal; sin embargo, el día 8 era perfecto

para los *castings*. Llegué a tatuarme mis números de la suerte y los tocaba como si fueran un amuleto antes de entrar en una prueba. Sigo siendo creyente. Lo primero que hago cuando conozco a cualquier persona es preguntarle qué día ha nacido. Dependiendo de lo que me diga sé si puedo confiar o no. La verdad es que por esto me he llevado más de una hostia. Aunque también me ha salvado de unas cuantas.

Julia me llamaba para decirme que se iba a echar las cartas con una mujer que era muy buena. Me preguntó si quería ir con ella.

—No sé si estoy en el mejor momento… —respondí—. Si me dice algo malo, a lo mejor me hunde más.

—Bueno, te entiendo. Si te va a condicionar, mejor no vengas —dijo Julia.

—Te llamo en quince minutos y te digo. Por un lado, seguro que me viene bien salir de casa.

—Venga, anímate —insistió Julia.

Cinco minutos después la llamé, porque pensé que nada podía ir a peor y que tendría que quedarme con lo bueno.

—Voy —le dije a Julia, decidida.

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

Quedamos en su casa y nos subimos en el coche de su hermano, que he de confesar que siempre ha despertado en mí cierta intriga y respeto a la vez. A Julia le encanta hacer comidas y reuniones con su extensa familia, una de las que más admiro, quizás porque, a diferencia de la mía, es muy estructurada y casi nunca discuten ni se echan rapapolvos los unos a los otros. La madre de Julia siempre me recibe con una sonrisa y sus conversaciones son compasivas. En realidad, todos son sonrientes y muy amables, salvo el hermano de Julia, que tiene un carácter distinto y a quien me parece que no le caigo bien. Cuando coincido con él, unas veces noto ese rechazo que a las mujeres tanto nos incomoda porque nos recuerda la necesidad de agradar, aunque otras veces me trata con una amabilidad extrema. Me subí a su coche pensando: «Ni se te ocurra mancharlo».

Llevaba un café en la mano y un trozo de banana *bread* para comer por el camino, pero ni bebí ni comí. Julia condujo hasta la casa de la bruja, que estaba en un barrio tranquilo y alejado del centro. Supongo que el ajetreo del centro no es bueno para sus poderes.

Me sentía inquieta y no paraba de hablar para calmar los nervios. Cuando estoy nerviosa, odio el silencio y hablo por los codos para aparentar lo contrario.

Aparcamos cerca de la casa de la bruja, que estaba llena de muñecas. Daba miedo y ternura a la vez. Nos recibió un hombre negro, cubano, que era como un halo de tranquilidad que inundaba toda la casa. En cuanto entramos, ella nos echó una regañina que hizo que mi cuello se tensara y que cerrara las manos.

Éramos cuatro clientas. Pregunté si podía fumar y el cubano afirmó con la cabeza, seguramente porque notó mis nervios. Al lado del apoyabrazos del sofá vi que había un montón de revistas de cotilleos apiladas.

«Mierda —pensé—, cincuenta euros perdidos»… Cuando era pequeña, mi madre me llevaba a sus rituales y a sus «limpiezas», y fue ella la que me hizo creer (demasiado) en la astrología y las lecturas de cartas. Con el tiempo me fui dando cuenta de que nos robaban, porque a los pocos días la vida de mi madre estaba en todas las revistas del corazón. Eso hizo que, ante mis ojos, aquellos rituales perdieran credibilidad.

La bruja era una señora baja y repanchingona, con el pelo canoso y brillante peinado hacia atrás. Para mí, el pelo blanco es como un refugio: la gente mayor siempre me trasmite sosiego, serenidad… Me señaló y dijo que yo entraría la última.

«Mierda —pensé—, seguro que algo malo ha visto»… Me entraron ganas de irme de allí.

Las que entraron delante de mí —incluida Julia— salieron de la habitación con caras de decepción, quizás porque la bruja se enredaba en el amor y no era por eso por lo que estaban allí.

Cuando llegó mi turno, la bruja me llamó desde la

puerta del salón:

—Ahora tú, vamos, levanta…

—Voy —dije, temerosa.

Mi cuello empezó a temblar.

—Siéntate ahí —me ordenó, señalando una silla.

Comenzó a echarme las cartas y vi que fruncía el ceño y negaba con la cabeza. Y me contó su triste historia de amor, más bien de maltrato.

—¿Por qué has sufrido tanto? —preguntó.

Yo no quería darle pistas, así que me limité a asentir con la cabeza. Seguramente mi cara revelaba más de lo que creía, pero guardé silencio.

—Hasta que no escribas, no vas a salir adelante.

La frase me marcó. ¿Cómo sabía que yo escribía si ni siquiera yo misma me acordaba? ¿Cómo es posible que, dos días después, Rafa me propusiera una columna en *La Vanguardia?*

25
DE GOLPE

Sentía un miedo terrible a perder y a la vez me sentía terriblemente perdida. Y no por lo que estaba dejando atrás, si no por todo lo que me había costado.

Jorge se esforzó mucho en decirme que, si me iba, jamás encontraría nada mejor. Me recordaba a Aitor cuando veía que se avecinaba mi partida. Mi carrera se acabaría. Mi sueño se terminaría. Pensé que estaba a punto de perderlo todo, pero esta vez me ganaría a mí. Aunque por dentro sentía un «el discurso es muy bonito, pero ¿cómo vas a comer?».

Así que, aterrorizada, decidí empezar a sentarme con otros representantes. Hice una larga lista y pregunté a más modelos cómo se sentían ellas. Me avergonzaba pensar que iba mendigando el amor y la comprensión de alguien que nos tratara a mí y a mi carrera con un poquito de cariño. Alguien que valorara todo el trabajo que había hecho hasta ese momento, alguien que me sostuviera.

Y les repetía que, por favor, me dijeran si sentían que podría hacerlo o que dejara de perder el tiempo. Todos me contestaban con la primera opción, pero ¿por qué yo no reconocía mi valía?

Conocí a Alicia, Rodrigo, Andrés y Lola.

Todos ellos me arroparon, me comprendieron, aunque en mi interior lo que había era una desconfianza plena. Y me hicieron sentir que el abuso hacia las modelos ya no está de moda. Que existen unas nuevas generaciones que llegan libres de convertirse en objetos y tener que vivir con unas medidas opresoras. Lejos de ser un número más.

Escribí un *e-mail* en el que comunicaba que me iba, y estuve seis meses programándolo y desprogramándolo.

Quería que se lanzara a las nueve de la mañana, pero me despertaba a las siete sintiendo palpitaciones por todo el cuerpo y lo cancelaba, pensando «lo voy a perder todo». Todo se me empezó a hacer cuesta arriba.

¿Me quedaba donde abusaban de mí y ganaba dinero, o daba un salto y perdía lo que había conseguido?

Jorge no hacía más que repetirme que gracias a él ya podía vivir en un apartamento. ¿De que me podía quejar? ¿Estaba negándome a tener algo que cualquiera querría?

En esas semanas tuve una cita con Miguel. Nos conocíamos desde niños. Era el mejor amigo de mi primo, que había venido a pasar unos meses en mi casa. Era un artista irritado y delicado al mismo tiempo, que me convirtió en su musa.

Me miraba con cara de admiración, mientras yo le daba tragos a mi vino tinto y regurgitaba contándole mis movidas. Nos besamos por las calles como si La Latina se tratara de París. Sentí por un momento la pasión de volver a vivir un amor en el que pierdes la razón y los cabales. Él conocía todas las versiones de mí, y se quedaba. Nunca me pregunté por qué yo no conseguía aceptarme y en cambio los demás sí. Nos quedamos a oscuras, mirándonos fijamente y en completo silencio, acariciándonos la cara como si estuviéramos dibujándola. ¿Por qué él veía en mí lo que yo jamás vi?

Así que se me olvidó aquel nocivo *e-mail* preparado. Y se envió. Cuando me desperté y abrí el correo me dio un ataque de pánico. Lo había hecho, me había ido. ¿Y ahora qué? ¿Ahora tenía que volver a empezar? ¿Y si esta vez no funcionaba? Ya no había marcha atrás.

Mil preguntas llegaron a mi mente en forma de ola gigante, mil preguntas para las que solo encontraba respuestas totalmente destructivas. ¿Y si tienen razón? ¿Y si no encuentro nada mejor? Quizás tengan razón y es que no valgo. Y a la vez un alivio inmenso. Por fin estaba a salvo.

26
¿QUIÉN SOY?

Una sensación rara corría dentro de mí, y comer continuamente era lo único que la calmaba. Veía un montón de muros a mi alrededor que me impedían saber dónde estaba. Me sentía encerrada. Había perdido o, mejor dicho, me habían robado mi identidad. ¿Quién era yo? La persona que había construido me atormentaba: recta, seria, racional ante cualquier dolor. Me repetía una y otra vez que gracias a la agencia había llegado a verme bien y a ser alguien…, pero ¿qué cojones había hecho yo? El títere había perdido a su dueño. No había nadie que me dijera cuál era el siguiente paso e incluso me parecía que todos los que había dado habían sido en falso. Me sentía utilizada, engañada. Tenía toda la pinta de que mi carrera había acabado y de que con veintidós años se me había pasado el arroz. En breve llegaría la invisibilidad.

Pero ¿por qué quejarme?, me decía. Has ganado dinero y eres guapa. Sentía un miedo atroz de que el exterior levantara la manta y viera quién era yo realmente. Me habían hecho sentir que ni siquiera era buena en lo que hacía. Por ejemplo, el día que llegué emocionada a la agencia para contarle a Frank que había pasado el primer *casting* de Netflix y él me dijo:

—Creo que para hacer dos cosas mal, deberías hacer una medio bien.

Por mi mente pasaban *flashes* continuos de mi vida, como una especie de galería, y el presente se volvía cada vez más negro.

Mi casa era uno de los pocos lugares en los que me sentía a salvo. Allí podía maldecirme a mí misma y a quien quisiera. Allí podía ser yo y llorar sin que nadie me hiciera

preguntas que no era capaz de responder. La única idea que venía a mí era la de desaparecer.

Los muros eran cada vez más altos. Dormía hasta que mi espalda me pedía auxilio. El frío de la calle se convirtió en insoportable. El vestidor lleno de ropa cara, en mi enemigo. Hasta ducharme me costaba un triunfo.

¿Para qué esmerarme en nada si ya no hacía falta?

Algún gesto de supervivencia llegaba de vez en cuando para calmarme, cuando pensaba: «Es solo es una mala racha. Ya veremos…».

Siempre imaginé mi vida como una antigua *boutique* en medio de la calle Preciados, una especie de escaparate en el que siempre, por mucho que pasaran los años, la gente se paraba intrigada a mirar. Pero en la misma calle habían abierto cientos de tiendas nuevas con escaparates llenos de luces y pantallas. De pronto, lo que yo vendía había pasado de moda y mi vida se transformaba en un escaparate vacío, con los maniquís gastados y desnudos. Sin brazos. Así que decidí bajar las rejas y colgar un cartel de cerrado por reformas.

Cuando la palabra «depresión» empezó a rondar entre quienes intentaban averiguar qué me ocurría —y yo me encontraba con todos los síntomas—, pensé que era imposible que a mí me sucediera. No podía ser yo, una mujer de veintidós años con todos los beneficios que tenía y lo afortunada que me proclamaban. No podía ser que una mujer que había sido capaz de flotar ante las mareas más fuertes y salir a salvo de las corrientes, aunque se estuviera ahogando, padeciera esa enfermedad.

Me enfrenté a ella y me negué. Me enfadé conmigo por sufrir. No podía aceptar que yo, que siempre había sido una tía fuerte y había salido adelante aun viendo a la muerte de frente, estuviera totalmente rota por dentro. No podía ser que yo, que siempre había luchado por ser una mujer resolutiva, hábil, independiente y triunfadora, me sintiera incapaz de hacer cualquier cosa.

No soportaba que mi entorno se preocupara y me enviara señales de que había dejado de ser la alegría de la

fiesta. Por qué yo no podía sufrir y tenía que sostener al resto. De modo que decidí procrastinar por miedo a rechazar todos los planes que me proponían y a ser olvidada. Me decía: «Lucía, tienes que salir», pero, cuando llegaba el momento, me veía terriblemente pequeña e insuficiente ante toda la gente que me rodeaba, y si accedía por la insistencia, llegaba a casa analizando cada palabra que había salido de mi boca. Era una culpabilidad extrema y constante la que me perseguía. Decidí no responder a las llamadas, porque seguramente el tono de mi voz me dejaría en evidencia.

Las quedadas con mis amigos se convirtieron en un tormento. ¿Qué verán en mí?, me decía una y otra vez. No quería que nadie me preguntara qué tal estaba porque me quedaría paralizada y no sabría responder. Me sentía incapaz de usar la frase que utilizamos todos cuando nos preguntan eso, porque estaría mintiendo. Me había pasado años peleando por encajar en el molde de otros, como si de un puzle se tratara, limando la pieza para entrar. Me había ceñido a permanecer impoluta y callada, siguiendo los pasos para ser lo más perfecta imposible. Huyendo constantemente de la fragilidad humana. Yendo hacia donde me llevara la corriente o, más bien, donde mis errores habían pintado como el camino «correcto» o el «indicado». Ceñida a hacer las cosas bien.

Como si hubiera vivido en un constante examen aprobando con chuletas y, al llegar al último paso, me enfrentara a que no quería esa vida que me habían plasmado como perfecta, y ese era el recorrido más corto —o atajo— hacia la felicidad.

Siguiendo un plan escrito por alguien que no era yo.

Había vivido enfrente de un espejo intentando alcanzar la mayor belleza posible y, cuando miré hacía dentro, todo estaba en ruinas.

Y, al mismo tiempo, los muros que yo veía a mi alrededor se convertían en un pozo que intentaba trepar yo sola, en silencio, haciendo que mis manos se desgarraran.

Llegó la Navidad y Miguel —esto me hacía sentir

validada— se convirtió en un refugio. Construimos una relación en la que nos regodeábamos en el dolor y culpábamos a la vida por habernos «dejado de lado». Me metí dentro de él por miedo a vivir. Como una especie de realidad virtual, donde prefería ver la vida desde sus ojos. Miguel se convirtió en mi antifaz. Yo iba a ciegas y él me llevaba.

Si algo descubrí en esa relación es cómo los seres humanos buscamos la perfección en el otro, aunque uno mismo ni siquiera la roce. Ceñirte a ser la musa de un artista atormentado no es nada fácil.

Todos los días me llevaba al cine en busca de su inspiración. Y en cierto modo eso me reconfortaba. Me gustaba meterme en otras vidas y dejar de mirar la mía. De alguna manera, las historias siempre me han regalado esperanza; casi siempre hay un personaje cuya vida da un giro radical, que era lo que yo deseaba que me pasara.

Miguel y yo fuimos a Asturias a pasar la Navidad. La Covid había vuelto fuerte en una de sus variantes más peligrosas y, al poco de llegar, los dos lo cogimos. Así que, como preferíamos estar juntos todo el día hasta llegar a maldecirnos —tanto como al exterior—, la Covid se convirtió en un pretexto perfecto para aislarnos. Miguel dio negativo antes que yo.

Me imagino que era consciente de mi estado cuando me veía llorar sin venir a cuento. Recuerdo que me consolaba de una manera austera y un tanto egoísta. A menudo me encontraba escribiendo, que era la única forma que tenía de relajarme un poco y sentirme bien —tal y como había dicho la bruja— o viendo vídeos de psiquiatras en los que empecé a hallar algunas respuestas. Una tarde, Miguel salió a la calle —me molestó bastante que se fuera— y dos horas después volvió con un libro que me invitó a hacer una «autoterapia» desde el primer capítulo y me permitió llegar a alguna conclusión. Me daba vergüenza leer ese libro delante de él. Todo lo que leía era como una hostia de realidad que me indicaba que se había acabado el autoengaño. Cada página que pasaba hacía que me salieran

pucheros, como a los niños de tres años. Encontrarme allí después de tanto suplicio me emocionaba y el cuerpo me pedía llorar, romperme. Ya no había otras salidas.

Tenía empezada la lista de los propósitos de 2022 en una libreta que me había regalado la madre de Miguel por Reyes. Ana y yo teníamos algo muy importante en común: ella también escribía y a ella la escritura también la había salvado. Me dio pena usar esa libreta, que tenía pinta de ser muy cara —de piel azul mar—, para escribir mis propósitos para el año nuevo. Así que arranqué esa página y escribí: «Volver a terapia».

Cuando había estado en terapia no había sentido que me ayudara demasiado. No acababa de conectar con el o la especialista, que me recordaban a mis profesoras del colegio, ahí sentadas detrás de sus mesas, analizándome. He llegado a sentirme más segura desnuda delante de cualquier fotógrafo que de cualquier psicólogo. Me hacían sentir desconfianza. En el fondo, me daba miedo que me juzgaran.

Se me había pasado por la cabeza la posibilidad de estudiar psicología. De ello hablé mucho con Violeta, la novia de mi primo Álvaro, que se instaló unos meses en mi casa y con quien tenía largas conversaciones. Si hubiera sido buena en los estudios y no me costara tanto mantener los ojos abiertos cuando estaba delante de cualquier libro, ese habría sido un buen camino. Seguramente todo sería más fácil y habría podido curarme sola.

Decidí investigar un poco a la psiquiatra autora del libro que estaba leyendo. Me pareció perfecta para mí. Quería preguntarle si estaba loca y si había cura para lo que me pasaba. Me contestó que en ese momento no podía tratarme, así que empecé a buscar otras terapias. No os negaré que la primera opción por la que me decanté eran las pastillas, me parecían más eficaces y rápidas. Quería, más bien, anestesiarme.

Descubrí el *neurofeedback*, que me hizo un buen efecto, pero demasiado caro. La tarde después de la primera sesión me sorprendí a mí misma teniendo una conversación con Mario mientras caminábamos por el Retiro. Por primera vez

en mucho tiempo sentí que mi cabeza estaba en silencio y me dejaba tranquila. Me sentí a gusto y me pareció que mis problemas no eran tan difíciles de solucionar y que llegaba un ápice de esperanza.

Por la noche sentí palpitaciones en el pecho y apenas podía respirar, como si de pronto toda la ansiedad acumulada llegara y se instalara dentro de mí. Entonces lo entendí todo.

¿Cómo podía haber vivido de esa manera? Cuando descubrí la calma mental, mi cerebro me dijo: «Esto no me gusta, no estoy acostumbrado».

27
BIENVENIDA

El *neurofeedback* me había ayudado, sí, pero me daba cuenta de que no solucionaría todos mis problemas y no me sacaría del hoyo en el que estaba. Decidí preguntarle a Violeta por algún psicólogo y me envió una lista bastante larga. Una de ellas se llamaba Lucía. Eso me dio confianza, lo medité un tiempo y contacté con ella.

No me pareció especialmente cara, como las demás que me habían tratado, y eso terminó de convencerme. En ese momento vivía de mis ahorros y con la incertidumbre de no saber cuándo llegaría el siguiente trabajo.

La consulta de Lucía estaba cerca de un barrio en el que había vivido de pequeña, donde había conocido al villano. Mientras me dirigía hacia allí, tuve una sensación agridulce. La cita era a las cinco y cuarto y llegué unos veinte minutos tarde por el tráfico de Madrid, irritada.

No solo me preocupaba la oscuridad que sentía por dentro, sino que quería acabar con la relación con Miguel, que estaba hecha añicos pero no era capaz de soltarla. Habíamos traspasado el respeto en discusiones infinitas, pero me sentía tan débil que ni siquiera era capaz de imaginar la ruptura. Me senté delante de Lucía y empecé a hablar. Sentí su complicidad y me eché a llorar. Pero también reí… Cuando cogí el móvil, que estaba bloqueado encima de la mesa, vi que habían pasado casi tres horas.

De pronto, la oscuridad que no me dejaba ver me traía aros de luz. Había mañanas que me despertaba con un tornado de energía, y otras en las que ni siquiera me encontraba.

Poco después de la cuarta sesión, firmamos el contrato con *La Vanguardia*. El primer tema que me propusieron me

tocaba a fondo: la salud mental.

Comencé a escribir y encontré a muchas mujeres que contaban historias muy parecidas a las mías, lo que me permitió sentirme identificada con ellas. Me sentí arropada. Fue un gran alivio y el dolor empezó a disminuir.

Me aterroricé cuando me di cuenta del daño que me había hecho a mí misma y me habían hecho. Pero de pronto me encontraba con que miles de personas me ofrecían su mano y me daban las gracias a la vez que me contaban sus historias. Había escrito aquel artículo con desahogo y ahora me decían que era una mujer valiente.

Quizás eso me hizo dejar de callar mis emociones y mis creencias, y empezar a luchar por lo que creía. Volver a ser yo —aunque recuperarme fuera una gran hazaña— y dejar de ser una mujer políticamente correcta.

Le di de nuevo espacio a la sensibilidad, dejé de maldecirla y la vi como un superpoder. Me encontré a mí misma nombrando mi sufrimiento por las condenas mentales de los demás. De pronto las emociones venían a mí en forma de bomba y pude volver a sentirme útil.

Me acepté y empecé a tratarme con la misma compasión que trataba a los demás. La soledad empezó a doler menos, porque entendí que estaba a salvo. Estaba conmigo. Le di la bienvenida a mis miedos y descubrí lo que realmente me importaba. La culpabilidad se hizo más pequeña. Dejé de llenar mi vacío con relaciones y trabajo, y también de buscar la comprensión de mí misma en el resto. Me planteé un reto dificilísimo, de los más complicados: empezar a quererme, a amarme bien y sin medida. Y me pregunté: ¿Qué quieres? Entendí que había sido un reflejo del exterior, de lo que me había rodeado, y fui capaz de asimilar lo muchísimo que me había esforzado para que me gustaran las mismas cosas que al resto, ya que mis gustos no eran válidos, es decir, una mierda. Decidí reconciliarme con mi trabajo porque acepté que valía mucho más que para lo que siempre nos han dicho que valemos las mujeres: ser bellas.

La ansiedad y la opinión exterior me habían impedido

disfrutar de lo que había conseguido. Comprendí que disfrutar del proceso es lo más parecido a la felicidad. La prisa, la necesidad de más y no saber qué pasaría en el futuro no solo me habían roto por dentro, sino que me habían hecho vivir completamente insatisfecha. Decidí perdonarme. Volví a sentir confianza y la invertí en mí.

Empecé a cuestionar todas esas voces que me decían que nunca había sido suficiente.

28

SALIENDO DEL HOYO

No creo que nuestro cerebro esté preparado para tener en nuestras manos un aparato brillante con millones de estímulos que controla el noventa por ciento de nuestra vida y nos ofrece un reporte diario sobre la vida de los demás. Desde luego, las redes nos dan muchísimas facilidades. Podemos ser directores creativos de nuestra propia vida, conectar con gente con la que de otro modo nunca hablaríamos y relacionarnos con personas que están a miles de kilómetros. Nos aportan beneficios, como ropa gratis, inspiración, desconexión… Pero ¿qué ocurre si abusamos de las redes sociales cuando estamos en un momento complicado? ¿Y si nos aislamos del mundo real?

Usamos las redes como un portal que nos permite cubrir nuestras carencias y escapar del sufrimiento que estas nos causan, sin darnos cuenta de que eso tiene un efecto boomerang. Las redes nos están haciendo mucho más inseguros por el exceso de comparación. Vidas perfectas, relaciones perfectas, trabajos perfectos, casas perfectas, viajes perfectos, caras perfectas, cuerpos perfectos…, pero llenos de irrealidad. Son vidas ajenas que convertimos en ideales, pero que, en realidad, no existen.

Y, además, un gran reto: llegar al número máximo de personas, y todas opinarán sobre tu vida. En resumen, en las redes buscamos ser aceptados y valorados.

¿Las redes sociales han convertido a las personas en números? Cuando la gente nos ve como *algo* público, perdemos nuestra humanidad. Somos como el mobiliario urbano: unos le dan patadas, otros lo limpian y lo cuidan, otros lo escupen… Pasamos por alto que, detrás de esas fotos, hay una dura batalla con nosotros mismos: aceptar

que no somos perfectos.

Creemos que conocemos a alguien porque, en las redes, lo vemos casi siempre en su mejor versión, olvidando que una persona es tanto su mejor versión como la peor, y la segunda también te va a acompañar siempre.

Cuando las redes llegaron a mi vida, empecé a cambiar de forma de vestir, de sentir, de pensar… Me olvidé de mí, y cuando volví a encontrarme ni siquiera me conocía. Todo se había disipado. No podía estar un día sin subir un *post* o una foto en la que se me viera guapa. Sentía que, si no lo hacía, no vivía, y a las dos o tres horas iba corriendo a mirar cuántas notificaciones había sobre el *top* que llevaba. Mis agentes me dijeron que debía comprarme bolsos caros para tener éxito, y lo hice… Pero desde entonces mi persona perdió valor y comenzó a crearse un personaje.

En la época en la que tenía muchísimo acné, Instagram minaba mi autoestima al ofrecerme la imagen de miles de chicas con pieles perfectas. Cuando salía alguna publicidad sobre «el mejor remedio», lo compraba rápidamente, lo que hacía que tuviera aún más acné. La situación llegó a ser frustrante. Ahora que miro atrás, me doy cuenta de que hice un gasto descomunal por algo completamente normal en una adolescente.

En las redes sociales todas las opiniones importan, pero, por desgracia, el ser humano siempre tiene el ojo avizor para captar las malas. Muchas opiniones son totalmente destructivas y juzgan negativamente nuestra vida personal y nuestro valor como profesionales e incluso como personas.

Por suerte, al final llegué a darme cuenta de que esa persona no era yo, de que no estaba siendo real. Me habían impuesto al personaje como una obligación, y empecé a odiarlo.

Me impacta ver que, cuando la gente me conoce, se sorprende al darse cuenta de lo diferente que soy fuera de las pantallas. Por supuesto, hay algo de mí ahí, pero cada vez menos…

Las redes llegaron a afectar a mi personalidad y a mi

forma de relacionarme. Nuestro cerebro nos pide un respiro: mirar mucho menos la vida de los demás para que nuestra perspectiva del mundo sea real, para disfrutar de los momentos cotidianos y dar espacio a las emociones. Es frustrante ver a parejas, en medio de una cita romántica, que ni siquiera se miran porque no dejan de observar el móvil, o a niños en el parque tirándose por un tobogán o columpiándose, pero sin relacionarse entre ellos porque una pantalla les separa. Es frustrante ver a la gente caminando sin observar los edificios que les rodea o el cielo que hay sobre sus cabezas.

El ser humano busca sentirse aceptado, pero es sumamente difícil ser aceptado en una red que inhibe la realidad, donde nadie asume sus propios defectos y donde lo que se muestra es una versión de uno mismo construida para gustar a los demás y rellenar huecos.

Como dice mi psicóloga, «no nos han enseñado a sentir» y vivimos rodeados de Míster Wonderful. La positividad se convierte en algo tóxico cuando no le sabemos hacer un hueco a la frustración, a la decepción…, en resumen, a las emociones negativas. En mi caso, cuando algunas de esas emociones llegan, hay dos opciones que inconscientemente se convierten en mis aliadas para no dejarles sitio.

La primera es *huir, desconectar*. Mis vivencias han hecho que aparte de mí todo lo negativo. Como siempre digo, ya he cumplido el cupo. Así que, cuando llegan, mi cerebro y mi cuerpo actúan de una manera completamente pasiva. Prefieren no sufrir y no hacer frente a mis emociones. Ya volveré a ellas cuando pasen unos días… Me quedo sin un api de energía y prefiero centrarme en cosas banales que me den estímulos rápidos para olvidar. Entonces llega la frustración: «No has sido capaz de levantarte del sofá», «No estás haciendo absolutamente nada», «Quizás es que no vales»… Mi cuerpo prefiere huir de esas ideas, pero no es una decisión tomada entre mi cuerpo, mi mente y yo misma.

La segunda es *crear miles de escenarios*. Desde que iba al colegio, después de hacer los deberes me encerraba en mi

habitación para planear el siguiente día. Imaginaba qué le diría a esa profesora que me llamaba «tonta», cómo me defendería. Creaba escenarios catastróficos o totalmente idílicos. A medida que fui creciendo, también creé escenarios para situaciones que me incomodaban y saber cómo podía actuar. Pensé que se trataba de un superpoder. Un poder que muy pocos tenían. Cuando algunos de esos escenarios se hacían realidad, pensaba: «Joder, lo sabía, si es que soy bruja»…

Me he pasado la vida preocupándome por cosas que nunca han ocurrido y desconfiando de personas que jamás me han fallado. He vivido siempre con un miedo constante que venía a decirme: «Chssss, que va a salir mal». Me he peleado con mil fantasmas que no existían y he luchado en batallas contra un solo enemigo: mi mente y yo.

Mi cabeza me atormenta y, con el paso del tiempo, me he vuelto terriblemente autoexigente. Mi adicción al trabajo me lleva a querer hacerlo todo absolutamente perfecto, sobre todo a los ojos de los demás. Y cuando las cosas no salen así, llegan millones de pensamientos intrusivos que me hacen cuestionarme si soy válida y buscar millones de fallos. Entro en una discusión con ellos y les abro la puerta.

También siento presión pectoral, sensación de vacío, tensión muscular… Recuerdo que en la época en la que sufría estrés postraumático —sin saberlo—, empecé a notar un dolor muy fuerte en los oídos. Siempre había sufrido bruxismo, pero había días en los que me despertaba sin poder abrir la boca. Si quería hacer una vida normal, tenía que tomar un relajante muscular. Me parecía imposible que el estrés fuera el causante de esos de dolores de oído, así que decidí acudir a un otorrino. Cuando llegué a la consulta, lo primero que le dije fue:

—Creo que tengo un tapón en el oído, oigo sonidos extraños y siento un dolor horrible.

El médico empezó a chequearme y, mientras cambiaba de instrumento, dijo:

—Me parece que no tienes nada.

—Imposible —repliqué yo, incrédula.

—¿Estás sufriendo mucho estrés?

—No, yo me noto bien…

—¿Y te duele algo más aparte del oído?

—Tengo mucho bruxismo.

—Pues claro —concluyó—. Tienes que relajarte. Tu problema no está en el oído, sino en tu cabeza.

Fue bastante brusco, tanto que me pareció que me estaba llamando loca. Salí de allí molesta y pensando: «Tengo que ir a otro médico, este no es bueno».

Al principio de empezar la terapia, casi nunca hablaba de mis síntomas corporales. No se me pasaba por la cabeza que la culpable fuera mi profunda ansiedad. He hecho cientos de tratamientos antiacné, he visitado a decenas de fisioterapeutas e incluso he usado el cannabis para calmar mis dolores, pero nada me servía. Ahora que me estoy conociendo sé que los granos aparecen solo cuando paso por un momento complicado, y los dolores fuertes de mandíbula los sufro cuando estoy en tensión.

Nuestro cuerpo nos envía señales constantemente, aunque intentemos callarlas con tratamientos y pongamos una tirita sobre la herida sin curarla y sin saber qué la ha causado.

Cuando me di cuenta de que llevaba toda mi vida con ansiedad —yo, que pensaba que la ansiedad solo se sufría en ataques de ira, gritos y llantos—, sentí un gran alivio. Me di cuenta de que me había pasado la vida viviendo en una alerta constante. Mi vida entera sintiendo miedo al futuro. Mi vida entera luchando contra mi propia cabeza… Por eso, cuando notaba que la ansiedad llegaba, me enfurecía y me decía: «Tú eres fuerte, no puedes pasar por esto». Deseaba echarla como fuera y no me daba cuenta de que, al pretender expulsarla de golpe, el efecto era el contrario: aumentaba mucho más.

* * *

Si algo me han enseñado las experiencias que os he contado es que nuestras relaciones personales son capaces de cambiar nuestra vida. Habrá personas que nos harán

sentir seguros y otras que nos harán caer en un hoyo profundo. Habrá personas con las que sentiréis que la vida es maravillosa, y otras que os harán pensar que vuestra vida es una mierda. Los seres humanos necesitamos relacionarnos, pero nadie nos explica cómo hacerlo.

Para explicar esto, os hablaré de Nuria. Es una gran amiga de la infancia que ha pasado por momentos muy difíciles. Siempre me ha ofrecido ayuda cuando la he necesitado y me ha abierto las puertas de su casa y de su vida de par en par. Sin embargo, desde que me fui a vivir fuera y mis relaciones personales empezaron a cambiar, siempre que nos reencontramos noto que no se siente arropada por sus amigos íntimos. Nuria sigue cayendo en un patrón de relaciones de maltrato y se siente incapaz de salir de ellas.

A menudo me cuenta que sus amigas se ríen de su físico y que, como quien no quiere la cosa, le hablan con agresividad. Pero ella no lo ve. Por ejemplo, sus amigas no se alegran cuando Nuria logra algo e incluso le hacen sentir mal. Sus relaciones no le permiten ser consciente de sus propias virtudes. Nuria, al igual que yo, ha creado una imagen de sí misma a partir de lo que su entorno le ha dicho que es.

En cambio, cuando Nuria escucha cosas positivas, su cara y su estado de ánimo cambian. Incluso su forma de hablar cambia. El lenguaje que usamos para referirnos a nosotros mismos quizás sea el que nos haga atribuirnos defectos que ni siquiera tenemos. Pero también influye lo que oímos. Si vivimos en un entorno tóxico en el que recibimos abusos verbales y solo escuchamos cosas negativas sobre nosotros mismos, nuestro cerebro se lo cree y empieza a limitarnos.

Por eso es tan importante crear vínculos sanos que nos permitan saber que, si nos caemos, nos ayudarán a levantarnos. Es importante rodearse de personas que tengan una visión positiva y real de uno mismo y que nos empujen cuando no conseguimos avanzar. Es necesario tener relaciones sanas para que nuestro cerebro esté en calma.

Por eso os aconsejo que analicéis vuestras relaciones, porque son ellas las que, en los momentos en los que te sientes ciega, podrán guiarte.

* * *

Cuando volví a la terapia completamente rota pensaba que lo de «quiérete» era una película que nos habían contado. Ahora puedo decir que quererme ha sido lo que me ha salvado la vida.

La relación conmigo misma era completamente inexistente o, como mucho, tirando a mala. Sin embargo, cuando empecé a desarrollar una buena relación conmigo, me di cuenta de que me caía realmente bien.

También descubrí otra cosa muy importante: había perdonado a todo el mundo menos a mí. Cuando empecé a escucharme y a crear un vínculo fuerte conmigo misma, cuando empecé a abrazarme, a hacer introspección y a preguntarme «¿qué sientes?», dejé de buscar relaciones compulsivas en el exterior, porque ya no me hacían falta. Me permití tener un mal día, fallar y dejar la rigidez a un lado. Me permití decir no y poner mis propios límites.

Y es que, cuando te quieres, comienzas a desarrollar relaciones, experiencias y hábitos que son buenos para ti porque te permiten crecer. Un día me dije: «A partir de ahora vamos a ser mejores amigas». Cuando me sostuve, mi vida cambió.

29
DECONSTRUCCIÓN

El día que Aitor me dió en la espalda con el palo de una escoba mientras yo recogía mis cosas para irme —porque de nuevo me había sido infiel—, no fue a él a quien vi como culpable, sino a ella, porque Aitor me había dado a entender que ella lo había provocado. El día que se rompió un plato en la cabeza para atemorizarme, poniendo en mí toda la culpa y gritando eso de «Mira lo que me haces hacer» o «Me vuelves loco», su justificación fue que sus amigos le habían llamado «maltratador» porque la noche anterior habían tenido que meterse en una pelea para levantarme del suelo. Entonces sentí un miedo apabullante y preferí que me hiciera daño a mí antes que a él. Le excusé porque iba de droga hasta las cejas. Incluso me preocupaban más sus infidelidades que los abusos. Más o menos mi idea era ayudarle a desintoxicarse y sacarle de allí, porque me imaginaba que esto no volvería a pasar.

Años después, cuando pude ser honesta conmigo misma y tuve el valor de llamar a esto maltrato, no lo hice especialmente por mí. Quería decirle a mi amiga Alba que escapara a tiempo, porque su novio tenía toda la pinta de acabar haciéndole lo que a mí me habían hecho. No escapó porque le podía el amor, la pena y la compasión, y así fue.

Entonces ni siquiera sabía lo que era ser feminista. Gracias a la distancia y al paso de tiempo pude observar, haciendo introspección, que mi ex me había hecho odiar a las mujeres tanto como las odiaba él. Competía con ellas para ser la que se llevaba el premio. Menudo premio. Para mí era un lujo ser la pertenencia de un hombre, ser la elegida. Me decía algo así como: «A ellas las usa, pero *yo soy especial*».

Años después de llegar a Madrid empecé a tener una mínima idea de lo que era el feminismo. Después de los malos tratos y de bastantes terapias, me presenté en la manifestación del 8M acompañada de mi prima, también víctima de abusos machistas, y de dos amigos.

Empecé a escuchar unos gritos que no entendía. Pero yo también me puse a gritar:

—¡MIXTOS NO! ¡MIXTOS NO!

Vi que a mi prima Sonia se le dibujó una sutil carcajada en la cara porque me vio repitiendo el eslogan sin saber lo que decía. A los dos chicos se les notaba el enfado en el rostro, y entonces entendí que «¡Mixtos no!» significaba que no querían hombres en la manifestación. Sentí una estocada en el estómago y me sumé al cabreo de mis dos amigos. De hecho, decidí abandonar la manifestación indignada. Si había hombres en la manifestación era una señal de un cambio positivo. Es cierto que me sentí condicionada y preferí tener la aprobación de ellos, protegerlos, antes que gritar fuerte y expulsar todo el dolor que llevaba dentro junto a otras mujeres.

Ese hecho me hizo preguntarme si realmente yo era feminista. Yo había consentido que abusaran de mí. Yo me había peleado con mujeres e incluso me había defendido agrediéndole a la persona que me agredía… Yo, que no era sumisa. ¿Acaso había sufrido maltrato?

Puse el feminismo en manos de mujeres poderosas, con mucho control mental, dando por hecho que yo no lo tenía. Pensé que ellas eran mujeres muy distintas a mí, e intenté pasar desapercibida. A fin de cuentas, yo vivo de mi cuerpo, y el deseo del hombre me hacía sentir bien, aceptada, incluso tener cierta autoridad.

Poco después, sentada en el sofá y perdida en redes, descubrí a Amelia Tinganus, una mujer víctima de trata. Mientras la observaba y escuchaba su historia, descubrí que algo de mí estaba en ella. Se me erizó todo el cuerpo y empecé a desarrollar una fascinación por el feminismo. Quise adentrarme y conocerlo bien.

Una de las cientos de preguntas que nacieron en mí

cuando me vi reflejada en ella fue por qué me castigaba por tener libertad sexual. Soy amiga de muchos hombres. Siempre los observaba orgullosos de su lista de «trofeos». De hecho, recordé que el primer día que Yeray, mi primer novio —con el que mantuve mi primera relación sexual—, y yo nos besamos en una discoteca, yo formaba parte de su lista de nueve chicas, si no recuerdo mal… Él competía con sus amigos a ver quién conseguía más. Yo fui la séptima. En cambio, a nosotras nos querían pulcras y no muy «utilizadas»; a poder ser, vírgenes. Nos hacían sentir como «putas» si habíamos estado con más chicos de los que ellos pensaban que eran «suficientes». Es decir, cuantos menos chicos, mas dignidad nos merecíamos.

Con nosotras la competición se basaba en para ellos, cuantas más mejor; para nosotras, cuantos menos mejor.

Empecé a conocer a algunas mujeres activistas que me llevaron a mi propia deconstrucción. Fueron ellas las que me animaron a contar esta historia. Si con este libro ayudo solo la mitad de lo que me ayudaron a mí, el triunfo es total. Me habéis salvado.

Fue un reto dejar de validar mi cuerpo ante los ojos de los hombres, haciéndolo mas bonito desde su mirada. Desde pequeña admiré a las supermodelos que salían en bikini con sus cuerpos tonificados. Para ellos esas mujeres eran perfectas, así que convertí mi cuerpo en un instrumento, en un arma de seducción. Si mi cuerpo no era del agrado de los hombres con los que mantenía relaciones, volvía a casa abrumada pensando en el defecto que debía eliminar.

Con el tiempo me volví sumisa y decidí callarme en las situaciones incómodas. Cuando no lo hacía, me tachaban de loca, y, de hecho, durante mucho tiempo pensé que lo estaba, y me encasillé en el lugar de las locas. Empecé a ser una experta del escapismo en las discusiones para no incomodar. Y es que, incluso si solo me defendía, me consideraban «la mala». Siempre me sentí desmesuradamente culpable por «crear» conflictos entre ellos.

Uno de mis ex me contó que, cuando le hablaba de

alguna mujer a su madre, ella siempre le repetía: «Ten cuidado, son todas unas lagartas». Al principio no me hizo mucha gracia, pero de alguna manera me sentí halagada por haber recibido el visto bueno. Él estaba conmigo y eso significaba que yo no era «una lagarta». Incluso estaba de acuerdo con esa filosofía… Así que me dediqué a pasar todas las pruebas que me ponían para demostrar que era una mujer 10 y que molestaría lo mínimo posible. Con el tiempo, la madre de aquel chico y yo nos hicimos amigas y confidentes, y descubrí que su «filosofía» sobre las mujeres venía de todo lo que había sufrido en su matrimonio, el verdadero culpable de ver a las mujeres como rivales. Cuando quiso poner las cartas sobre la mesa, perdió la partida por su enfado y su «extremo carácter», así que acabó siendo la mala del cuento.

Con todas estas historias me he dado cuenta de algo esencial: nos han pintado como mujeres libres por el simple hecho de conseguir mínimos derechos, como el de poder trabajar sin necesidad de tener el consentimiento de un hombre. Pero es una libertad encorsetada, como un placebo. Han hecho que nos exijamos lo que los hombres nos han impuesto, convirtiendo sus exigencias en las nuestras. Huimos de lo que nos han hecho asumir, que es ser una «mala mujer», y validamos la continua crítica hacia nuestro comportamiento. Por eso hemos vivido ajustándonos a esa rigidez y buscando siempre ser mujeres pulcras, válidas, apetecibles y sonrientes ante la mirada de los hombres. Y todo ello bajo el disfraz del triunfo.

Mientras leía un libro de Gloria Steinmen llegué a la conclusión de que la mayoría de las veces que me he acostado con hombres lo he hecho sin deseo y por compromiso. Más bien por miedo a decir no. Y, al hablar de esto con mis amigas, descubrí que no era la única… Todas habíamos caído en lo mismo.

Crecí viendo cómo casi todas las mujeres de mi entorno sufrían maltrato, y me resigné e incluso lo acepté como la única opción. En cambio, a nosotras nos llamaban imbéciles por soportarlo o desquiciadas por defendernos. La culpa

siempre recayó en nosotras.

Verme reflejada en todas aquellas mujeres me liberó, me hizo encontrarme a mí misma y mirar a las mujeres desde unos ojos mucho más empáticos.

El patriarcado les ha hecho a ellos inocentes, mientras que a nosotras nos ha convertido en brujas con encanto, responsables de sus abusos, que a sus ojos son acciones que no tienen ninguna mala intención.

Y por eso el feminismo incomoda, porque desgarra ese silencio. Y a las mujeres siempre nos han preferido en silencio y acobardadas. El miedo que la fuerza masculina nos ha hecho sentir, nos ha paralizado.

* * *

EL JARDINERO DE Q.

Estamos en verano y hace menos de un mes que nos han liberado. Al fin nos dejan salir a la calle después de la pandemia y unos amigos me han invitado a pasar la fiesta de San Juan en la Costa Brava. Uno de los últimos días vamos a una discoteca. A algunos los conocía desde hacía tiempo, pero otros eran caras nuevas. Estamos en la calle, sentados en un bordillo en la puerta de la discoteca, fumando y contándonos hazañas, cuando un chico se acerca, me llama por mi nombre y me saluda como si nos conociéramos de toda la vida. Me pide fuego.

No es muy alto, moreno, y lleva una camisa blanca y una cadena de oro. Para no ser tan guapo, parece muy seguro de sí mismo. Lo cierto es que, por desgracia, tiene todas las papeletas para que me guste.

Se da la vuelta y vuelve a entrar en la discoteca. A mi derecha está Pol, con el que tengo bastante confianza.

—¿Quién es este? Me gusta —le digo.

Pol me hace un pequeño croquis y me dice que tiene novia, aunque, por lo que parece, están a punto de romper. Yo me despreocupo. Cuando salimos de la discoteca me proponen un plan y me invitan a quedarme unos días más —yo tenía un billete de tren a Madrid para la tarde siguiente—. Todos me parecen muy divertidos y logran

convencerme. Lo que quiero es pasarlo bien, evadirme y olvidarme de mi ex.

Por la mañana, mi amigo Pol me lleva en moto de agua hasta su barco. Yo tengo bastante resaca y llego con la cabeza embotada. Intento controlar mis movimientos para no desentonar y, sobre todo, para atraer a Q., el chico que me pidió fuego la noche anterior y que ya está en el barco con un grupo de chicas de mi edad, todas con cuerpos esculturales. Entonces decido cuál será mi siguiente reto…

Todos se bañan y yo me dispongo a tomar el sol. No me siento del todo segura, así que intento pasar desapercibida. Estoy sola en el barco cuando Q. aparece en su moto de agua para enseñarme lo que sabe hacer, sin saber que lo último que a mí me interesa en ese momento son las posturitas de moteros. Aun así, logra llamar mi atención. Es un feo con personalidad y me hace reír.

Como he aceptado quedarme unos días más, Q. y yo seguimos conociéndonos y tonteando. A veces escucho las broncas que tiene con su novia por teléfono, e incluso en una ocasión oigo cómo le dice que es «su ex», aunque creo que lo ha dicho solo para que yo lo escuche… Por la noche bailamos, nos bañamos y vemos amanecer. Todo muy romántico, sí. Parece que lo estoy conquistando, porque, justo cuando sale el sol, me abraza con disimulo para que sus amigos no lo vean. Yo noto sus partes rozando la parte de atrás de mi bikini. Su ex —parece que todos sabemos que lo es menos ella— sigue llamándole y Q. baja la música cuando va a coger el teléfono. Q. nos dice a todos que está loca, y todas esas llamadas me invitan a pensar que tiene razón.

¡Qué bien! ¡Yo le salvaré de la malvada de su ex! Decido cambiar la fecha de mi vuelo —ya la he retrasado varias veces— porque cada día hay una fiesta y lo estoy pasando bien.

Hasta que llega la maldita noche.

A mí me llaman «torerita» y han contratado a un cantante de flamenco para la fiesta. La historia de dos mujeres «enfrentadas» por un hombre les da morbo, pero

seguramente Q. se lleva la palma. Estamos en su chalé y ha invitado a un montón de chicas para vernos corretear en bikini por su piscina. Está claro que eso también le da morbo.

Al final acabo con él en su habitación. Los dos estamos borrachos y nos acostamos.

—Voy a dejar a todos en sus habitaciones y ahora vuelvo —me dice.

Yo tengo los ojos cerrados y estoy agotada. No digo nada. Me giro en la cama y caigo en un sueño muy profundo.

No sé exactamente el tiempo que ha pasado cuando Q. me despierta con su habitual «princesa» —así llama a casi todas las mujeres—. Abro un ojo y veo una sombra a contraluz entrando por la puerta. Todo está a oscuras.

—Va, duérmete…Q. No me despiertes, no seas pesado —le digo. Y vuelvo a cerrar los ojos.

Siento cómo se mete en la cama y se quita la camiseta y el bañador mojado. Se acerca a mí y me abraza. Estaba a punto de darle un beso —me faltaban dos milímetros— cuando por un instante abro los ojos y veo que es su jardinero, un hombre que debe de tener unos cincuenta años.

Siento vergüenza y miedo a la vez, así que me levanto a toda velocidad. Busco mis bragas por la cama y, con la mente en blanco, intento taparme. El jardinero, muy rápido, va hacia la puerta disimulando.

—¿Dónde está Q.? —le pregunto asustada.

—No sé, pero te tienes que ir…

Siento que estoy paralizada y la única frase que me viene a la cabeza es: «Te va a violar, no hagas nada»… No quiero ponerme agresiva ni empezar un forcejeo con él, porque sé que acabará ganando, e incluso es posible que mi resistencia le excite. Q. no da señales de vida y yo solo quiero sentirme a salvo.

Unas cuantas horas antes, mientras yo dormía, mi amiga Adriana, que es la dueña de la casa en la que yo me alojo, me estuvo buscando. Al parecer, el jardinero no le dejó

entrar en la habitación de Q. y le dijo que no se preocupara, que ya me acercaría él a su casa al día siguiente.

Mientras busco a Q. o a alguien, me siento acorralada. La casa de Adriana está a una hora y todos estarán durmiendo. Tengo ganas de llorar, pero no me atrevo. Nadie contesta a mis llamadas.

—Yo te acerco a casa —me dice el jardinero.

No me queda otra opción. Noto algo de vergüenza y arrepentimiento en su cara y accedo.

Después de veinte llamadas, logro despertar a Adriana y le digo que voy de camino a casa en el coche del jardinero de Q. El viaje dura una hora y él no para de hablar.

—No digas nada, estás bien, no ha pasado nada…

Yo le sigo el rollo y pienso: «Puto depravado».

—Tranquila, va todo bien… No digas nada, por favor.

Mi corazón va a mil por hora y, con su voz siempre de fondo, miro por la ventanilla a ver si reconozco los edificios con el Google maps activado y comprobando el trayecto. El móvil lo llevo escondido.

Cuando detiene el coche en frente de la casa de Adriana, salgo corriendo del coche y voy hacia el portal. En ese momento mis ojos se llenan de lágrimas. Me siento avergonzada.

Subo en el ascensor pensando en que nadie me creerá cuando les cuente lo que ha ocurrido. Llamo compulsivamente a Q. para decirle de todo y preguntarle por qué me ha dejado sola en su casa. En ese momento entiendo profundamente a su ex y decido volver a Madrid al día siguiente.

Cuando subo al avión, me siento a salvo.

Tardé varios meses en quitarme esta historia de la cabeza, e incluso preferí tomármela a broma, porque el humor era lo único que me quedaba. No quería que Q. fuera el malo de la película y tampoco que el jardinero perdiera su trabajo. Preferí olvidarlo en silencio.

30
A SALVO

He vuelto a la casa del monte, me he sentado en el suelo, veo a lo lejos niños pequeños a través del enorme ventanal, oigo sus carcajadas y sus voces escapando uno del otro, y rebozándose por el césped. Mi perro les persigue con sus pequeñas patas. Mi madre está echada en el sofá. Le entra la luz desde la ventana, y le dan los rayos del sol en sus perfectos tirabuzones negros y en las canas que le están naciendo. Siempre se acaricia un lado de la cara mientras duerme.

He descubierto miles de álbumes de fotos. Veo una niña con una sonrisa dulce, llena de intriga por la vida, sonríe con los ojos. Tiene el pelo negro azabache lleno de trenzas, y vetas caoba. En algunas fotos ríe a inocentes carcajadas que puedo oír perfectamente. Mi pecho se llena de nostalgia infinita, una mezcla de romper a llorar y notar el roce de un abrazo.

Me levanto, subo las escaleras blancas de puntillas y llego a la habitación. Tiene paredes de un estampado floral gastado por el sol; el paso de los años lo ha convertido en marrón. Me siento en el borde de la cama y me quedo en silencio. Observando y sin mirar nada. Veo a esa niña, bailando, y oigo su voz. Canta en bajito, para no molestar. Me levanto y veo las placas de aluminio colgadas por las paredes de todos los viajes que mi madre y yo hicimos, perdidas en la otra punta del mundo. No nos hacía falta nada más. Las acaricio con los dedos, cierro los ojos y esa niña ha crecido, ahora es una adolescente que fuma a escondidas en la ventana, con la adrenalina en el cuerpo y una falda plisada de uniforme. Esta peleándose por echar el humo lo más lejos posible mientras mira de reojo la puerta

de atrás.

Me descalzo y noto el parqué en mis pies. Rebusco por los cajones de la mesita de noche. Encuentro un casete, un estuche lleno de lápices con mis colmillos clavados. Y una libreta sin empezar. Saco la punta de un lápiz y noto el olor a mina. Y me dispongo a escribir una carta como en los viejos tiempos. Esta vez no es una declaración de amor. Esta vez no es para nadie. Así que empiezo, mientras observo a esa niña en una foto de carnet:

> Querida Lucía.
>
> Tu madre siempre te recuerda que, en los cumpleaños llenos de gritos infantiles y ajetreos, te preguntaban qué querías ser de mayor y siempre decías, seria y con mucha calma, que te ibas a ir a Jamaica a escribir libros. Has querido huir de una gran virtud: ver la vida a tu manera. De colores distintos. Y, por inercia, has saltado baches, rocas inmensas y trepado muros. No te has rendido en la batalla. Te has perdido en lugares recónditos y te has encontrado. Has encontrado la paz cuando la guerra era contigo misma. Has amado sin medida. Sigues viendo belleza donde solo unos pocos la ven, y en eso te inspiras. Brindaste confianza a ciegas y sin miedo. Aunque te han defraudado una y otra vez, una y otra vez…
>
> Y aunque irremediablemente la vida te tambalea, la has afrontado con agallas. Hablando alto y con pasos firmes aun con la pata coja.
>
> Perdón. Por las tantísimas veces que te he fallado. Por no haberte defendido. Por haberte menospreciado. Por las veces que he mirado hacia otro lado y no dentro de ti. Por haber puesto el valor en los demás. Por no haberte dejado vivir por miedos y no abrazarte lo suficiente. Tenía que haberte escuchado. Perdón por ser la última en perdonarte. Por aceptar migajas de amor. En este mundo de adultos las batallas no han hecho más que empezar. Si algo puedo asegurarte es que ahora, gracias a ti, estamos en el camino correcto. Tu propio camino.

Bajo las escaleras. Y voy corriendo hacia mi hermano, nos caemos uno encima del otro. Me quedo echada en el césped, mirando el cielo, con él a mi lado. Le toco la cabeza, impregnada en sudor. Le miro mientras mira hacia el cielo y veo en sus ojos la inocencia de esa niña. Intento buscar una forma a las nubes. Pero no se la veo, así que me

la invento.

—¿Ves eso, Martín?

—¿El qué?

Mi madre viene a lo lejos.

—¿Mamá, tú lo ves?

—¿El qué? —responde con la marca de la almohada en la cara.

—Esa nube tiene forma de perro —digo.

—Mentira, es un gato.

—O una cabra —dice mi madre.

Y nos pasamos horas sintiendo el césped húmedo en la espalda, riendo y divagando sobre una nube que no existe.

Gracias vida.

Seguramente continuará.

Nada es lo que parece
Lucía Rivera

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Fotografía de la cubierta: © Félix Valiente

© Lucía Rivera Romero, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-670-6964-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!